

C. W. NICOL

Zen en movimiento

DIANA

C. W. NICOL

Zen en movimiento

el



arate

como un camino
a la nobleza



CÓMO PONER SU ENERGÍA FÍSICA AL SERVICIO DE SU ESPÍRITU

El sentido auténtico del karate es el de una disciplina filosófica. Existen en Japón escuelas que fomentan lo que se llama "la filosofía del karate". Este concepto profundo es el que constituye el tema de esta obra.

C. W. Nicol nos presenta un original enfoque: el vínculo entre la doctrina del budismo zen, la cual comprende toda una concepción del mundo, de la vida, del lugar que ocupa el hombre en el conjunto de la realidad, y el karate, como disciplina y medio para desarrollar la energía física al servicio del espíritu.

"El karate es zen en movimiento, y lo que usted debe esforzarse por alcanzar es el estado zen."

Esta sabia frase la expresó un maestro japonés de C. W. Nicol, quien le dio la idea clave para escribir este libro y proponer un programa de vida radicalmente nuevo.

Así fue como el autor llegó a la conclusión de que "a través de la fuerza aprendería la amabilidad... que los senderos de todas las artes marciales conducen a la misma meta: la tranquilidad".

En *Zen en movimiento* se trasluce la verdad que forma la concepción del zen y la esencia del karate: "De la mente emana el poder".

¡Descubra los secretos del combate sin armas!



ISBN 968-13-3616-X



7 509991 257781

C. W. NICOL

Zen en movimiento

d **K**arate
como un camino
a la nobleza

DIANA
EDITORIAL DIANA
MÉXICO

capítulo uno

El carácter japonés 先 “sen” significa “adelante” o “ante”. El ideograma 生 “sei” tiene la esencia de muchos significados: “vida”, “nacimiento”, “puro”, “auténtico”, “novato”. Si los dos caracteres son colocados juntos forman la palabra “sensei”, que es traducido deficientemente como “profesor”, y no obstante es el título dado a los profesores y a la gente que demanda gran respeto.

El señor Takagi, o más bien Takagi sensei, era el director de la Asociación de Karate de Japón, que a principios del decenio de 1960 era la organización de karate más grande en Japón. Estaba reconocida por el Ministerio de Educación; su meta era mejorar y crear un interés más amplio por el karate. A primera vista, Takagi no era una figura imponente. Era bajo de estatura, con cara redonda y el aire de un hombre de negocios afable, bonachón. Sin embargo, sus ojos llevaban el acero del karateka, el practicante de karate, y tenía el quinto grado o “dan” de cinta negra.

Esto sucedía en Tokio y yo había llegado a esta ciudad a fines del otoño de 1962 para dedicarme al estudio de las artes marciales, y en particular al del

karate, uno de los sistemas de combate sin armas más letales en el mundo. Pero hay muchos caminos a tomar, muchos estilos a seguir, y Takagi sensei había dicho en nuestro primer encuentro: "Hay otras escuelas. Vaya a ellas, vea, y después regrese si ha decidido verdaderamente entrar a la nuestra".

Así fue como recorrí Tokio de un lugar a otro, visitando el dojo, o salón de práctica, de cada una de las escuelas o estilos principales de karate. En Japón, el karate es seguido como una religión. El estudiante puede perseguir solo un camino, no desviarse y cambiar, o ser inconstante en su fidelidad. Esa no es la manera de hacer las cosas en el karate.

Conocí el estilo Wado. Sus practicantes tenían movimientos graciosos y fluidos, y allí vi karatekas encarándose a espadachines en una danza ritual, y me maravillé de las líneas de sus cuerpos curvándose y saltando dentro y fuera del alcance del acero tajante, como si fuera una langosta burlando a una cobra.

Vi el estilo Goju. Era poderoso y amenazador, y sus seguidores desarrollaban cuerpos duros como el hierro, mediante ejercicios especiales de respiración, y por tensión y relajamiento dinámicos, moviéndose en el dojo como tigres encolerizados agazapados en el bambú, con la respiración siscando y rozando a través de las fosas nasales y gargantas, moviéndose ahora lenta, muy lentamente y después con velocidad increíble. La escuela estaba manejada por el maestro Yamaguchi, a quien llaman "El gato". Este usaba el pelo largo hasta los hombros y nunca fue visto en ropa occidental, prefiriendo la dignidad sombría del kimono o la hakama amplia, como falda, vestido tradicional en Japón.

También fui al dojo de la escuela Shito, y allí vi un karate directo y rápido, con movimientos largos y profundos en las posturas, más semejante al karate de la Asociación de Karate de Japón.

Visité por último la escuela de Kyokushinkai. Al aproximarse a la estación de Ikebukuro (Ikebukuro es un barrio de Tokio), pude oír el coro ensordecido de gritos. El estilo, vital y salvaje, estaba manifiesto por la presencia y la personalidad del maestro Oyama, tal vez el karateka más famoso y extravagante que existe. Un hombre que luchó contra toros y los mató a mano limpia, que entrena solitario en las montañas y luego desciende a ganar los campeonatos, que recorrió Estados Unidos retando a todos los que se atrevieran, asombrando a multitudes con sus exhibiciones de rompimiento de roca, ladrillo y tabla.

Luego regresé al cuartel general de la Asociación de Karate de Japón, al dojo del estilo que los profanos llaman Shotokan. Fue el que más me gustó.

El karate fue traído a Japón de las islas meridionales de Okinawa en 1922. Al presentarlo, el maestro Gichin Funakoshi, en aquel entonces con grado de cinta negra quinto dan, tuvo que impresionar a los severos guerreros, un tanto chovinistas, del Japón continental. Se cuentan historias atemorizantes de las peleas y hazañas del maestro. Funakoshi sensei fue guerrero, poeta y pintor, y su karate impresionó seriamente a un grupo selecto que comenzó a estudiar con él. Algunos de estos discípulos se convirtieron en maestros por sus propios méritos y se independizaron, estableciendo estilos y escuelas nuevos.

La Asociación de Karate de Japón fue formada después de la II Guerra Mundial y hasta su muerte en 1957,

Funakoshi sensei fue el instructor en jefe. En la AKJ el karateka no da otro nombre a su karate. Dice que es sencillamente karate. No obstante, otras escuelas nos han llamado Shotokan. "Shoto" era el seudónimo literario de Funakoshi; era un gran calígrafo, o artista de la escritura con pincel. "Kan" significa edificio. De manera que "Shotokan-ryu" significaba "el estilo que practican en el edificio de Shoto".

El prototipo de karate fue un arte secreto de combate desarrollado en Okinawa. A la gente de este grupo de las islas, cuando fueron conquistadas se les prohibió portar todo tipo de armas. Para defenderse idearon un arte que, en manos de un maestro, los hacía capaces de derrotar a un hombre armado y dotado de armadura. No utilizaban solamente los pies y puños, sino también artículos mundanos como la manivela de un molino de arroz, hoces, cadenas, bastones y armas pequeñas que podían disimular u ocultar fácilmente de sus amos samurais. Parece que el arte tal como era conocido en Okinawa, fue traído a ese lugar desde China. Era entonces un arte antiguo, con las líneas de su ascendencia vagas y llenas de leyendas, conectadas con templos Shao-lin, profesores budistas y príncipes guerreros.

Pero fueron los japoneses quienes lo desarrollaron más arduamente, de tal manera que puede ser practicado, ya sea como deporte, o como arte de combate, siendo un pueblo disciplinado, idealista. Por lo tanto el karate como se practica generalmente en Japón, es también disciplinado e idealista.

Maestros y discípulos de cada estilo tienden a declarar que su karate es el mejor, el karate verdadero, y cada uno se jacta de las veces que han vencido a otras escuelas. La rivalidad es feroz. Sin embargo, yo había

conocido los estilos principales y me impresionaron al grado, de que todos ellos me infundieron un gran respeto. Pasé por alto las diferentes opiniones y escogí el AKJ porque fue el que más me gustó, por la sensación tan agradable que experimenté en el cuartel general del dojo en Yotsuya. (Yotsuya está en la línea Chuo de Tokio, y el dojo a unos pocos minutos a pie de la estación).

Allí el karate era veloz, poderoso, con énfasis en el buen estilo. Las posturas eran bajas y profundas, los golpes y embestidas eran generalmente rectos y largos. Los movimientos eran muy precisos y la disciplina extremadamente rígida. Eran militares en sus modos de entrenamiento y sin embargo no militantes. Eran severos, pero amigables. Funakoshi sensei había muerto hacía cinco años, y su fotografía, sus escritos y su espíritu presidían el dojo, con una delicadeza benévola, no con un dominio que podría haberme abrumado a mí como un occidental. No había un gran profesor que fuera reverenciado como una deidad. Eran muchos profesores, alrededor de treinta, y todos ellos eran extraordinarios.

El instructor en jefe era un tranquilo caballero, que infundía gran confianza. También era poeta y calígrafo. Masatoshi Nakayama, entonces con grado de quinto dan,* principió a estudiar con Funakoshi sensei en 1931. En 1937 fue a Pekín a estudiar lengua china y varios estilos de pelea chinos. Además de ser instructor jefe de la AKJ, es también director de educación física en la universidad más ardua y más consciente de las artes marciales en Japón, la Universidad de Takushoku. Todos los instructores eran universitarios graduados y la mayor parte, si no todos ellos, tenían grados de cinta negra en otras artes de combate, tales como judo y ken-

* Nakayama sensei posee ahora la cinta negra de octavo grado.

do (esgrima japonesa). Me sentí confiado cuando decidí poner mi cuerpo y mi mente bajo el entrenamiento de estos hombres, y así fue como inicié un aprendizaje de dos años y medio como estudiante de tiempo completo de karate.

El dojo de Yotsuya estaba alojado en un edificio viejo, destartado, y la puerta principal se hallaba floja, rechinando y sacudiéndose cuando era abierta o cerrada. Al otro lado de ella inmediatamente había un pequeño cuadrado de hormigón. Al entrar al dojo uno debía quitarse los zapatos en esa pequeña estampilla postal de concreto, antes de pasar a la madera pulida del piso. Fui al dojo con Klaus, un amigo alemán, y ambos nos balanceamos torpemente, chocando uno con otro, obstruyendo la entrada. Al lado de la puerta había un armario con entrepaños para los zapatos, pero a menudo estaba lleno y uno tenía que dejar su calzado en un montón desordenado a la entrada, que era pateado y pisado por estudiantes cuando entraban y salían. Pateado y pisoteado, pero jamás sustraído.

Una vez descalzos y en el suelo de madera, Klaus hizo una inclinación, y lo imité con torpeza. La puerta conducía directamente a la pequeña oficina, con tres escritorios colocados uno junto al otro, estaba calurosa y con el leve olor de una estufa de petróleo vieja, sobre la cual burbujeaba una marmita. Una secretaria ocupaba el escritorio, Takagi sensei, el director, ocupaba otro, mientras uno de los instructores del día estaba sentado en el tercero. A pesar de la calidad soberbia de la instrucción, las cuotas mensuales eran de unos pocos dólares, por lo cual la asociación estaba muy pobre. El edificio era propiedad de una pequeña compañía cinematográfica, y una escalera conducía de la ofi-

cina a los distintos cuartos de una empresa de costura en la planta alta.

Klaus había estado practicando por varios meses llegando a ganar grado de sexto kyu, que lo hacía acreedor a utilizar una cinta verde. Estaba tranquilo, pero yo no. Me condujo al escritorio de Takagi sensei y se inclinó nuevamente. El sensei sonrió. Klaus le dijo que yo estaba decidido a ingresar. Takagi sensei me pidió que tomara asiento y a Klaus que fuera a practicar. Hizo muchas preguntas en inglés en oraciones breves y cortadas. En ese tiempo yo no entendía el japonés. Me preguntó qué había estado haciendo antes de venir a Japón, y cuando se lo dije pareció impresionado, pues yo acababa de terminar una expedición de año y medio al Ártico superior, y de ello me jacté un poco, pues teniendo apenas veintidós años de edad esa había sido mi tercera expedición al Ártico.

Takagi sensei siempre estaba muy interesado en el bienestar y el carácter de sus discípulos extranjeros. Me dijo una vez que estos jóvenes iban a traducir el karate y a propagarlo por todo el mundo, y quería asegurarse de que no aprendieran una filosofía equivocada. Pasábamos frente a su escritorio todos los días y él sabía quién practicaba, quién se conducía bien, y quién era sincero. Hablamos alrededor de una hora y él mismo llenó mi solicitud de inscripción.

Ya era miembro de la Asociación de Karate de Japón, y mi dojo cuartel general era Yotsuya. La cuota era de dos mil yens mensuales (alrededor de seis dólares), y por ella tenía derecho a entrenar todos los días excepto el jueves, cuando el dojo estaba cerrado a los principiantes.

Compré un karategui, un uniforme blanco de tela de algodón, con pantalones amplios sostenidos por un cordón, y una chaqueta corta cerrada en torno de la cintura por un cinturón blanco. Por buenas razones, el karategui es más ligero que el uniforme empleado para el judo. No se cae y arrastra tanto como él, de modo que no requiere de resistencia adicional, y además, lo pesado del judogui podría hacer más lento al karateka, siendo que a la mitad del invierno, el karateka transpira profusamente mientras entrena y por lo tanto necesita solamente una cubierta ligera y muy suelta.

Afuera, tres avelados postes estaban hundidos en el suelo, y tenían atados en la punta cojines de sogas de paja trenzada, o los más modernos de lona y hule. Estos eran llamados makiwara, y eran blancos para golpear y atacar.

Con las caderas bajas, volteando los cuerpos con cada puñetazo, tres jóvenes cintas negras golpeaban las tablas al compás, siguiendo la cuenta secamente exhalada del conductor. Tump, tump, tump... el choque de puños contra tabla y la cuenta como cántico pareció subrayar los minutos restantes, antes de mi primera lección formal de karate, y me cambié para ella en el pequeño vestidor abarrotado de ropa. Para entonces Klaus se había retirado dejándome allí sin conocer a nadie. La sala estaba llenándose, y unos pocos estudiantes inclinaron la cabeza hacia mí. Los que vestían los uniformes negros con cuello alto, de estudiantes prusianos se inclinaban y se saludaban unos a otros con formalidad ostentosa y vigorosa. La gente reía y bromeaba, pero no había payasadas de palmadas en la espalda. La ropa estaba amontonada sobre el piso, o en las pocas perchas



anticuadas. Dejaban las carteras en los bolsillos, pues allí no había robos ni temor de que los hubiera.

Até el cinturón blanco alrededor de mí y entré al dojo inclinándome al hacerlo, pues esto lo aprendí hace mucho tiempo cuando practicaba judo en una ACJ, en Cheltenham, Inglaterra.

Una vez en el piso del dojo, los otros estudiantes hacían ejercicios para aflojar y estirar músculos y tendones. Un estudiante avanzado, uno de los cintas negras, gritó una orden y todos se apresuraron a formar filas, arrodillándose. El profesor, un cinta negra de tercer grado, entró al dojo y se arrodilló ante nosotros. A una segunda orden cesó toda agitación. Silencio. Quietud. Al extremo más alejado de la línea posterior, tuve conciencia del pulimento mate oscuro del suelo de madera, arriba el techo alto y polvoriento y en el muro, a un lado, líneas hacia arriba y abajo de caracteres japoneses negros y claros. Pero estos estaban al margen de mi visión, pues yo miraba directamente al frente como los otros, donde se encontraba el círculo rojo de la bandera del sol, y una fotografía de Funakoshi sensei. Silencio. Intenté abstraerme en él, pero me excluyó, contuve el aliento para no hacer ruido, y floté incierto al filo de él, pues no sabía, y no lo sabría por algún tiempo, qué estábamos haciendo exactamente. El estudiante avanzado gritó otra orden, y todos nos inclinamos hacia el frente, y luego hacia él profesor, quien a su vez se inclinó hacia nosotros.

Al principiar la clase, vino un profesor joven para llevarnos a un lado a mí y a otros dos principiantes, ambos nipones. Nos enseñó primero cómo formar un puño, cerrando primero cuatro dedos con fuerza y después envolviéndolos vigorosamente con el pulgar. Cuan-

do abríamos el puño la palma de la mano estaba blanca, por lo fuerte que apretábamos la mano al formar el puño. Luego empezamos a aprender cómo pararnos de modo natural, con los pies separados a la anchura de los hombros. Esto es llamado "shizentai", postura natural, así de simple, y sin embargo los principiantes no podíamos pararnos naturalmente, pues la nerviosidad y la ansiedad ponían tensos nuestros hombros y desplazaba nuestro peso hacia atrás contra la curva de nuestras espinas dorsales.

Ahora los otros estudiantes estaban moviéndose en líneas, atravesando el piso, bloqueando, pateando y golpeando. Mis ojos se desviaron y el joven profesor habló claramente.

Desde la postura natural nos enseñó la "zenkutsu dachi", la postura hacia el frente, acompañada en este caso por un movimiento hacia abajo del brazo, con el puño cerrado. Este movimiento es llamado "gedan bairai", bloqueada de barrida hacia abajo, y a pesar de los años que han pasado, ¿cuántas veces he practicado este movimiento, sin haberlo perfeccionado todavía? El joven profesor cuyo nombre era Sasaki, y que después iba a convertirse en mi amigo, dirigió nuestros miembros y cuerpos, hablando solo unas pocas palabras de inglés, empujando y codeando.

Zenkutsu dachi... hacia adelante, fuerte, largo, con los pies separados el doble del ancho de los hombros, la rodilla adelantada ligeramente por arriba de los dedos del pie adelantado, gran fuerza en los músculos del muslo y del tobillo, el bajo abdomen ligeramente tenso, los hombros bajos, los ojos mirando en dirección del "enemigo".

La postura del karateka lo arraiga a la tierra en el momento del impacto. Es por una fracción de segundo una estatua, como una piedra de la tierra y entonces, después que es conectado el golpe, se relaja y el cuerpo retrocede en preparación para el siguiente movimiento, tomando más la forma del agua de la que está hecha la mayoría de su cuerpo. Piedra, tierra, agua. Movimiento y no movimiento.

En esta primera hora de karate había iniciado el aprendizaje de las posturas del karateka, que en su simplicidad última, eran de hecho la cosa más difícil. Eran "kihon", básicas. Eran la fuerza y el equilibrio del luchador, del hombre de paz, del hombre dispuesto. Toda la técnica estaba estructurada en base a la postura. Y aprendí también en esta primera lección que a pesar de mi cuerpo musculoso de 88 kilos, yo estaba débil porque mi postura era débil.

La hora pasó volando, nos encontramos arrodillados nuevamente, y una vez más nos envolvió el silencio, e intentamos expulsar el murmullo de la ciudad. A una orden, el estudiante más antiguo condujo a los estudiantes arrodillados en un impresionante juramento salmodiado, el juramento del karateka. Por supuesto que no lo comprendí, ya que estaba en japonés, pero sabía que era muy importante. Los estudiantes estaban en actitud intensa, mirando hacia adelante, y sentí en el ritmo y el poder de la salmodia el lenguaje fuerte y poético del hombre japonés. Luego, cuando el idioma comenzó a esclarecerse para mí, descubrí en el juramento una belleza que difícilmente puedo explicar:

... El estudiante más antiguo, a la cabeza de la línea ...

"¡Dojo kun!" (moralidad del dojo)

"¡Hitotsu! ¡Jinkaku kansei ni tsutomuru koto!"

(¡Uno! ¡Esforzarse por la perfección del carácter!)

"¡Hitotsu! ¡Makoto no michi o mamoru koto!"

(¡Uno! ¡Defender los caminos de la verdad!)

"¡Hitotsu! ¡Doryoku no seishin o yashinau koto!"

(¡Uno! ¡Fomentar el espíritu de esfuerzo!)

"¡Hitotsu! ¡Reigi o omonzuru koto!"

(¡Uno! ¡Honrar los principios de etiqueta!)

"¡Hitotsu! ¡Kekki no yu o imashinuru koto!"

(¡Uno! ¡Guardarse contra el valor impetuoso!)

El juramento siempre era cantado con fuerza, nunca musitado con insinceridad. Tal como los movimientos se hacían automáticos con reflejos condicionados, así las verdades simples del juramento también penetraban a la mente del participante.

Hicimos nuevamente una inclinación al frente, hacia donde nos miraba la imagen severa de Funakoshi sensei, y luego otra vez hacia el profesor, dando gracias. El profesor se levantó y salió. Con su partida hizo erupción la conversación, animada, jovial y entusiasta. Los estudiantes estaban volviendo ahora al mundo del yo. Pero esta erupción súbita menguó gradualmente, cuando los estudiantes comenzaron a practicar individualmente y a enfrentarse unos con otros. Algunos fueron a traer cubos de agua y trapos, y en cinco minutos el suelo fue lavado y dispuesto para la clase siguiente. Antes de saludar y salir del dojo, observé por unos momentos los enfrentamientos o pelea libre.

capítulo dos

Una vez al salir del dojo caminé sabiendo que había comenzado un nuevo y definitivo capítulo en mi existencia, y mientras reflexionaba en ello tomaba más conciencia del medio ambiente a mi alrededor, de los sonidos y los colores, de la gente agrupada en familias, de los automóviles y autobuses y humo de diesel y camiones, amas de casa apresuradas con los cabellos atados con pañuelos y llevando en la mano canastas para las compras, ruidos desagradables e impacientes de maquinaria, de los carros funcionando parados ante los semáforos, y el golpe y el resoplido monótonos de una humeante clavadora de pilotes. Me moví en un mundo de visión y de sonido, con la piel aún hormigueando por la ducha fría después del entrenamiento, y mis sentidos recibiendo todas estas cosas que ya me eran familiares y otras que no lo eran, como el chillido de la bocina de un vendedor de tallarines, que empujaba por la calle su carrito humeante de vapor, mandaderos en chaquetas blancas, equilibrando una bandeja sobre otra de comida caliente en una sola mano, mientras conducían bicicletas con la otra, el *clip-clop* inesperado de

chanclos de madera golpeando la acera, de un estudiante caminando por la calle, con el cuello abierto de su uniforme negro, el pelo casi afeitado, el karategui colgado indiferentemente sobre su hombro por el cinturón atado cuidadosamente.

La iniciación en el estudio había traído para mí el sentimiento de encontrarme realmente en Japón, un país del cual había leído y pensado durante tanto tiempo. Me detuve en el lugar de una edificación y observé a los trabajadores de la construcción, con piernas arqueadas y pantalones abolsados, trepando como monos sobre los enrejados como de telarañas de cuerda y pértigas que ponían alrededor de los edificios en que trabajaban. Eran hombrecillos morenos, musculosos, con zapatos de suela de hule y correas metidas entre los dedos, festones de pedazos de sogas colgando de sus cinturones, bandas para el sudor hechas de toallas para las manos amarradas alrededor de sus frentes y fajas de lana en torno a las cinturas. Uno de ellos, desnudo hasta la cintura, tenía el tatuaje intrincado de un dragón que cubría totalmente un bíceps y un hombro... más tarde llegaría a saber que este tatuaje era el símbolo de los miembros de una sociedad de pandilleros, de un yakuza.

Me detuve también fascinado frente a una pescadería para admirar el rojo pálido delicado de los pargos, las bandas aceradas y azules de las caballas, el gris de los lados superiores de los lenguados y el blanco asombrado de sus lados inferiores, las manchas moteadas de calamares, el rojo hervido de pulpos y langostas, el brillo plateado de arenques y anchoas. Había pescados que nunca vi antes, todos entre media docena de especies de mariscos y sobre un bloque, un cubo rojo inmenso de carne de ballena. El pescadero estaba gritando estrepiti-

tosamente, increpando y engatusando a las amas de casa vacilantes, trabajando todo el tiempo con los cortes rápidos, diestros, de su cuchillo de filetear. Olores marinos inundaban los vapores de la calle.

Luego de una comida de camarones al curry, escogida y ordenada por el número que tenía en un pequeño aparador de platillos imitados en plástico, volví al Kodokan, donde renté una habitación en el tercer piso. El Kodokan es el cuartel general del mundo del judo. Es un gran edificio moderno, con varios dojos, oficinas y cuartos que son alquilados a estudiantes y visitantes.

El judo había sido mi pasión desde los catorce años de edad cuando ingresé a un club de la ACJ en Cheltenham, Inglaterra. Al venir a Japón la idea más importante en mi mente era aprender las artes del guerrero, el karate y el judo. Conocía un poco de judo y sabía a dónde acudir, pero en la época en que estudié en Inglaterra, a fines del decenio de 1950, había tal vez solo un profesor de karate, en todo el país. Ahora, veinte años más tarde, esto ha cambiado y Gran Bretaña tiene docenas de profesores de karate.

Con ese propósito definido, fui primero al centro de judo, el Kodokan, y me sentí sorprendido y complacido al poder mudarme del cuarto del hotel el primer día, alojarme con un amigo (Klaus, el alemán, con cuyo hermano había ido a la escuela) por unos pocos días, y después mudarme a mi austera habitación en el Kodokan.

El cuarto tenía vista al parque de diversiones de Korakuen y el estrépito de música y máquinas de diversiones repiqueteaba en mi ventana. ¡Oh! desilusión. Sueños destrozados de dojos tranquilos, viento en sauces, sonidos de agua goteando en tubos de bambú. El tráfico rugía en la calle y a pocos cientos de metros el tren sub-

terráneo se precipitaba a intervalos regulares, retumbando con el ímpetu de un oso colérico en su cueva, cuando llegaba a la abierta y elevada estación. Muy conveniente para ir al centro comercial de Tokio, mas no para fomentar mis sueños.

Peor aún, la habitación era occidental y carecía de "tatami", esas gruesas esteras de paja que utilizaban en sus casas los japoneses. En la práctica de judo tenía dos alternativas: recibir instrucción en el pequeño dojo con piso de tatami, reservado especialmente para extranjeros y nada más para extranjeros, o subir al gran salón que era usado por todos para la práctica libre. Pero necesitaba instrucción. El subir a la gran sala significaba únicamente que sería una buena presa para los jóvenes nipones cintas negras, que deseaban utilizar a un pesado extranjero para darle una buena sacudida. Todo ello estaba muy bien, quizá era bueno para enseñarme a ser humilde, mas cuando fui a Japón pesaba 88 kilos, estaba muy fuerte, sabía un poquito de judo y de lucha, y había regresado recientemente de un año y medio de vida expedicionaria, que me hacían tan apto y decidido como cualquiera. Segundos danes (grados de cinta negra) me sacudían sin misericordia. Mis tobillos eran una masa de magulladoras a causa de sus duros giros con los pies. Pero los cintas negras primeros danes, es decir, los japoneses eran más pequeños que yo y les causaba muchas dificultades, arrastrándolos frecuentemente al piso y oprimiéndolos hasta someterlos con las técnicas más crudas. No estaba aprendiendo judo, "El modo cortés"; estaba apenas aprendiendo cómo dificultarles la tarea de tirarme al suelo.

Una noche, en el dojo de extranjeros, inmediatamente después de luchar con un hombre pequeño, ven-

ciéndolo con dominio, un occidental grande me llevó a un lado y me dijo que demostrara mis caídas rodadas hacia el frente. Llevaba cinta negra y lo obedecí. Observó por un tiempo y luego se dirigió al profesor nipón. Juntos se acercaron a mí y el occidental, un estadounidense, dijo que debía practicar mis caídas por un mes, pues eran malas. Las caídas son lo primero que aprende un judoka (practicante de judo). Lo que estaba insinuando el hombre era que yo no sabía nada, a pesar de que acababa de vencer a un cinta negra. El estadounidense fue amable y me dijo que si ahora no desarrollaba una buena técnica básica, nunca me libraría de mis malos hábitos y mi mal estilo. Tenía razón, pero a los profesores japoneses del dojo, esto no parecía importarles, y yo no sabía exactamente cómo buscar una instrucción y disciplina particulares.

Poco tiempo después del judo, mientras me secaba en los vestidores se aproximó un fornido nipón de unos cuarenta años de edad y me dijo que enseñaba judo en Sapporo, Hokkaido, y después me preguntó de dónde era.

—Soy de Gran Bretaña —repliqué.
Sonrió.

—Gran Bretaña. ¡Oh qué bien! —señaló mis hombros y dijo—: Estás muy fuerte —señaló la cinta blanca que había estado empleando* y luego volvió a señalar mis hombros—. Venga a Hokkaido. En seis meses le enseño buen judo y podrá llegar a shodan.

Enrojecí de orgullo e hice muchas preguntas. ¿Shodan? ¿Un cinta negra de primer grado en seis meses?

* En el judo europeo uno principia con cinta blanca y después asciende a amarilla, naranja, verde, azul, café, y finalmente negra. En Japón, los tres primeros grados usan cinta blanca y luego los tres siguientes utilizan la café.

¡Valía la pena pensarlo! Me dio su tarjeta, lo agradecí y le dije que lo pensaría.

Continué practicando judo y karate y este pensamiento agitó mi mente durante un mes. Después, una mañana en el dojo de karate, pregunté a Takagi sensei cuánto tiempo me tomaría obtener una cinta negra. Alzó la mirada hacia mí, se puso de pie, salió de su escritorio y abrió el gran armario donde guardaban los uniformes. Sacó una cinta negra flamante.

—¿Quiere esto?

Vacilé, comprendiendo que había dicho algo equivocado. Entonces me arrojó la cinta negra.

—Tome esta cinta negra y regrese a su país.

Tuve que retractarme. Los japoneses no se refieren a la cinta negra como tal. No dicen "cinta negra de primer grado" como lo hacemos nosotros, son más conscientes del símbolo exterior, que de la norma intrínseca de habilidad. Los nipones dicen "shodan" o "nidan" y así sucesivamente, lo cual significa "primer paso", "segundo paso", etcétera. Sabiendo esto, los judokas y karatekas han adoptado en el extranjero el vocabulario japonés.

Y no obstante, cuando mis amigos nipones del dojo estaban posando para fotografías de grupo, me pedían con insistencia que me pusiera una cinta negra, para salir con ellos en la foto. Pero después de esa pequeña lección de Takagi sensei resolví nunca más ponerme una cinta negra, a menos que ganara el grado, y jamás volví a tratar sobre el asunto de la cinta negra.

Para fines del segundo mes me organicé un sistema de vida. Hacía karate durante las mañanas. Comía en el distrito de Yotsuya, por lo común en un restaurante chino con Klaus y su amigo Werner, o en algún estable-

cimiento de tallarines con algunos amigos nipones. Luego de comer, una taza de café y media hora de música y conversación. Por las tardes practicaba judo en la Universidad de Sophia, la universidad internacional ubicada inmediatamente al otro lado de la línea ferroviaria y caminando, a poca distancia del dojo de karate. El capitán del club me había invitado a entrenar todos los días con el Club de Judo de la Universidad de Sophia y lo hice, pues el lugar era más pequeño y más personal (y para mí, como principiante, más instructivo) que el Kodokan. Por las noches volvía a practicar en el Kodokan.

Pero las cosas no estaban saliendo bien. El congestionado Tokio aumentaba mi soledad. Vivía alejado de las personas a causa de las diferencias en el lenguaje y el modo de vivir. Aún no había encontrado verdaderamente un sitio al cual pertenecer. El venir de una expedición del Ártico, con una íntima y aislada compañía, no me equipó emocionalmente para tratar con inmensas y extrañas multitudes, ni tampoco para conocer, saludar, y ser amigable con tanta gente.

Mi novia de Australia estaba deseando que yo fuese a su país. Mi familia me pedía que regresara a Inglaterra. Me sentía solitario. ¿Debía renunciar a este sueño? No estaba proporcionándome el sentimiento del lugar y del propósito que buscaba. Pero no, decidí esperar cuando menos otros pocos meses.

Y así transcurrió el tiempo justo para llegar a conocer al hombre que cambiaría radicalmente mi manera de vivir. De hecho ya lo había conocido en las esteras del dojo. Era el estadounidense grande que criticó mis caídas de judo. Donn Graeger, cinta negra de sexto grado en judo, cinta negra de sexto grado en jojitsu

(pelea con pértiga) y grado de cinta negra en otra docena de artes marciales. Alto, extremadamente musculoso, erguido, con ojos penetrantes y una sonrisa rápida y fácil, Donn es un hombre muy impresionante. También es un hombre muy noble, pronto a ayudar a un estudiante, decir un chiste cuando se requiere, ayudar a un amigo o hasta a un desconocido.

Acababa de entrar por la puerta principal del Kodokan cuando descubrí a un antiguo conocido de Montreal, Doug Jones (ganador de una medalla de plata en judo para Canadá, en los Juegos Olímpicos de 1964). Doug estaba hablando con Donn Draeger, y noté cuando dos estudiantes corpulentos de la Universidad de Meiji pasaron junto a ellos, y antes de acercarse a Donn se inclinaron y lo saludaron como lo harían con un sensei japonés de judo. Me aproximé a Doug y Donn y después de que el primero salió corriendo para alcanzar un tren, Donn me preguntó cómo iban las cosas. Escuchó con atención.

—Bueno, mira Nic, tenemos una casa en Ichigaya, a un par de estaciones de Suidobashi. Si deseas unirse a nosotros tenemos un cuarto para ti. Todos venimos aquí para estudiar, judo, karate, pértiga y todo eso, de modo que estarías con tipos con quienes podrías comunicarte. Mira, ve esta noche y échale una ojeada al lugar.

Esa noche me dirigí hacia la vieja casona de madera en la colina de Ichigaya. Por un milagro, o una serie de milagros, la casa había escapado de los bombardeos incendiarios de la II Guerra Mundial. Era una de las pocas casas del período Meiji que quedaban en Tokio, construida hace alrededor de cien años cuando la madera era más abundante, y las casas podían ser más espaciales. Su diseño básico era japonés, de dos pisos, con

tradicionales cuartos, biombos y puertas deslizantes, pesadas vigas y pilares de roble, corredores de madera pulida, alcobas donde colgaban rollos de pergamino. Sin embargo, el salón era de diseño occidental.

Fue durante el período del emperador Meiji cuando llegó al Japón, la primera influencia auténtica del pensamiento y diseños occidentales, estilo que era visible en esa gran habitación, fría y polvosa, con su mobiliario victoriano, ventanas europeas, colgaduras gruesas y entrepaños. En lugar de sala era utilizada como gimnasio, pues todos preferían la comodidad y la ventilación de las esteras tatami y las pantallas corredizas de papel, las shoji, que filtraban la luz y le daban una sensación definitiva de suavidad y delicadeza, de aislamiento pero sin enclaustramiento.

En su habitación Donn me saludó y preparó el té a la manera nipona, con un marmita de hierro. Lo sirvió en preciosas tazas, que eran guardadas cuidadosamente en cofres pequeños de madera. Sobre un pequeño escritorio japonés estaba su máquina de escribir y un manuscrito inconcluso. Donn ha escrito muchos libros y es reconocido ampliamente como el principal exponente occidental de las artes marciales. Al igual que lo hacen la mayoría de los nipones, cambió sus ropas occidentales de calle por una prenda caliente, cómoda, llamada "tanzen", un kimono de invierno para hombre, acolchado, atado con un ancho cinturón de seda. En la alcoba estaban un pergamino colgante y un arreglo floral, y en las paredes había armeros para pértigas de pelea, sables para entrenamiento, y otras armas de combate cuerpo a cuerpo. Hablamos de las artes marciales, y del mejor modo como yo, siendo un principiante, debería proceder a comprenderlas y a vivirlas.

Decidí aceptar el ofrecimiento de Donn y tomé un cuarto en la casa, compartiendo las instalaciones, las responsabilidades y la renta. Al día siguiente me mudé del Kodokan con el bolso de mi equipo.

Aquí sí fue tal como me había imaginado que era vivir en el Japón. Tenía la habitación más grande, con no menos de diez esteras, tres lados del cuarto eran ventanas, vidrio por fuera, luego unos pocos centímetros de espacio, y después pantallas de madera y papel de arroz. Compré una mesa japonesa de baja estatura, un colchón y cobijas japonesas. Incluso compré un *tanzen* y una faja de seda para amarrarlo. Ahora podía retirarme por las noches a la austera y espaciosa belleza de mi habitación, beber el té tostado que tanto llegué a amar, leer un libro, escribir una carta, pensar. La colina era tranquila y la estrecha vereda que pasaba frente a la casa era demasiado angosta como para que alguien condujera por ella velozmente, excepto los locos taxistas *kamikaze*. La ciudad susurraba. No rugía como en el Kodokan. Al caminar desde la estación, pasaba cerca de pequeños estanques de peces carpas donde hombres y muchachos, alquilaban una caña de bambú, sedal, anzuelo y carnada, y después se sentaban codo con codo, pescando carpas y peces dorados para llevar a casa en bolsas de plástico con agua. Pasaba frente a bares pequeños, dos cafeterías, una pastelería, una verdulería, una pescadería y una carnicería. La gente de los establecimientos comenzó a reconocermé y a brindarme sus saludos; cuando caminaba desde la estación empezaba a sentirme, si no como en mi casa, cuando menos en un lugar propio.

La casa era bella. Tenía una pesada gracia sombría. Daba a un jardín adornado con árboles, piedras y un

estanque pequeño. Estaba rodeada por un muro alto, sobre el cual se doblaban las ramas de cerezos y ciruelos con intimidad artificiosa. Hasta teníamos un sapo visitante grande, gordo, que se sentaba bajo la casa o junto al estanque, y miraba la vida con la paciencia y la dulzura de un Buda.

Me tomaba únicamente veinte minutos caminar de la casa en Ichigaya al dojo de karate en Yotsuya, y un poco más de tiempo tomar un tren a Siudobashi, a corta distancia a pie, del Kodokan.

Vivía en la planta alta, igual que Donn y otro estadounidense llamado Bill Fuller. Bill era cinta negra, segundo dan en judo y en jujitsu, la lucha con pértiga. Abajo había un par de cuartos que eran utilizados principalmente por estudiantes transitorios de artes marciales: canadienses, estadounidenses, europeos, británicos.

Todos éramos budokas. La palabra "budoka" no significaba nada para mí hasta antes de mudarme a la casa de la colina. Budo es el camino del guerrero, así que "budoka" es un estudiante de artes marciales, sea judo, karate, aikido, kendo, kempo, jojitsu o lo que sea. Constituimos un grupo elitista. Somos internacionales. Peleamos y discutimos entre nosotros, pero intentamos presentar un frente unido al exterior. Lo más significativo, es que el budoka es un autor y un pensador. El budoka no es un observador o un espectador. En la casa de la colina, los budokas intercambiábamos opiniones y discutíamos sistemas de entrenamiento. Donn Draeger era nuestro "sempai", nuestro decano. Yo era por mucho el junior en habilidades y en edad. Donn influyó en mí profundamente.

Como mi educación paterna no era pronipona, por lo tanto mi profundo interés adolescente en cosas japo-

nesas scandalizó a mi familia. Los británicos también somos un pueblo insular, a menudo cerrado en sus pensamientos y habíamos sido batidos bien y sanamente por los nipones. En mi juventud todavía resonaban en Gran Bretaña las narraciones de prisioneros torturados y decapitados. Donn me mostró el otro lado de la moneda. Había peleado en la guerra del Pacífico, vio morir amigos al lado de él en las playas de Iwo Jima, se enfrentó a japoneses y los mató en circunstancias de odio, y sin embargo he allí a un hombre que amaba y respetaba a los nipones, quien comprendía que la nobleza era el camino del guerrero. El fanatismo es dejado al margen.

Una vez acomodado en mi habitación y sintiéndome como en casa, di el primer paso positivo hacia una lucha privada e interna. Hice cortar y labrar para mí en una maderería próxima, un poste de 1.83 m. En la parte inferior tenía .10 por .10 cm, pero la parte posterior fue rebajada de manera que en la parte de arriba disminuía a solamente .02 m de grueso. Esta reducción dio a la tabla un poco de elasticidad, no demasiada, pero suficiente para ceder un poco bajo presión fuerte. En un rincón del jardín, oculto entre paredes y árboles, clavé el poste en la tierra, reforzándolo con grandes piedras. Así el extremo del poste quedaba un poco arriba de mi plexo solar, y a este extremo fijé un cojín de hule duro y lona. Este poste con su cojín es un artificio esencial de entrenamiento para un karateka. Es llamado "makiwara". El cojín tradicional estaba trenzado con sogas de paja, pero no fue sino meses más tarde cuando un profesor me enseñó a hacer uno correctamente. El cojín de cuerda de paja es mucho más duro para las manos, y forma callosidades rápidamente.

En los meses siguientes dirigí millones de metros-kilos de energía contra este blanco. La lona se jaspeaba y se manchaba de sangre cuando golpeaba mal y me raspaba los nudillos. Utilicé el makiwara todos los días. Era (y aún es) una lucha profundamente personal. Nadie podía observarme, ver mis pequeños triunfos y derrotas.

De la mente vino el poder. Era en esencia la mente lo que daba voluntad a la pierna para impulsarse, al tobillo para ponerse tirante y afianzar el pie al suelo, girar las caderas, al brazo que golpea como lanza hacia adelante y lo pone tenso, torciéndose exactamente al impacto, al mismo tiempo que la mano opuesta se cerraba y se retraía al lado contrario, y al impacto el aire era expulsado fuera del cuerpo mientras todos los músculos del tórax y del abdomen se ponían tirantes. Diariamente por un tiempo determinado el blanco del makiwara se convertía en el objeto de concentración y de enfoque. Era estacionario, pasivo. Tenía dignidad. Al encararme al makiwara tenía que tranquilizarme, igual como después tendría que mantener la postura ante un adversario humano. Mi cuerpo era como un resorte. Yo conectaba cincuenta golpes del lado derecho, cincuenta del izquierdo, cincuenta del derecho, cincuenta del izquierdo. Inhalaba al contraerse el resorte, exhalaba cuando hacía contacto el puño, golpeando la tabla hacia atrás. ¡Thwock! aun en invierno yo sudaba frente al makiwara. Cada victoria sobre mi cuerpo, al conectar un buen golpe o un latigazo, era no obstante un triunfo para el makiwara. Absorbía golpes buenos y malos con impunidad, pero se cobraba con mi piel, mi sangre, y las torceduras en la muñeca. Le hacía frente y funcionaba. De los ejercicios de gol-

pe con el puño, cambiaba de postura y tajaba con el borde de mi mano abierta, el "shuto" o golpe de tajo. También golpeaba con el borde y con el dorso del puño cerrado. Até un cojín de lona y arena a un grueso ci-ruelo usándolo para patear. Los músculos de la pierna son tan poderosos que incluso un resistente makiwara podría quebrarse con una cox bien enfocada.

El makiwara exigía mucho de mí, permanecer solo frente a él, algunas ocasiones bajo la lluvia, sudando y azotando, pensando y sin pensar, vigilando mi forma y tratando de hacer acopio de fuerza, velocidad y enfocamiento, golpeando el cojín determinado número de veces. Sin embargo, aunque demandante, hallé gran paz en ello. El blanco era simple, el conflicto era entre nervios, hueso, músculo, tendón, mente, hule, madera y tierra. A través de mi conflicto con el makiwara produje un cambio lento en mí mismo y sin humillación o cambio hacia el objetivo. Este entrenamiento no era un simple golpear de puños, era un ejercicio de concentración y liberación, tenía ritmo, e incremento gradual de percepción en tiempo, distancia y fuerza.

En el dojo de karate en Yotsuya, había un gran letrero en caracteres negros fluidos, con las palabras de Gichin Funakoshi: "El objeto último del arte del karate reside no en la victoria o la derrota, sino en el perfeccionamiento del carácter de los participantes".

Respecto a cómo endurecer las manos, solía escuchar en el dojo de karate vanales consejos; nunca provenían de un profesor, lo advierto, sino de algunos cintas negras, especialmente de los tercios y rudos universitarios, con cabezas al rape. Se decía que el principiante debía reunir valor y estrellar su puño contra una pared de hormigón. Al hacer esto rompe los nudillos de sus pu-



ños, y en unos cuantos meses estos se funden en un nudo duro y fuerte. El que algunos principiantes hicieron esto era evidenciado por la sangre en la pared fuera del dojo. Al hombre que me hizo esta sugerencia, le dije que era un necio. No se necesita ser médico para saber que esto podría acarrear problemas graves. Vi muchas veces a jóvenes con nudillos engrosados grandemente que parecían armas tremendas, pero que de hecho están suaves y sensibles, incluso después de un par de años, pues cada golpe fuerte renovaba la vieja y grave lesión de los tejidos. Para mí, las manos nunca serían degradadas al convertirse en una simple arma. Con el tiempo se desarrollarían hasta un punto en que yo pudiera decidir, dentro de mí mismo, darles la naturaleza de armas, e inmediatamente después de darles su verdadera naturaleza. Quería que estuvieran fuertes, pero también deseaba poder utilizarlas ya sea en un microscopio, o para acariciar, escribir a máquina, y quizá tocar la guitarra. Y así, durante un tiempo, fortalecí mis manos y mis muñecas y desdeñé los consejos necios.

No obstante, había un muro en nuestro jardín hecho de bloques de cemento, sostenidos por postes de hormigón reforzados y cuando mis manos estuvieron más fuertes, comencé a golpear el concreto y desgasté uno de los postes a la altura del cuello, haciendo un parche blanco poco profundo, fustigándolo repetidamente con el "shuto", la mano de cuchillo (lo que los extraños llaman un "tajo de karate"). Necesité tiempo y mucho valor para golpear el hormigón con el puño cerrado y al fin pude hacerlo. Pero antes tuve que aprender que la fuerza estaba en la mente, si deseaba evitar heridas debía convencerme de que mi mano se había

convertido en arma de acero, y no era meramente de carne y hueso.

Pasaron meses y ocurrieron muchas cosas. Me enamoré, comencé a aprender el idioma japonés, hice amigos, viajé un poco alrededor del país. Pero sentí que me había estancado, a pesar de las muchas horas de duro entrenamiento. Comencé a sentirme muy cansado, y adolorido cada mañana con magulladuras y torceduras. No estaba progresando ni en karate ni en judo.

Una mañana, al entrar al dojo cargando los uniformes de karate y de judo, Takagi sensei preguntó:

—¿Qué es eso?

Me sorprendió que me preguntara respecto a mi judogui, sabiendo perfectamente que casi todos nuestros profesores poseían grados de cinta negra, en judo como en kendo (esgrima). Respondí en japonés:

—Sensei, es mi judogui. Después de la lección de karate iré a practicar judo.

—Un cazador que persigue dos conejos al mismo tiempo no atrapará a ninguno de ellos. Decídase. ¿Desea aprender judo o karate? Es principiante en ambos. Dentro de usted se oponen uno al otro. Tiran de su espíritu en sentidos contrarios. Le he observado. Está perdiendo fuerza gradualmente en vez de ganarla. El judo es bueno, pero no puede aprender ambos, el karate y el judo son demasiado distintos. Aquí no progresa y pienso que tampoco avanza en el Kodokan. Decídase.

Y luego volvió la mirada a la carta que estaba escribiendo y no me dijo más.

A pesar de que lo amaba tanto, abandoné el judo y me dediqué principalmente al karate. Aun así, de vez en cuando tomaba mi judogui e iba al Kodokan a

luchar en las esteras, pero nunca más entrené en judo. Hasta ese día había estado entrenando seis horas diarias y estaba perdiendo peso y fuerza, en cambio ahora, entrenando solo tres horas, pero con gran concentración, me sentí mucho mejor, y sanaron todos los dolores permanentes y lesiones menores.

Un día, mientras estaba practicando, Takagi sensei me llamó. Hice una inclinación y salí.

—Todavía no ha hecho el examen para octavo kyu. ¿Por qué?

Los kyus octavo y séptimo facultaban a su poseedor para emplear únicamente una cinta blanca.

—El octavo kyu no tiene significado para mí.

Se enojó y me gritó:

—Cada grado de karate tiene significado, y todo karateka debe captar el significado de ellos. Abra los ojos antes de sentarse y levantar la cabeza, gatee antes de caminar, y camine antes de correr. Debe hacer el examen el domingo.

—¡Sí! —grité e hice una reverencia.

Un karateka no responde con voz queda y débil.

—Vaya a practicar la forma. Está demasiado elevado y débil de las caderas.

—¡Sí! —grité meramente.

Otros estudiantes más antiguos me miraron y sonrieron. Era divertido y quizás satisfactorio ver al británico gritando sus respuestas en japonés.

—¡Nic! ¡No te detengas entra al dojo!

En esta ocasión fue Sasaki, mi profesor, sempai y amigo. Fue inmisericorde conmigo.

Hice el examen el domingo y no únicamente lo aprobé sino salté al séptimo grado kyu. Aún utilizaba una cinta blanca, pero el paso siguiente sería la verde.

capítulo tres

A diferencia de algunos otros estilos, nuestra escuela no utilizaba movimientos intrincados de las manos para confundir a los adversarios en combate libre. En lugar de eso preferimos permanecer en una postura de lucha, moviéndonos muy poco, hasta que el enemigo se entregue al ataque, o hasta que muestre su debilidad. Por lo tanto, las técnicas que tenían más éxito en las competencias, no eran únicamente las patadas altas y espectaculares o los ataques difíciles, sino también el golpe opuesto básico y la patada al frente.

Entonces, intenté desarrollar intensamente estas dos técnicas y me concentré en ellas, descuidando las otras. El golpe contrario o "gyaku-zuki" es enviado por lo común desde una postura al frente, o "zenkutsu-dachi". Es una postura artera, con las caderas bajas y la pierna adelantada doblada en forma tal que la rodilla esté sobre la punta del pie adelantado. Era la primera postura de pelea enseñada en nuestra escuela. Si el pie izquierdo está adelantado, entonces el golpe es lanzado con el puño derecho. Disparado de modo adecuado, es un golpe extremadamente rápido y poderoso, un

golpe mortal, pues toda la fuerza del cuerpo es reunida en su enfoque.

La patada al frente o "mae-geri" también es enviada de ordinario desde la postura "zenkutsu-dachi". La patada es rápida, demasiado veloz para que el pie sea atrapado. El opositor es golpeado en cualquier sitio de la espinilla a la cara por la parte delantera de la planta del pie, recogiendo los dedos hacia atrás. Es la primera patada enseñada a un karateka.

Mientras otros estudiantes tenían a su sempai instruyéndolos en los estilos y formas después de las clases formales, o pasaban el tiempo entrenándose unos contra otros, yo persistía en repetir los mismos dos movimientos, por lo común contra el makiwara en el dojo. No pedía ayuda, pero estudiantes más antiguos venían a menudo y corregían mi postura, o me explicaban cómo debía respirar, y concentrar la potencia en la parte inferior del abdomen.

Se fueron formando callos en mis manos, especialmente en los dos primeros nudillos de mis puños, y como todo nuevo karateka, estaba orgulloso de ellos. En los trenes, si hallaba un asiento, me sentaba con los puños cerrados frente a mí sin apretarlos, exhibiendo infantilmente los signos del arte que estaba aprendiendo. La conciencia había venido a mis puños, y yo tuve conciencia de su fuerza. Rompí tablas y tejas, y toda clase de tonterías. Esta conciencia de mis manos eran tal vez los primeros signos de la adquisición del karate. Más tarde, la conciencia cambiaría y con el tiempo, yo confiaba en que se haría total. Pero los puños fueron las semillas de ella.

Para comprender los sentimientos y la fuerza de los nipones, uno debe entender que es esencial para el

bienestar japonés un sentimiento de identidad dentro de un grupo. Esto puede ser tergiversado. Algunos occidentales han pensado que los nipones buscan este sentimiento de identidad, o ubicación dentro de un grupo, por debilidad. Es falso. La naturaleza japonesa es extremadamente leal, y la lealtad únicamente para uno mismo o para su familia pudriría el alma de egoísmo.

El dojo de karate me dio a mí, a pesar de ser extranjero, un sentimiento de pertenencia. Allí comencé a hacer amigos, tanto extranjeros como nipones, y construí las relaciones vitales de "kohai" y "sempai", novicio y avanzado. El karateka aprende de su sempai a tener determinación. Si el profesor es el conductor, y la clase del motor, entonces los sempai son los bastones de mando que hacen trabajar al resto del motor. Gritaban y maldecían, insultaban y alentaban, alababan y desdaban. Cuando un estudiante titubea, sus sempai lo empujan, lo abofetean o lo patean, incitándolo de alguna manera o haciéndolo ir más lejos de lo que él mismo creía que podía llegar.

Un día, cuando estábamos en clase, avanzando a las órdenes del profesor, pateando y golpeando, este nos dijo que nos adelantáramos más, con mayor rapidez, y más profundamente en cada movimiento. Ya estábamos cansados y hundidos, y mis piernas temblaban de cansancio. Me puse atento para la orden de moverse, y cuando vino, me adelanté tanto y tan rápidamente como creí que podía hacerlo. Entonces recibí una patada en los fondillos de los pantalones, con tanta fuerza que casi me elevó del piso. Me volví airado. Era mi sempai, Okuda.

—¡Muévetel! —dijo.

—¡Tú! —gritó el profesor—. ¡Vuélvete al frente! ¡Concéntrate! ¡Impúlsate con la pierna atrasada! Si estás fatigado, ve a acostarte. ¡Esta es una clase de karate!

De alguna manera logré un poco más de velocidad y de alcance, aunque durante los diez minutos siguientes recibí unos cuantos gentiles recordatorios más en el trasero.

Nuestros sempai nos enseñaron que claudicar era el peor deshonor, pero en algunas ocasiones era inevitable perder. Eran tan amigos como tiranos. Más tarde, cuando ascendiéramos en jerarquía, transmitiríamos a otros ese mismo espíritu.

El dojo me imprimió disciplina aunque frecuentemente fuera una disciplina ruda. Una vez bostecé en una clase matutina, mientras estábamos en una postura dispuesta, escuchando las instrucciones del profesor. El profesor caminó hacia mí, se detuvo, me miró a los ojos y me dio una bofetada. Sabía de sobra que debía seguir mirando al frente.

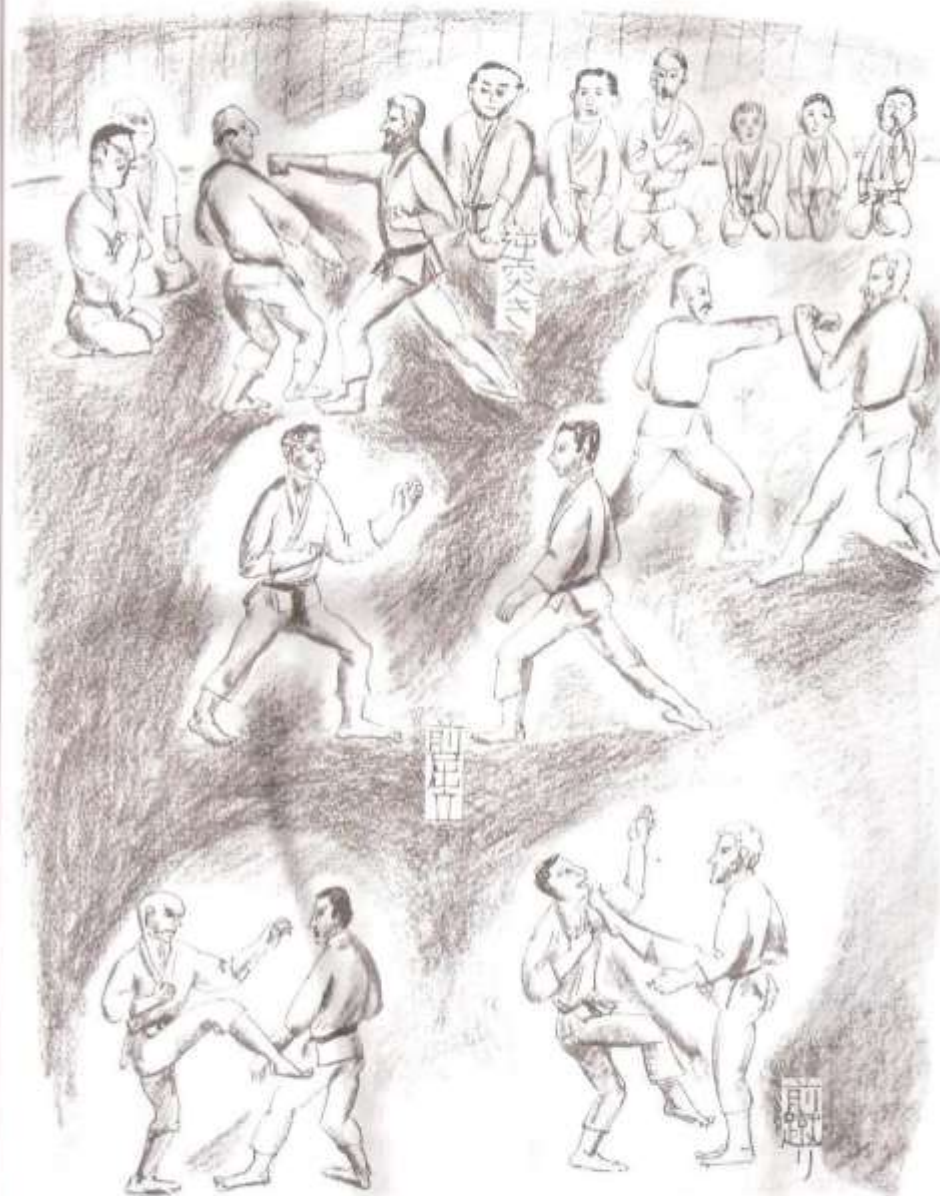
—Nicol-san, ¿estás despierto ahora?

—¡Sí! —grité.

—Bueno.

Volvió a su sitio y continuó dando la clase.

Sin embargo, yo siempre estuve libre para claudicar, y lo habría hecho si lo hubiese querido. Aprendimos a conducirnos con urbanidad y respeto, a intentar llegar más lejos de lo que nos creíamos capaces. Hacíamos algunas humildes tareas. Después de cada clase, los estudiantes más próximos a la puerta se precipitaban a salir para traer cubos de agua y trapos. Todos los que podían tomaban un trapo, lo humedecían en el agua y lo ponían en el suelo. Ambas manos eran colocadas sobre el trapo y con las asentaderas elevadas hacia arri-



ba y el cuerpo casi en posición para "caídas faciales", el lavador corría a todo lo ancho del dojo, limpiando una faja de unos treinta centímetros de largo. Corríamos unos hacia otros a través del dojo, fortaleciendo así caderas, piernas y brazos, y chocando algunas veces, riendo y jadeando.

Esta tarea nunca era omitida, aunque a nadie se le ordenaba o se le pedía jamás que lo hiciera. Unos cuantos, especialmente los occidentales, la eludían, pero los profesores y sempai siempre se daban cuenta, y aunque nunca decían nada, el resultado de sus observaciones se reflejaba en la calidad de la instrucción individual. Los remisos, evasores, y aquellos con poco ánimo, eran desdeñados en el dojo.

En el dojo gané amigos, seniors, profesores, además un sentimiento de pertenencia y un sentido de responsabilidad. Usaba en la solapa de mi vieja chaqueta de paño la insignia del círculo rojo, pequeña y discreta, y que no obstante significaba mi afiliación a la AKJ. Llevaba en mis manos las marcas de un karateka. Éramos apremiados a caminar y a sentarnos erectos, y a comportarnos con dignidad.

Cuando salía a beber o a comer con los amigos del dojo, siempre procuraban mostrarme la forma cortés de hacer las cosas. Me enseñaron a alzar mi taza de sake cuando alguien me servía, y cómo devolver la cortesía. Fui reprendido por meter mis palillos en el arroz, por sonarme la nariz (aun con un pañuelo de papel) en público, y por una docena de otras cosas. Mis sempai estaban preocupados por mi educación.

Un día a la hora de comer, un estudiante extranjero estaba comiendo un plátano junto a la puerta interior del dojo. Enoeda sensei, alto, poderoso, y cuarto



dan, se precipitó fuera de la oficina, lo agarró por el cuello, lo condujo a una silla y lo sentó ante una mesa.

—¡Tú sienta! —Enoeda estaba aprendiendo inglés—. Come. No parado. Parado y comer no bueno. ¿Entender?

El estudiante sonrió mansamente y obedeció. Enoeda sensei salió nuevamente y escuché cómo era embromado, por los otros profesores a causa de su inglés.

—Son como niños —dijo—, y es nuestra responsabilidad enseñarles etiqueta.

Pocos minutos después, la secretaria amablemente le sirvió el té al estudiante reprendido.

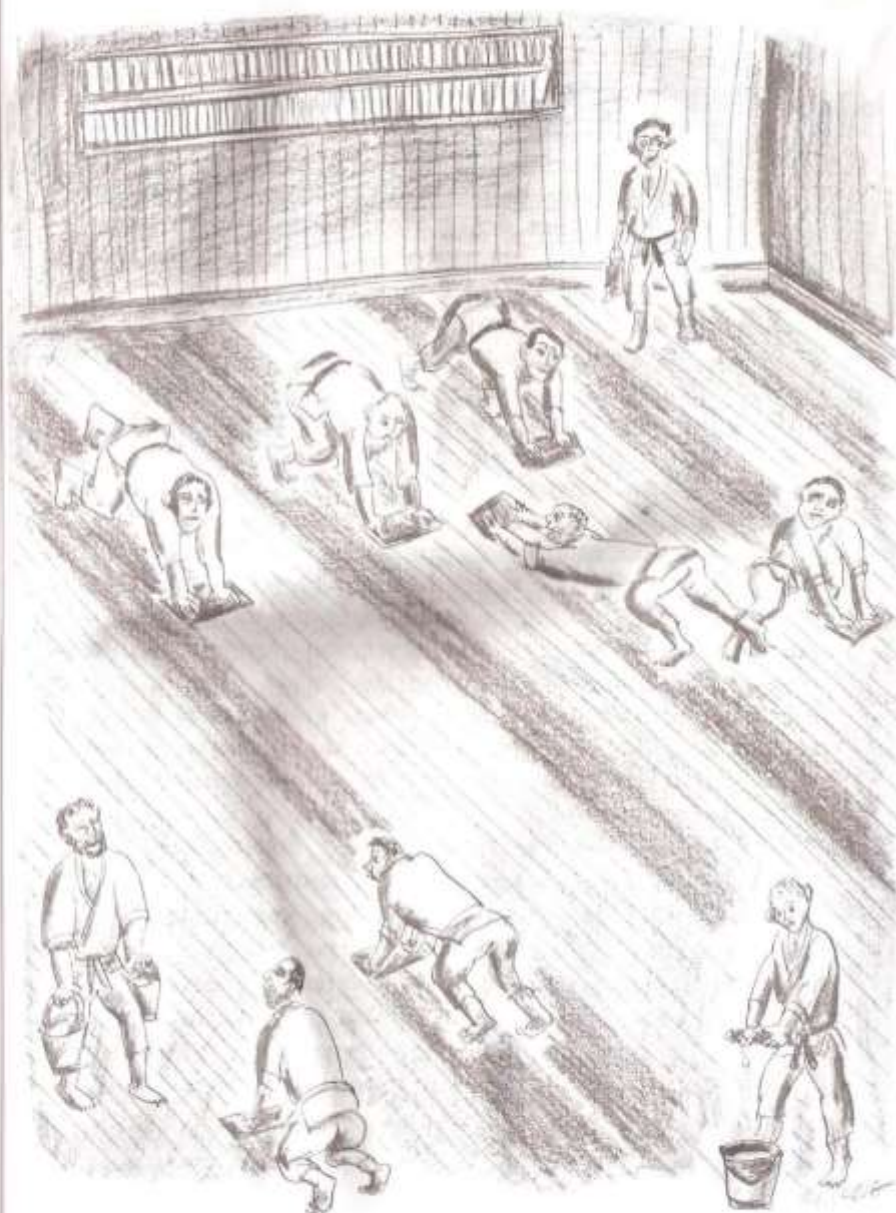
En otra ocasión, Sasaki pasaba por la estación Shibuya, uno de los lugares más congestionados de Tokio, cuando vio a uno de los estudiantes, un suizo que había llegado al Japón pidiendo aventón a los viajeros. El suizo alguna vez expuso su teoría de que mendigar era bueno para el alma y para la humildad del hombre. De esta manera, en Tokio, también se ganaba su comida, alojamiento, cerveza y ropa. Sasaki se detuvo frente al suizo.

—¡Levántate!

La mirada feroz de Sasaki silenció la posibilidad de toda protesta.

—¡Ven conmigo!

El suizo siguió a Sasaki hasta un restaurante próximo. Sasaki ordenó alimentos para ambos. Cuando terminaron de comer, Sasaki le advirtió que si se encontraba en dificultades tan grandes que lo obligaban a mendigar, él debía venir al dojo y decírnoslo. De lo contrario, debía permanecer lejos del dojo y cuidarse de las consecuencias, si alguno de los sempai lo veían mendigando nuevamente. Después de eso el suizo de inmediato partió hacia la India.



Aunque el karate es lo máximo en violencia sin armas, la responsabilidad y la confianza que sentíamos unos hacia otros, y las normas elevadas de urbanidad mantenidas en el dojo, lo hacían un arte paradójicamente noble. Tuve relaciones desagradables solo con un karateka, en la época que yo usaba cinta blanca y todavía no me ponía a prueba a mí mismo.

Los estudiantes extranjeros lo motejamos "Cabeza de bala".* Él era miembro del equipo de karate de la Universidad de Takushoku, un grupo conocido por su fanática dedicación. Odiaba a los extranjeros y nos hostilizaba inmisericordemente en el piso del dojo. Deduje que su política sería de ultraderecha. Fuera del dojo, si acaso nos hablaba lo hacía en tonos despreciativos. Un día cuando estábamos cambiándonos, "Cabeza de bala" me presionó con un dedo en el hombro, diciendo que toda esa musculatura que poseía no me servía de nada, y aunque pudiera ser fuerte, no me era posible ser rápido. Si la mofa hubiese venido de uno de mis sempai, la habría aceptado de buen grado, pues había cierta verdad en eso, pero viniendo de ese fanfarrón la recibí de malgrado, pero al fin era la oportunidad que yo estaba esperando.

Los cintas blancas en muy raras ocasiones hacen combate libre o asaltos, porque su control es malo, y sus golpes no serían enfocados tan bien como para que la fuerza se liberara fuera del cuerpo del compañero de entrenamiento, sino de hecho, podían golpearlo. No vestíamos ropa acojinada protectora, ni guantes acolchonados, y un puño o pie desenfrenado y sin control podía fracturar una nariz o una costilla. No obstante,

* "Cabeza de Bala", se llama en dialecto jergal a una persona terca, obstinada o necia. (N. del T.)

a veces los profesores nos alineaban para enfrentarnos a los cintas cafés y negras, quienes se suponía eran capaces de bloquear nuestros movimientos peligrosamente torpes, y aun así podían hacer sus contrataques sin causar heridas. El golpear de hecho a un adversario es una falta. Esta clase de entrenamiento era más bien para beneficio de los grados más altos.

Fue mi mala suerte, o mi destino, tener que enfrentarme a "Cabeza de bala". Cinta negra contra cinta blanca. Giró alrededor de mí, abofeteándome repetidamente, provocándome, diciendo que era demasiado lento y torpe. Mientras tanto, bloqueaba mis golpes mal coordinados, y azotaba con sus golpes, patadas y latigazos dirigidos a mi cabeza y a mi cuerpo. Los ataques auténticos de karate no duelen, porque están controlados, y no penetraban, pero las bofetadas sí que ardieron. Una bruma roja de cólera se formó, ensombreció mi visión, y con un bramido, quizá una interjección anglosajona, lo atacué, lo tomé por entre las piernas y del hombro, lo alcé a la altura de mi cabeza, y lo azoté de través sobre mi rodilla. Después volví a levantarlo e hice chocar su cabeza contra el muro una y dos ocasiones, antes que interviniera el profesor.

"Cabeza de bala", levemente aturdido, se levantó del suelo con su cara inexpresiva. El profesor se interpuso entre nosotros y le ordenó que se comportara. "Cabeza de bala" hizo una inclinación, pero después mutuamente nos miramos con furia. Ambos pudimos escuchar a los otros estudiantes cintas negras y a un par de los profesores más jóvenes riéndose, no de mí, sino de él, porque había quedado en ridículo, al ser derrotado por un cinta blanca. Mas eso fue injusto, pues para cuando tenía veintidós años de edad, yo pro-

blemente había estado en más riñas callejeras, para no mencionar encuentros de lucha profesional, que él en torneos. "Cabeza de bala" me juzgó solo como peleador, según sus propias normas, y por el color del cinturón que empleaba.

El profesor me reprendió, recordándome que vine a aprender karate, y no a practicar lucha, pero no pienso que estuviese del todo enojado. Sin embargo, yo sabía que "Cabeza de bala" me había fichado para vengarse.

Pero tal vez porque los profesores evitaron que "Cabeza de bala" practicara conmigo, o porque lo eludía constantemente, no tuvo su oportunidad por un mes. Pero la cobardía es una escapatoria pasajera, sirve nada más para agravar el miedo, y fue así como un día estaba alineado con cintas blancas y de color, avanzando uno por uno para atacar a los ocho cintas negras que se enfrentaron a nosotros. Peleábamos con ellos hasta que éramos vencidos. Cuando me adelanté, estaba frente a "Cabeza de bala". Nos saludamos y tomé la postura de lucha, como fui enseñado. La sacudida de esa primera patada me tiró, al pegarme duramente en la cadera. Descubrí que estaba siendo golpeado con la mayor fuerza que podía, con intención de lastimarme, y apuntando en dirección a mis testículos. ¿Por qué no lo detuvieron? Sabía también que si luchaba contra él con todo lo que sabía, podría agarrarlo y hacer más pareja la pelea, pero fui demasiado orgulloso y estaba decidido a luchar con él como karateka. Vinieron varias coces. Esta vez no hubo bofetadas. Logré esquivar o bloquear, mas al fin me alcanzó, y el dolor explotó en mis entrañas se transformó en entumecimiento y caí, totalmente inconsciente.

Cuando volví en mí, lleno de basca, vi a mi amigo y sempai Sasaki, me había dejado a un lado y se hallaba inclinado sobre mí. El resto de la clase estaba pasando por alto el incidente.

—Nic-san, levántate.

Me puse de pie con dificultad y abandoné la clase. Un profesor que había estado observando me llevó al área de vestidores para los profesores y me dijo que me bajara los pantalones. Palpó mis testículos magullados y dijo que no estaban reventados o desgarrados. Sin embargo, el dolor era aún bastante intenso. El sensei sonrió.

—Cada día recibe una leve patada aquí, y poco a poco se hace muy fuerte.

La indignación, la cólera y la vergüenza me abandonaron, y reí. Seguramente se me había permitido ser responsable por mis acciones. Me cambié con cuidado y observé el resto de la clase. "Cabeza de bala" estaba recibiendo de Sasaki una golpiza endemoniada, y aceptándola bien, y después, cuando Sasaki había concluido, otro cinta negra, un segundo dan experimentado, se hizo cargo. El círculo estaba completo.

capítulo cuatro

La Navidad de 1962 vino y se fue, y con ella concluyó una aventura de amor mal correspondido. Al mismo tiempo llegó la noticia de que había muerto uno de mis camaradas de la expedición al Ártico. Mi alma demandaba un gesto dramático, y me propuse, inútilmente, escalar las cuestas de invierno del Monte Fuji, una atracción para los viajeros en verano, pero invitación letal, rodeada por fuertes vientos y pendientes de hielo resbaladizo, con temperaturas bajo cero en invierno. Lo intenté solo y fracasé en dos ocasiones, y aunque la vista de la montaña desde una posada en Fuji Yoshida me llenaba de respeto, la montaña, como la nación y la muchacha que perdí, me parecía un enigma: precisa en su belleza, aparentemente fría, y no obstante con fuego en su vientre.

Durante una semana entrené poco y bebí mucho, pero entonces la comprensión de mi propia tontería me proporcionó mayor incentivo para seguir el sendero del karate.

Mis posturas estaban haciéndose más profundas y fuertes, mis golpes más veloces y mejor enfocados.

Mis tres sempai, Sasaki, Seto y Okuda estaban alentándome.

En ese tiempo Sasaki tenía el segundo dan, mientras los otros dos poseían el primero. A petición de Sasaki, había comprado sandalias de hierro, para practicar las patadas con ellas y fortalecer mis piernas. También me recomendó practicar coces mientras me hallara en un estanque o en un gran baño japonés. Seto y Okuda me enseñaron y alentaron a aprender los kata, es decir, de acuerdo a las palabras de Nakayama seinsei.

"Kata son los ejercicios formales del karate (y de todas las otras artes marciales). Han sido transmitidos desde los orígenes chinos del karate, hace muchos siglos, por maestros de karate, quienes al paso del tiempo también introdujeron nuevas formas. Algunas han sido desarrolladas muy recientemente, y en la actualidad hay alrededor de cincuenta formas".

Es difícil describir los kata, pero una vez vistos, nunca se olvida el sentimiento que expresan (aunque, como atestiguará todo karateka, los movimientos se olvidan si no se practican regularmente). Los kata son combates rituales en los cuales el karateka pelea contra varios oponentes imaginarios. El ritual es el marco sobre el cual son estructurados la potencia y la velocidad, y a través del ritual de los kata el karateka se esfuerza por la perfección.

Había aprendido dos kata pero sin llegar a perfeccionarlos, y estaba aprendiendo un tercero. Estos tres eran todos kata "heianos", numerados simplemente del uno al tres. Para pasar el examen del sexto kyu, la cinta verde, tenía que ejecutar este kata llamada "heiano sandan" (heiano número tres) lo mismo que demostrar determinadas técnicas básicas y habilidades de pelea. Heia-



no sandan es un kata que incluye veinte técnicas de bloqueo, golpe, empujones, pisotones, giros, respiración, embestidas, y toma aproximadamente cuarenta y cinco segundos el completarlo. Tiene quince cambios de postura y dos gritos que el karateka llama "kiaí". Como sucede con los kata, al observador le parece una danza extrañamente dinámica. Es bella a la vista, porque es un combate sin derramamiento de sangre ni vencidos, y quizá "danza" es una buena palabra para relacionarla con kata.

Desde los inicios de la historia, la habilidad para las armas ha sido transmitida mediante la práctica ritual. Cuando el cazador prehistórico o primitivo regresaba al campamento después de un encuentro con un animal salvaje o un adversario, podía demostrar su proeza, actuando mejor que hablando. Bailaba, exagerando y repitiendo sus movimientos. Guerreros jóvenes y niños copiaban las danzas, las ampliaban hasta que eran coleccionadas y ritualizadas. Constituían un adiestramiento soberbio, pues en ellas el guerrero podía enmendar y desarrollar el estilo, la velocidad y habilidad de un maestro.

El soldado occidental aún efectúa rituales que proporcionan habilidad y coordinación. Los llama instrucción, mas son en realidad una forma de danza.

Antes de que los adelantos técnicos de las sustancias químicas y la maquinaria dominaran el campo de batalla, la espada era el arma favorita de casi todas las culturas, constituidas en clases guerreras. Ninguna otra arma era tan versátil. La espada podía tajar, cortar, hender, pinchar, dar de lleno, parar, bloquear o dar vueltas. Al utilizar la espada el guerrero desarrollaba tremendos brazos, muñecas y hombros. Sus huesos se

hacían más fuertes y su puntería más acertada. Este desarrollo hacía del guerrero un combatiente formidable, incluso sin arma alguna.

En Okinawa, un pueblo que había sido agobiado, desarmado y dominado por los invasores kagoshima, fue donde algunos de los guerreros desarrollaron habilidades de lucha para sustituir las armas de metal y madera, que se prohibió utilizar, por sus manos, codos, rodillas y pies. Este arte del combate sin armas fue enseñado secretamente a grupos pequeños y las formas rituales de los kata constituían la parte principal del entrenamiento. El poder que así produjeron los viejos luchadores era suficiente para matar a un guerrero aun protegido con armaduras de metal, cuero y maderas laqueadas.

Siento que cuando practicamos los kata, estamos recordando de algún modo la ascendencia guerrera de toda la humanidad. Batallas rituales representadas en pintura, escultura, frescos y grabados se encuentran no solamente en Japón y China, sino en todo el mundo. De todo el adiestramiento del karate, ninguno es más vigoroso, exigente y estimulante que la ejecución sincera de los kata.

Una mañana, Takagi sensei observó y luego criticó mi actuación.

—¿Dónde está su opositor, Nicol? Cuando hace los kata está pensando solamente en usted mismo. No está proyectando su mente para ver el ataque que viene hacia usted. ¡Mire la dirección de sus movimientos! ¡Vea al enemigo! Si practica con empeño desarrollará una mente tan tranquila como el agua de un remanso. El karate es zen en movimiento, y es el estado de zen por el cual debe esforzarse.

Nunca trató de explicarme en qué consistía un estado de zen, pero más adelante, luego de tratar de "ver" atentamente los oponentes, empecé a comprenderlo. La mente es liberada, a través de concentrarse en la perfección, lográndose así una gran serenidad, por medio de la cual se moviliza al cuerpo. La práctica de los kata era la mejor manera de conocer la tranquilidad zen. Un decenio más tarde, leí sobre investigaciones respecto a los patrones de ondas cerebrales. Se halló que los yogui y los monjes zen mostraban en la meditación una onda alfa. También se encontró que los karatekas mostraban esta misma onda en la etapa de "espera" o "dispuesta" de un combate, y en las pausas de los kata. Kata es perfeccionamiento y liberación.

Pero como la mayor parte de los principiantes, en aquel entonces yo no estaba interesado en alcanzar el estado zen por medio de la práctica de los kata. Mi deseo era poder combatir. Y como todos los novicios, intenté hacer comparaciones. ¿Cómo es el karate respecto al judo? ¿O al boxeo? ¿O a la lucha? ¿La forma de patear del karate es tan fuerte como el de los boxeadores thai? Ahora sé que las comparaciones son necias, y con ello se pierde el sentido del laborioso adiestramiento. Si un karateka se enfrenta a un boxeador y le gana, eso no demuestra la superioridad del karate, ni tampoco que este karateka en particular, es mejor que ese boxeador. Un estudio estadístico de cien o mil encuentros a muerte podría darnos mejores respuestas. Pero, ¿quién se ofrecería? ¿Y qué nación permitiría ese derramamiento de sangre? De cualquier manera, ¿para qué serviría?

Un domingo por la tarde, yo estaba utilizando mi makiwara y Donn también se encontraba en el jardín, practicando una forma china de combate con pértiga.

Me detuve para observarlo. Donn Draeger solía decir que sin aprender un arte de combate con armas no podía uno realmente sacar provecho en el combate sin armas. Las armas le daban nuevas percepciones del espacio, el tiempo, la fuerza y el territorio. La pértiga de madera dura, pulida tersamente, de 1.83 m, hacía molinetes y giraba en sus manos, succionando aire con un sonido quedo y gimiente. Un área descrita por un círculo amplio alrededor de él era inviolable. Intentar atacarlo sería como tratar de pasar a través de las aspas en movimiento de la hélice de un aeroplano. En ocasiones, la pértiga era proyectada fuera del círculo con gran velocidad, y vi también que no era nada más un círculo, sino círculos dentro de otros círculos.

Pero uno de los movimientos tuvo sentido para mí. Donn deslizaba la pértiga a través de su mano izquierda, dejándola golpear atrás de él, alrededor de 1.5 m de su espalda. Era un movimiento rápido, pero no me pareció efectivo, así que le pregunté:

—Donn, ¿podría hacer algún daño ese golpe detrás de ti?

¡Tump! Apenas hablé cuando la pértiga golpeó el pilar donde estaba apoyado. Era un pilar grueso, de roble, que sostenía el techo del pórtico. Donn giró, todavía haciendo molinetes con la pértiga, sonriendo.

—Seguro —replicó.

A veinte centímetros de mi pecho estaba una abolladura de más de un centímetro. Si me hubiese tocado ese golpe aparentemente ineficiente, me hubiera roto cuando menos una costilla.

Desde que comencé a practicar judo a los catorce años de edad, siempre he escuchado cómo la gente habla con menosprecio de otras artes de pelea. Yo mismo lo

he hecho. Ciertamente esto lo escuché a menudo en Japón, y sin embargo estos comentarios muy raras veces provenían de los que eran aptos en verdad en su propio arte. El problema, en parte, consiste en que para simplificar la instrucción, un profesor de ordinario acostumbra decir a un estudiante que esto es así o debe ser así o así. Pero en todos los estudios, una vez que un seguidor principia a sondear y a inquietarse verdaderamente, descubre las razones que finalmente desmoronan la "regla" inicial. Puede creer, por ejemplo, que el agua fluye, es transparente y es visible. No obstante eso, aunque cierto, no es la verdad final. El agua es dura y azul. Es vapor caliente. Es blanca y suave.

Un día cuando recién estaba despertando de mi sueño, y estirándome en los tibios edredones, sentía en la cara el sol que se filtraba a través de las pantallas, gozando nuevamente del suave olor de los campos de heno de las tatami. De pronto el edificio comienza a sacudirse. ¿Un terremoto? Las pantallas temblaban en sus soleras, y abajo de mí se movía el suelo. Sin embargo, los estremecimientos seguían un ritmo, alrededor de uno por segundo. ¿Un clavador de pilotes próximo? Pero no había ninguna construcción cercana. Me puse los pantalones y bajé.

Fui a la calle y allí estaban Donn, Bill Fuller y unos cuantos más observando a un profesor del arte chino de Tai chi chuan. Su nombre era señor Wong. Pesaba alrededor de 115 kilos, parecía eterno, y estaba golpeando uno de los pilares que sostenían la casa, moviendo el puño nada más unos pocos centímetros en cada ocasión. Cada golpe sacudía toda la casa. Jamás había visto una fuerza tan engañosa. Parecía como si solo estuviera golpeando suavemente la madera; incluso

me hubiera prestado con gusto para recibir uno de esos golpes en mi estómago, que estaba considerablemente duro. Pero si lo hubiese hecho, me habría matado.

El señor Wong venía a la casa para enseñar a Donn Draeger y a un grupo selecto de budokas de alta jerarquía. Les enseñaba principalmente kata. Los kata del Tai chi chuan eran largos, complicados y muy lentos. Eran como una danza en la cual cada segundo se alargaba a un minuto, tan lentos como una hierba abriéndose paso a través del pavimento. Efectuaba los kata con enorme dignidad y fuerza, pero yo, un novato, comprendí que estaba viendo algo que debía respetar, aunque no pudiese entenderlo.

Por lo común los maestros de Tai chi chuan son de edad avanzada. En China, en la madrugada la gente practica los movimientos para beneficio de su salud, tanto en las plazas como en los parques de la ciudad. Aun siendo de edad avanzada, una persona puede mejorar su habilidad y su fuerza. Los occidentales a menudo ven algo así y se burlan... no obstante, ¿cuántos hombres de cuarenta años, en Occidente, se mantienen activos en un deporte físico? ¿Cuántos hombres de cincuenta años están activos? ¿De sesenta? ¿De setenta? ¿Cuántos occidentales de ochenta años podrían buenamente darle una paliza a un hombre de entre los veinte y los treinta años? En Oriente, muchos de los grandes maestros tienen más de ochenta años de edad, y sin embargo son formidables.

El señor Wong tenía cuando menos cincuenta años de edad, aunque es probable que fuera más viejo. Su poder era fantástico. Lo vi proyectar a Donn Draeger varios metros a través del cuarto, tan fuertemente que sus pies estaban despegados del piso cuando se golpeó

contra el muro. Lo vi hacer lo mismo con cuatro hombres muy fuertes, parados uno tras otro para presentar una línea sólida, anclada, de más de 360 kilos. Con un solo empujón todos salieron volando. Luego, en una lección me permitió sentir el poder de uno de sus movimientos, y aunque prometió hacerlo con suavidad, fui proyectado limpiamente a través de la habitación y azotado contra la pared. ¿Y cómo fue eso? Mediante un empujón de apariencia simple con una mano que pareció tan inofensiva, como los movimientos de un niño al despertar. El contacto inicial de su mano sobre mi pecho fue en verdad suave, pero la propulsión en aceleramiento que siguió después, solo sintiéndola podría ser creída.

El señor Wong podía recibir golpes o patadas en cualquier parte de su cuerpo excepto la cara. Si él lo permitía, uno podía patearlo alrededor de la ingle y ni siquiera se inmutaba. Para demostrar poder, una vez instó al ex campeón de peso completo del mundo Joe Louis, a que lo golpeará en el plexo solar. El golpe no le hizo ningún efecto. También invitó a un inmenso karateka holandés para que le diera golpes en el estómago, y el karateka (a quien Donn consideraba uno de los hombres más fuertes que conocía) solamente se lastimó la muñeca.

Mediante la observación pude aprender un poco respecto a las técnicas del Tai chi chuan, pero aprendí a no juzgar por las apariencias o por lo que previamente había asimilado mi mente. Sentí enorme admiración y respeto por este arte, pero nunca tomé lecciones, pues aún recordaba la historia del cazador y los dos conejos.

El mantener un criterio estrecho en lo relativo a los diferentes artes y estilos servía únicamente para fo-

mentar una debilidad. Nakayama sensei, nuestro jefe de instructores, no era ciertamente de criterio estrecho. Estudió muchas artes incluso en la misma China. Una vez le pregunté si el karate era la mejor de las artes de combate sin armas. Replicó que sí lo creía. En tal caso, repuse, ¿qué hay referente al Tai chi chuan? Nakayama sensei rió y dijo con una sonrisa:

—Para seres humanos, el karate es lo mejor. Pero hay algunos hombres que son sobrehumanos, y quizá algunos de los sensei de Tai chi chuan, eso es lo que son exactamente.

¿Por qué no lo estudié, conociendo la eficacia del Tai chi chuan? Bueno, había puesto los pies en el camino del karate, y decidí permanecer en él hasta que hubiera aprendido a sentir que era suficiente. Aún más, creía que las sendas del Tai chi chuan y del karate y en realidad de todas las artes marciales, conducían a la misma meta. Tranquilidad.

capítulo cinco

Un domingo, caminaba con una mujer llamada Sonako, por un pequeño parque natural no lejos de la estación de Meguro, Tokio. Esa mañana hice el examen para sexto kyu, cinta verde, y lo había aprobado. Ya no era un cinta blanca. Caminábamos juntos, sin estar tomados de la mano, porque algunos japoneses se ponen muy agresivos cuando ven a un extranjero caminando con una nipona, de esa manera.

En un arroyo del parque estaban dos salamandras japonesas inmóviles, criaturas extrañas que crecían en gran tamaño y edad en los arroyos de las montañas. Las salamandras están protegidas por ley, y no obstante se encuentran en grande y creciente peligro por la contaminación del agua. Estas criaturas echadas tranquilas medían cerca de un metro de largo. Vi que Sonako no las evadió, sino se mostró interesada, curiosa, y eso aumentó mi gusto por ella. La veía frecuentemente, cuando menos tres veces a la semana, y ya éramos amantes. Yo le agradaba mucho, pero mi carácter terrible la acongojaba.

El primero de mayo de 1963, me encontraba caminando de Ichigaya a Yotsuya, hacia el dojo. Los manifestantes danzaban en fila tomados de la mano, cantando y salmodeando, llevando pañuelos rojos alrededor de sus cabezas o sus cuellos, y algunos con estandartes. Había mucho sentimiento antiyanqui, y aunque no soy estadounidense, vestía pantalones *jeans* estrechos de algodón y caminaba con un poco de fanfarronería. Unos pocos me gritaron: "¡Yanqui, vuelve a casa!" y otras palabras de mofa en japonés. Donn me advirtió que no saliera a las calles durante la manifestación, pero no le hice caso. Con un dedo levantado indiqué a los que gritaban que debían desaparecer sumidos en sus propios rectos, y una de las danzantes hileras giró cerca de mí y la otra pasó todavía más cerca y me proyectó contra una pared. Yo estaba lo más retirado posible de la acera caminando en dirección opuesta. Había cientos de manifestantes, cientos de hileras, todos con brazos enlazados, fila tras fila. Otra hilera me hizo botar, y entonces enfurecí, y cuando se acercó otra fila, tratando de empujarme nuevamente, pateé al hombre del centro en el estómago. Mientras titubeaba, embestí al siguiente, sujetándolo por la cabeza e intentando hacer bajar su cara hasta mi rodilla. Fue una locura hacerlo. Hubo un breve, pero ruidoso tumulto, y me hallaba a punto de enfurecerme. Había cientos de personas en torno mío. Silbatos policiacos. Las hileras siguieron adelante y no pude saber si había lastimado a alguien, pues fueron arrastrados por las hileras que bailaban, serpenteando y ondulando. Terminaron de pasar todas las hileras sobre la acera, y un policía se aproximó a mí.

—¿A dónde va?

—Al dojo de karate.



—Entonces apresúrese y abandone la calle.

Cualquiera que no esté maldecido con un carácter violento no podrá entenderme. Cuando el estímulo es bastante grande uno principia a respirar más rápidamente, como si fuera presa de un gran miedo. Los músculos faciales tiemblan y los puños se cierran. Las entrañas se anudan y se retuercen, y se percibe cómo crece la rabia en uno. La furia es frustración, y la violencia es sumisión a ella. Yo esperaba que la disciplina estricta y dura de un arte marcial curaría o cuando menos controlaría ese maldito carácter violento. El mal genio no es una cosa envanecedora o dignificante.

¡Hitotsu! ¡Kekki no yu o imashimuru koto!"

El juramento del dojo, en la última de las cinco partes... guardaba contra el valor impetuoso, el carácter irascible. Al llegar a la puerta del dojo me sentí avergonzado.

En general, los boxeadores, luchadores, judokas y karatekas son gente apacible, no dados a la palabra estridente y a la agresión abierta. No obstante, creo que el karate es especial, porque es auténticamente un arte de guerrero, y su conversión a un simple deporte ha comenzado en épocas recientes. En el boxeo, el encuentro puede ser detenido, es posible arrojar la toalla, están prohibidos los golpes de cierta naturaleza, está vedado golpear abajo del cinturón. Tanto en la lucha como en el judo, el enfrentamiento puede ser decidido por capitulación, por caída, por una inmovilización. Muchos movimientos están prohibidos. También son artes de pelea, pero han ido muy lejos en su evolución hacia una forma deportiva. En el karate no hay capitulación y si el adversario es proyectado, la proyección es seguida por una coz o un golpe, y el objetivo teó-

rico, en un enfrentamiento de karate, es matar al oponente.

El karate está desenvolviéndose hacia una forma deportiva, pero este desarrollo ha ocurrido únicamente en los dos últimos decenios. El aspecto deportivo y de torneo en el karate es tan solo una parte, menos de la mitad del total del arte. Pero está en la naturaleza occidental el gusto por las copas, medallas, cintas y trofeos, y es en Estados Unidos donde en realidad se ha popularizado el karate de torneo. Me desagradan personalmente los torneos, aunque he participado en ellos. No obstante, es excitante presenciar los torneos de karate. Las reglas están evolucionando. Los ataques a los ojos con los dedos rectos están prohibidos en los torneos. Los jueces tienden a hacer caso omiso de muchos latigazos a la cabeza, el cuello y la espina dorsal, que potencialmente son mortales, y sin embargo otorgan puntos por golpes rectos a la parte media del cuerpo, que probablemente no derribarían a un hombre musculoso. Pienso que el karate está progresando con mucha rapidez como deporte, y acabaremos por introducir divisiones de pesos, asaltos, faltas, campeones (en realidad ya los tenemos), héroes y lo peor de todo, espectadores... karatekas de sillón que nunca han pisado la pista de un dojo. Pero todo esto aún no ha sucedido afortunadamente.

Como están ahora las cosas, hasta esos hombres aficionados a los torneos practican el karate todavía como un arte, conocen sus kata, y son peritos en una pelea "real".

Para mí, al igual que para muchos, el karate no es un deporte.

Estoy seguro de que todos creemos en el quinto dogma del juramento del dojo, pero aún se cuenta de peleas donde han estado involucrados este u otro karateka.

Cierta día me narraron en la cafetería, una historia respecto a uno de nuestros profesores (cuyo nombre por discreción no revelaré). En ese tiempo tenía jerarquía de cuarto dan. Estaba bebiendo cerveza en un bar cuando un hombre ebrio comenzó a molestarlo e insistiendo en invitarle un whisky. La bebida fue rehusada con urbanidad, pero el borracho insistió, y ordenó beligerantemente la copa de cualquier manera. Discutieron al respecto, y el karateka fue firme. El ebrio, enojado, tomó la copa y la vació sobre el traje del karateka. Este lo golpeó con la fuerza precisa para hacerlo perder el conocimiento y cayó al suelo. El karateka se puso de pie con mucha tranquilidad, se disculpó, pagó las bebidas e intentó retirarse. Pero el borracho era un gangster, y el bar estaba lleno de varios miembros de su sociedad. Trataron de impedir que el profesor de karate se marchara, y entre su asiento y la puerta, trece supuestos peleadores callejeros empedernidos sintieron la fuerza de sus contrataques y tuvieron que ser hospitalizados.

Disfruté la historia que me fue contada con gran sabor.

—¿Qué ocurrió después?

—Oh, bueno, la policía intervino, pero tú sabes, ellos eran pandilleros, y había tantos, pero... sensei fue reprendido. Tuvo la fortuna de que ninguno de ellos muriera, pero seguramente los golpeó de tal manera para que eso no ocurriera. Él es una persona muy buena —la cara del narrador se puso seria y adoptó una

postura de honradez—. La asociación le prohibió entrar al dojo durante seis meses. Él nunca debió luchar contra ellos, siendo un profesor de karate. Por ello se sintió muy avergonzado.

Con una mirada le hice ver que estaba de acuerdo. El sempai sonrió.

—Por supuesto, los demás profesores solían practicar en privado con él, lo mismo que sus mejores discípulos.

Sabía que mi sempai, el que había relatado la historia, era uno de los "mejores discípulos" del profesor.

Para presentar otro aspecto del asunto, dos jóvenes cintas negras de primer grado de un club universitario tuvieron dificultades con pandilleros y fueron muertos a cuchilladas. Estaban borrachos, buscando dificultades, y tenían categoría únicamente de primer dan.

Otro caso, aún más desagradable fue el de un estudiante de la Universidad de Takushoku que se atrasó en su grado e intentó abandonar el club de karate. En defensa de mi dojo diré que este no era ni el club principal, ni fue organizado y preparado por la AKJ. Por muchas razones, el estudiante estaba tan aterrorizado por los otros miembros de su club, que intentó no volver a la escuela. Su padre escribió una carta al rector, explicándole el caso. Sin embargo, el estudiante recibió la orden de su sempai de karate de presentarse para una última práctica, para en ella explicar su falta de "espíritu" y sus verdaderas razones para retirarse del club. En esta última sesión lo golpearon de un modo tan despiadado que murió.

Los karatekas a quienes conocía estaban tan disgustados como yo por el incidente, pero de todas maneras este no ha sido el único caso. El karate en manos

de un fanático, y especialmente cuando se transforma en el instrumento de un grupo fanático, casi político, puede ser algo terrible.

El lado más brillante del karate es la tranquilidad y la nobleza, pero su aspecto satánico es el ejercicio clandestino y la militancia.

La policía japonesa, a la cual respeto más que a ninguna otra fuerza policiaca excepto la británica, es muy severa con cualquiera que se lucre en una riña. Si el agresor es un practicante de artes marciales se encontrará en una situación verdaderamente difícil. Al alcanzar el grado de primer dan, el practicante de artes marciales es registrado, y esta información es puesta a disposición de la policía. El mal uso de mi arte marcial es considerado tan grave como el empleo de un arma.

Los nipones son una nación guerrera, pero en los cuatro años y medio que he vivido en Japón, he visto menos peleas en las calles y en los bares que las que presencié en un mes en Inglaterra. Es una típica paradoja nipona. En una nación con tantos dojos y gimnasios de boxeo, boxeo a patadas y lucha, usted puede caminar solo con absoluta seguridad, a cualquier hora del día o de la noche, y en cualquier ciudad japonesa. ¿Se puede decir eso de cualquier otro país? ¿De Estados Unidos? Los nipones, peleadores feroces y valientes en la guerra o la competencia, son por lo general extremadamente pacíficos y bien controlados. Pienso que esto es resultado del código del guerrero, Bushido, que se ha filtrado incluso en la vida del moderno japonés.

Donn Draeger y Nakayama sensei estaban escribiendo juntos una serie de libros. Estos libros, llamados

Practical Karate,* eran para ofrecer al hombre común una serie de sugerencias sobre defensa personal ante diferentes circunstancias. Donn me pidió que en las ilustraciones apareciera como uno de los rudos atacantes, y acepté emocionado.

A primera vista nadie creería que el señor Nakayama es el jefe de instructores del grupo de karate más grande en Japón. Es un caballero apacible, bien vestido y con voz suave. Donn, por otro lado, parece de recio carácter. Es grande, musculoso, y con cara angulosa. Una combinación auténticamente excelente.

Representamos la mayoría de las escenas en un parque muy cercano al dojo de Yotsuya, y unas cuantas en nuestra vieja casa en Ichigaya. Mi fotografía, aniquilada por Nakayama sensei, fue incluida en los volúmenes tercero y cuarto.

Eramos cuatro los "villanos" extranjeros, más grandes de tamaño que Nakayama sensei, todos estudiantes de artes marciales, y vestidos con ropa informal. El sensei vestía una chaqueta, pantalones planchados elegantemente, camisa blanca y corbata. Fue elegido un día magnífico en beneficio de los fotógrafos, y era agradable estar a la intemperie. Reímos y bromeamos hasta que llegó el momento de comenzar a trabajar.

Donn deseaba que cada situación fuera lo más realista posible, y entre todos aportamos ideas, recordamos peleas ocurridas en el pasado, expusimos muchas sugerencias a Nakayama sensei, quien escuchó con interés y paciencia. Cuando llegó el momento de atacar, lo hicimos con fuerza. El sensei fue agarrado violentamente

* *Practical Karate*, por M. Nakayama y Donn F. Draeger, publicado por Charles E. Tuttle, en cuatro volúmenes. Esta serie de libros de bolsillo rústica ha resultado inmensamente popular, siendo traducida a muchos idiomas.

por el cuello de la camisa, por la garganta, por la entrepierna. Lo atacamos con bastones, picas, botellas rotas, navajas de afeitar, cuchillos. Nos manejó a todos con acción tan precisa y bien enfocada, que ninguno de nosotros resultó lastimado. Casi no desordenó sus cabellos o su ropa, y sin embargo yo sabía que la diferencia entre vivir o morir bajo uno de sus golpes bien enfocados residía solo en su mente.

Tuvimos muchas sesiones y fue mucho el trabajo, pero aprendimos bastante sobre defensa propia... fueron como lecciones privadas del jefe de instructores.

Pero esto no fue lo único que aprendí. Un día, cuando estábamos esperando en la estación del subterráneo de Yotsuya, al llegar el tren salió de él un jornalero quien chocó contra Nakayama sensei. El hombre estaba a pocos metros de mí, pero me puse tenso. Insultó al profesor de karate y yo en su lugar, le hubiese enseñado a quién podía empujar y a quién no. Pero Nakayama sensei se inclinó muy ligeramente y se disculpó, sin mostrar siquiera el menor enfado. El hombre se retiró farfullando, y abandonamos el tren.

Y luego recordé las palabras de Sonako, después de que un hombre la había insultado por estar conmigo, razón por lo cual enfurecí peligrosamente, pero se me impidió que lo atacase:

—Si un perro te ladra —dijo con rostro preocupado—, ¿odias al can? ¿Quieres matarlo? ¿Verdad que no? Sería algo tonto, mejor olvidemos el incidente.

¿Está en los genes célticos alimentar el resentimiento? ¿Fomentar la cólera? Descubrí que podría exorcizar estos sentimientos desagradables con el makiwara, es decir, mediante el entrenamiento, la rabia podía transformarse en finalidad y esta a su vez en nada.

capítulo seis

Sonako en una ocasión me dijo: "No, la gente como tú no es mala. Tu corazón es impetuoso, mas no es malo. Eres un tanto primitivo. Sin embargo, no hay lugar para primitivos en los países civilizados. Debes civilizarte o no sobrevivirás".

¿Qué es un primitivo? Pienso que es un hombre que a menudo está hambriento. Siempre está mirando, escuchando, sintiendo, olfateando. Está consciente y preocupado por el presente inmediato y desinteresado por grandes cosas de importancia nacional. Es un cazador, aunque no necesariamente de animales. Un hombre puede tener el estómago lleno y no obstante estar hambriento de algo. Es solamente cuando un hombre tiene abundancia de todo, que en realidad se convierte en civilizado. Pero el hombre civilizado depende de individuos para quienes no tiene sentimientos y a su vez ellos dependen de él. Cazador, agricultor, comerciante... ese es el orden de sucesión. Pocos comerciantes tienen tiempo de interesarse en el olor de la tierra, o la dirección del viento, por el grito de un ave o de una bestia o las formas de las nubes.

¿Y respecto al guerrero? Quizá también sea primitivo. En la naturaleza del primitivo y del guerrero, todos los opuestos están claramente definidos. Bueno y malo. Violento y apacible.

La primavera llegó a Japón, y los capullos de cerezo esparcieron su frágil belleza en los parques y en las calles. Mis ahorros de la expedición al Ártico se habían agotado. Mi visa de visitante había sido renovada cuatro veces, gracias a la benevolencia del gobierno nipón y el patrocinio de Takagi sensei. No obstante para vivir más tiempo en Japón debía renovar mi visa. La última extensión de mi visa de turista, había sido concedida. Tendría que abandonar el país para adquirir los documentos necesarios, y también no sería una mala idea para conseguir algún dinero.

Las visas y el dinero no eran mis únicas preocupaciones. Estaba decidido a casarme con Sonako y por supuesto, para alguien como yo, que aún no cumplía veintitrés años, el matrimonio no resultaba práctico. No tenía un empleo permanente y yo servía únicamente para el tipo de trabajo relacionado con expediciones salvajes y aventuras. Había despilfarrado varios miles de dólares pero me divertí endiabladamente, y aunque me sentía responsable a mi manera, era irresponsable ante los ojos de la sociedad. Sin embargo Sonako reconocía y aceptaba todo esto, y cuando pregunté a su madre (su padre había muerto a manos de los soviéticos a fines de la guerra) en mi rígido y torpe japonés si podía casarme con su hija, el permiso fue otorgado.

Nos casamos a principios de junio firmando los documentos necesarios en la oficina de nuestro distrito local; un par de semanas más tarde compré un boleto de vuelta a Canadá, y dejé a mi flamante esposa para

ir a una expedición al Lago Gran Oso. A menos que algo sucediera en Canadá, y decidiera traer a Sonako a reunirse conmigo al final de la expedición, regresaría a Japón en otoño, y tendríamos una boda adecuada en una iglesia.

Y así, durante el verano de 1963, fui ayudante del doctor Lionel Johnson de la Junta de Investigación Pesquera de Canadá, trabajando en un reconocimiento del Lago Gran Oso, que tenía un área de 30 562 kilómetros cuadrados, y durante el verano íbamos a navegar en velero por todos sus rincones, levantando una carta de sus profundidades y contornos, pescando con red y examinando los pescados, haciendo muestreos del plácton y las plantas del fondo y analizando el agua.

Y ahí estaba sentado sobre un peñasco en los riscos elevados de la orilla oriental del Lago Gran Oso. Era mi quinto verano en el Ártico. El lago se extendía vasto y azulado como el firmamento sobre el cual se trazaban los vuelos de los cirros. Nada perturbaba el lago, tan grande como un mar. La visibilidad era buena y podía observar a una distancia de sesenta y cinco kilómetros las montañas y riscos del Brazo de McTavish. Montañas distantes, que se perdían de sus vecinas en medio de una bruma azulada.

Abajo de mí veía los edificios de la mina Port Radium. Muchos de ellos estaban por ahora abandonados. Esa mina proporcionó el metal de uranio con el cual fueron fabricadas las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Ahora de ellas extraían plata, y el barco que habíamos contratado, el *Radium Gilbert*, era utilizado para remolcar el metal en barcazas a través del lago, hasta la boca del Río del Gran Oso, en Fort Franklin.

He percibido frecuentemente en mi vida grandes coincidencias que me han hecho preguntarme si tienen algún significado. Líneas del destino que conectan una cosa con otra. Para mí, el norte canadiense siempre había sido un lugar de paz, y no obstante, en esta expedición particular, inmediatamente después de establecer fuertes vínculos con Japón, vine precisamente al origen de los soles atómicos que quemaron el corazón militar de ese país. ¿Qué significado tenía todo esto?

Japón. Canadá. Cuervos volando en círculos y haciendo acrobacias desde los peñascos. Abajo, la vieja mina. Edificios blancos con techos verdes, colgando de cuevas empinadas y rocosas.

El puerto natural de Port Radium yacía a la sombra de las montañas, pero desde mi punto de visión sobre los riscos elevados, yo aún estaba disfrutando el calor suave del sol vespertino. Era el mes de agosto. La expedición había concluido a más de la mitad, y la decisión de regresar a Japón y continuar siguiendo el camino del karate se encontraba fija en mi corazón y en mi mente; y sin embargo, los fantasmas de mi propia duda se entrometían de vez en cuando. Estaba casado. Debía ser responsable. Pero, ¿cómo definir los términos de mis responsabilidades?

El reflejo del sol en el lago lastimaba los ojos, pero eran sedantes los tonos delicados dorado, azul, verde y lila de las montañas distantes. El fijar mi visión en las lejanas montañas me ayudaba a relajar mi tensión y a pensar.

En nuestro último viaje en el *Radium Gilbert* a través del lago desde Fort Franklin, trajimos un pasajero a la mina. Habíamos comentado sobre muchas cosas, y yo hablé de Japón.

—¿Qué estaba haciendo allí? ¿Estuvo con los militares o algo así?

—No —repliqué—. Fui a Japón a estudiar judo y karate.

—¿Para qué diablos? ¿Qué beneficios va a recibir?

—Simplemente porque quiero hacerlo. Luego que termine esto voy a volver.

El hombre movió la cabeza y dijo:

—Algunas personas toman la vida fácil. ¡Por Cristo! Vaya simplemente y haga lo que quiera. Pero dígame, esta cosa del karate... ¿se puede comer?

Por supuesto, quería preguntar si el karate era "útil". "¿Útil?" ¿Podría uno llegarlo a explicar? Nadie me hizo esa clase de pregunta en Japón. Sin embargo, en Canadá tanta gente había mostrado la misma reacción. A muchos les pareció ridículo que un hombre dedicara alrededor de dos años, a un estudio de tiempo completo en una actividad que no era "útil".

Algunos individuos incluso reaccionaron con hostilidad. Un funcionario de minas que había subido al barco en el puerto, abordó el tema nuevamente, esta vez no por mí.

—¡Ah! —emitió el sonido con impaciencia—. Este karate no sirve. Un boxeador puede zurrarlo a usted cualquier día.

—Oh. ¿Es usted boxeador?

—He boxeado un poco en el ejército —cuando un occidental dice que "ha hecho un poco de algo" significa usualmente que lo ha visto, o hecho una vez—. El karate es una tontería.

A lo cual repliqué:

—He visto a un hombre meter las yemas de sus dedos a través de tablas de siete centímetros y medio

de grueso. He visto a un hombre patear al lado del excusado tan rápidamente que rompió cuatro tablas. He visto a un hombre impulsar su puño a través de un montón de tejas de cuarenta y cinco centímetros de altura. He visto golpes que rompen vigas de diez por cinco centímetros de grosor, y tajos con el borde de la mano que han quebrado tres ladrillos, uno sobre otro. Todo eso he visto y usted no. Por lo tanto, no está en condiciones de juzgar nada.

—Mierda. Usted está lleno de mierda.

Encolericé y pensé en zurrarlo. Pero entonces observé. Tenía más de cuarenta años, flácido, y con una panza considerable. Estaba en una edad en que ya resentía su atractivo físico del pasado, y la excelencia física actual de la juventud. Los gordos son comúnmente joviales, pero los panzones tienden a ser agresivos. Sin duda este hombre intentaba engañarse jactándose que aún era tan bueno como antes. Qué demonios.

—Piense lo que quiera —dije—, y dejé así las cosas.

Cuando recordaba algo así me causaba enojo, mas sin ninguna buena razón. Ascendí a la montaña para librarme de esta clase de cólera, y eliminar los fantasmas de la duda. Estaba refrescando un poco. El sol casi se había zambullido en el lago, y al cambiar su ángulo, la superficie de las aguas cobró un anaranjado brillante, casi cegador. Pero todavía podía ver directamente abajo de mí, a través de las aguas cristalinas, las formas sombrías de piedras sumergidas y la de una barca hundida. Una gaviota solitaria estaba colgando en las llamas del sol poniente.

Observé sobre los edificios de la mina la figura negra de un cuervo, deslizándose silenciosamente, gobernando su vuelo con las plumas de la cola abiertas en abanico.

Allí había libertad. Mas si era libertad lo que estuve buscando, entonces jamás me hubiera casado.

Acababa de recibir una carta de Seto Shiunske, mi sempai y amigo. En los últimos meses en Japón, se había convertido en mi íntimo amigo y confidente, y su familia, en particular su madre bondadosa y enérgica, siempre me cobijó bajo su ala. Y ahora su carta, con su inglés extraño y sus faltas gramaticales, trajo una nostalgia tan intensa de Japón, que me fue difícil soportarla. La saqué del bolsillo posterior de mi pantalón y la leí nuevamente.

Querido Mi hermano Nicol,

¿Cómo estás, Qué estás haciendo ahora? ¿pescando? ¿cazando un pájaro? ¿o mirando a firmamento para hacer poesía?

En este día el Tokio tiene día caliente todavía está ardiendo, tan pronto como escuela es principia, porque estoy muy ocupado para jugar y practicar karate e ir a playa.

Tan pronto como venga otoño y día Bomba ya pasar, el desfile y pompa jovial terminó.

Este mes 25 tenemos seminario economía alojamiento verano alrededor una semana en casa de playa Chiba.

Mi madre quiere que vengas a mi casa con tu esposa cuando vuelvas a Japón.

Adjunta tu carta que te fue enviada a cargo de la oficina de karate.

*Tu amigo más hermoso,
Shiunske Seto.*

Sonrei y devolví la carta a mi bolsillo. La carta adjunta que mencionó era de una vieja novia que vivía ahora en Australia.

"¿...o mirando a firmamento para hacer poesía?"
Mi amigo en Japón podía entenderme tan bien, a pesar de que su inglés y mi japonés no eran suficientemente buenos como para una fácil y fluida comunicación.

Arranqué distraído una frambuesa silvestre. Había miles de ellas en esa pendiente. La gaviota solitaria estaba planeando silenciosamente, y el cuervo picaba la basura. La gaviota estaba descendiendo en círculos como un aeroplano de papel. Traté de cristalizar lo que pensaba y lo que sentía, pero mis pensamientos y sentimientos estaban en símbolos en vez de racionalizaciones ordenadas y lógicas.

Me levanté de mi asiento de roca y principié a bajar por la vereda que llevaba a Port Radium. Las luces del barco estaban encendidas. La gaviota descendió en picada, bajando y bajando. Se trasformó en una mancha blanca sobre el agua. En mi descenso, los golpes de los generadores del barco se hizo más claro.

Regresaría a Japón, ciertamente, y seguiría el camino del karate, viviendo por un tiempo con mi esposa en su país natal.

capítulo siete

La señora de Atsumi, mi suegra, había comprado una casa en Akitsu, una pequeña aldea dentro de los límites exteriores del gran Tokio. Me sentí muy feliz cuando nos invitó a Sonako y a mí a vivir con ella y a utilizar el cuarto de seis tatami en la planta alta; un lugarcito brillante, alegre, desde donde se dominaban campos, bosques y un grupo de varias casitas diseminadas, el espectáculo era por demás agradable.

La estación de Akitsu estaba a treinta y cinco minutos en tren rápido de Ikebukuro, un suburbio principal desde el cual podía llegarse a todas las partes de la ciudad por tren subterráneo. Desafortunadamente, me iba a tomar tres horas diarias para viajar al dojo de Yutsuya, mas eso no importaba; podía leer, pensar y estudiar japonés durante el viaje.

De la estación de Akitsu, con sus nidos de golondrinas veraniegas, sus palomas, y los estanques de peces dorados consentidos del jefe de la estación, tenía que caminar a casa por la calle principal del pueblo con sus tienditas afables, atareadas, y después entre campos y bosquillos de bambú, pasando bajo grandes olmos

y cedros, y luego a través de un puentecito hasta llegar a nuestra casa. Era una caminata de quince minutos por un camino angosto, bordeado por setos de té podados cuidadosamente, pasando entre antiguas estatuas de piedra de Buda, santuarios a los lados del camino, y grandes casonas viejas tipo granja con techos de paja y sus hileras de robles blancos haciendo guardia en torno a ellas. Podía ver la gente trabajando en los campos, y grajos gárrulos con largas colas en las ramas elevadas de árboles, y también gorriones y alcaudones y cuervos y a veces una lechuza. ¡Sentía tanto alivio después de estar en el centro de Tokio!

Después de esa expedición de verano al Lago Gran Oso había pasado a una vida auténticamente japonesa, y cien veces más real y gozosa que mi aislamiento de soltero en el extranjero. Ya formaba parte de una familia. Tenía esposa, suegra, hermanos, primos. Cada día era una lección realista de vida, y había tanto que aprender.

Aparte de un sacerdote católico francés que no hablaba inglés, no conocíamos extranjeros en Akitsu. Era muy importante para mí aprender a hablar y entender el japonés, y por lo tanto, además de ser estudiante oficial del dojo de karate, con visa de estudiante, estaba inscrito también en las clases vespertinas de la Escuela del Lenguaje Japonés de Tokio. Por las noches enseñaba inglés en un par de Escuelas de Conversación en Inglés (de las que hay muchas en Tokio), para incrementar mi economía demasiado escasa.

El Japón del cual tanto había leído y soñado, principió a desplegarse para mí, y más ahora, al tratar de escribir todo lo que sentía y significaba para mí, inun-



dan mi mente mil imágenes y cada una de ellas me parece preciosa.

Mi felicidad personal fue el reflejo de mis amigos, especialmente mis tres sempais, Sasaki, Okuda y Seto. Ellos en particular ya no me dejaban a la deriva o me daban la tolerancia reservada a los torpes visitantes extranjeros. Emprendieron mi educación con seriedad y dedicación.

Poco después de regresar al dojo, después del verano ausente, me magullé el brazo derecho gravemente, por bloquear directamente una fuerte patada. El brazo estaba morado, negro, rojo oscuro y verde desde el codo a la muñeca. Recibí la patada un miércoles, y como el jueves el dojo estaba cerrado por la práctica de los profesores, debí entrenar en casa como siempre, fortaleciendo mis coces con sandalias de hierro. El viernes fui al dojo y asistí a la clase matutina, mas cuando llegó el momento de la parte de "kumite" o "pelea" de la lección, hice una inclinación y abandoné el dojo, no deseando lastimar más mi brazo.

Okuda salió del dojo y me regañó por abandonar la clase. Protesté:

—¡Pero mi brazo...!

—¡No hay diferencia! Has vestido tu karategi y has entrado a la lección. Es inadecuado y descortés retirarse antes del final, especialmente por una cosa tan insignificante. ¡Regresa!

Una vez de vuelta en el dojo tuve que pelear, estaba muy equivocado si creía que los otros serían benignos con el brazo lastimado. Al proteger el brazo herido lo mostré como una debilidad a mis adversarios y fue aprovechada como tal. El resto de la lección fue una desdicha feroz y encolerizada de dolor espasmódico y furia

reprimida. Pero me sorprendí de mí mismo y luché bien, derrotando a un par de cintas azules.

Cuando estábamos cambiándonos, después de la ducha fría, pregunté a otro cinta negra por qué mi lesión había sido desdeñada por mi sempai.

—No lo desdeñaron —respondió—. Hicieron esto por tu propio bien. Si te pones tu cinta verde y entras al dojo, quiere decir que estás dispuesto a aceptar la responsabilidad de tus acciones y tu jerarquía. Por lo tanto debes estar dispuesto a pelear, a vencer y a perder. Te observé, Nic-sam. Luchaste bien. Así que no esperes que consintamos tus debilidades. Seríamos muy malos sempai si hiciéramos eso. Tu debilidad se incrementaría únicamente, y pronto cualquier excusa te impediría pelear, luchar o no aceptar las consecuencias. Somos como soldados. Cuando un soldado se pone su uniforme, lleva un arma y va a la guerra, está dispuesto obviamente a pelear y a matar a sus enemigos. Si está dispuesto a matar, entonces debe estar preparado para morir. Esto es lo correcto. Debemos cultivar el espíritu. Debes estar agradecido con tus sempai por mostrarte tanta atención. Si Okuda no se interesara en ti, te hubiese permitido salir. ¿Entiendes?

Saludé.

—¡Sí! ¡Comprendo!

Y así aprendí que si alguna vez tenía una lesión bastante seria como para querer protegerla, o en verdad peleaba con empeño suficiente para defenderla, o no iba al dojo. No se podía ir nada más a observar. Se le ordena a uno ponerse en acción. Se alegaba lo siguiente: si uno estaba lo bastante bien como para caminar, viajar en trenes, pararse sobre ambos pies, entonces estaba suficientemente apto para entrenar. Por

estos medios íbamos a desarrollar "espíritu". El dojo era un teatro de vida y muerte. No se otorgaban favores por debilidades, y el grado de presión ejercida iba en proporción al color de la cinta y a la jerarquía que tenía uno.

Pero el color del cinturón no lo es todo. Un estudiante de jerarquía elevada de otro dojo podía venir a entrenar y declinar por cortesía emplear su color. De hecho, una vez luché contra un cinta blanca y fui vencido en forma contundente. Sus movimientos eran veloces y bien enfocados, y sus patadas en redondo azotaban mi cabeza demasiado rápido como para que pudiera bloquearlas. Me sentí avergonzado, pues era muy grave que un cinta verde fuese derrotado por un cinta blanca. Los sempai se rieron de mí. Luego, después de muchas bromas, me dijeron que el "cinta blanca" tenía en realidad el grado de cinta negra, primer dan.

—¿Por qué usa entonces el blanco? —pregunté.

—No ha entrenado por cerca de tres años en el dojo, de modo que no se siente digno de la cinta negra. Más tarde, luego que esté en buena condición, nuestro sensei le solicitará que utilice de nuevo su grado.

La disciplina del dojo era severa, pero en cambio a los estudiantes indolentes o insinceros, no se les presionaba. Otra paradoja nipona. Quizá sea difícil comprenderlo, pero por alguna razón ese estudiante era siempre de un grado inferior. Con falta de sinceridad y entrenamiento afanoso no se podía adelantar a través de las cintas de color. Un cinta blanca podía haraganear y abandonar el dojo sin derramar una gota de sudor... eso era cosa suya. Sería desdeñado. No obstante, los malos modales y las faltas al protocolo en el dojo eran sancionados muy severamente. Sin embargo,

los extranjeros podían ser un problema. Tenían tanto por aprender, que hasta cierto punto su ignorancia era tolerada, hasta que mostraban sinceridad y el buen deseo de aprender.

Fue por esta misma tolerancia por lo cual se produjeron desavenencias. Estaban entrenando en el dojo dos canadienses, tipos bastante agradables de apariencia, pero ignorantes y patanes en extremo. Jamás pude comprender por qué demonios vinieron a Japón, y me sentía apenado con mi país adoptado. Se resistieron a toda acción para corregir su comportamiento. Reían y bromeaban y actuaban en una forma inconveniente en el dojo. Caminaban y haraganeaban como rústicos desaliñados. Se negaban a aprender los kata, alegando que únicamente deseaban luchar. Y aunque peleaban bastante bien, todos nos dábamos cuenta de que pronto estarían alcanzando su tope, y después de eso no podrían avanzar más si no desarrollaban su mente y su espíritu.

Nuestro sensei debió presionarlos, obligarlos, y si era necesario, físicamente, a comportarse. Tenían la autoridad y la fuerza para hacerlo. Pero los sensei dejaron las cosas tal como estaban porque los dos hombres eran extranjeros, y siendo tales, era de esperarse que se condujeran como muchachos mal educados. Y como niños malcriados, los dos canadienses empeoraron cada vez más.

No obstante, lo más intolerable de ellos era el hecho de que no eran muy aseados. No sé con cuánta frecuencia se bañaban, pero en realidad ninguno de ellos jamás lavaba su karategi. Pronto todos se quejaron del hedor. La mayoría de los japoneses creen que los extranjeros, en particular los occidentales, son un rebaño apestoso, pero estos dos eran el acabóse, el ejemplo perfecto para reforzar ese viejo prejuicio. Los nipones son un pueblo

escrupulosamente limpio, y esto resultaba particularmente molesto para ellos. La pestilencia era abrumadora. Algunos estudiantes, furiosos, lanzaron una y otra vez los uniformes ofensivos por la ventana. Incluso Donn Draeger llegó a enterarse al respecto y habló con ellos, pero fue inútil.

Es verdad que existe una imagen estereotipada de la vulgaridad acerca de Norteamérica, acompañada de un lenguaje soez y de malos modales, con fanfarronería y desprecio por las tradiciones y los refinamientos sociales. Es una imagen desafortunada, que las películas estadounidenses de hace alrededor de un decenio se han encargado de difundir, pero es bastante falsa, pues el norteamericano verdaderamente rudo no es así del todo.

De cualquier modo, un día estaba tan asqueado por la peste de los dos canadienses que salí del dojo, y cuando Enoeda sensei me ordenó que volviera, rehusé hacerlo.

Estaba muy sorprendido, pues nadie se oponía jamás a él.

—¿Qué!

—Lo siento sensei, me niego a regresar.

—¿Por qué?

—El dojo es un sitio que se debe respetar, pero el nuestro apesta. No entrenaré más allí, pues vomitaría. Perdóneme.

En defensa de mis actos, debo establecer que no soy un individuo remilgoso o delicado. Incluso por aquel tiempo que vivía bajo condiciones primitivas, ejecuté necropsias de focas muertas hacía mucho tiempo, comí carne cruda y ligeramente podrida con esquimales, y anduve desaseado por periodos prolongados. Pero esto resultaba mucho peor.

Enoeda sensei frunció el ceño, movió la cabeza y me permitió retirarme. Tan pronto como los dos canadienses salieron del dojo los abordó. Ninguno de ellos hablaba mucho japonés.

—Ustedes huelen mal. Lávense. No entran al dojo nuevamente y hacen mal olor. ¡Lávense!

Tan pronto como volvió la espalda, los canadienses sonrieron uno al otro. ¿Ves? Estos nipones sencillamente no pudieron soportarlo.

En pocas semanas la situación se hizo muy tensa. Okuda estaba furioso. Había visto cómo se desenvolvía todo y aseguró que si ningún profesor corregía a los canadienses, entonces lo haría él personalmente o alguien más. Después escuché otras amenazas, que aumentaban en violencia y vehemencia. Los canadienses estaban fichados para recibir una golpiza, pero yo sabía que ellos intentarían luchar, lo cual empeoraría la situación.

Me sentí contrariado al reflexionar sobre la batalla que había estado librando conmigo mismo para controlar mi mal carácter, mediante la disciplina del karate. Decidí entonces preparar un pequeño discurso, previamente aprendí todas las palabras adecuadas, y fue así como me encaré a Takagi sensei. Estaba tras su escritorio. Alzó la mirada hacia mí. La oficina se encontraba sofocante por el vapor de la marmita sobre la estufa de petróleo. Otros dos profesores se hallaban de pie, uno con su karategi.

—Takagi sensei, estoy pensando en retirarme de esta escuela.

La sorpresa apareció en sus ojos. Era él quien me había apadrinado, me ayudó a pasar los ocho primeros

meses de dificultades con las autoridades de migración. Los otros profesores levantaron la mirada.

—Dos extranjeros han mostrado malos modales en este dojo y se han comportado sin educación. Para mí, esto no es culpa únicamente de ellos, sino de los profesores, por no ser tan estrictos con ellos como lo serían con un japonés. Siempre he creído en los principios de igualdad, pero ahora estos extranjeros han molestado a varias personas al grado de que han surgido varias amenazas contra ellos. Son simples cintas blancas, y están siendo amenazados por karatekas de segundo y tercer dan. Esto está en contra de la moral del dojo. Si estos hombres sufren un daño yo no podría respetar el dojo.

Me incliné al terminar mi pequeño discurso.

Takagi sensei se puso de pie y contestó mi saludo.

—Gracias, señor Nicol, por exponer este problema tan claramente a mi atención. Estaba enterado del problema, pero no sobre las amenazas. No se preocupe. Lo arreglaré.

Me incliné nuevamente y fui a practicar. Pude escuchar cómo se hacían entre ellos preguntas breves y enojosas.

A la semana siguiente, por primera vez en la historia de la Asociación de Karate de Japón en Tokio, les fue entregado a los dos extranjeros, en una fría ceremonia un aviso de expulsión. Habían recibido una última advertencia, pero no dio resultado.

Aunque se rieron de eso, pienso que algo les impactó y no se dieron cuenta lo afortunados que fueron. Pues como lo dijeron algunos cintas negras, bien podrían haberlos "descuartizado".

Al escribir esto diez años más tarde, estoy en la posición de tener que enfrentarme a una clase y enseñarle karate, teniendo siempre presente lo difícil que es corregir malos modales cuando son pasados por alto. Si cualquier estudiante de nuestra clase viola los lineamientos es castigado, y si objeta se le pide que se retire. Si se niega a salir es sacado. Soy occidental y reconozco que frecuentemente la urbanidad y la cortesía de las naciones occidentales, puede ser confundida con debilidad. Somos corteses y decentes... hasta cierto punto. ¡Quisiera tener la fuerza de un maestro verdadero, como el señor Nakayama u otros más y que además siempre son corteses!

Dos semanas más tarde. Mientras estaba practicando el combate libre con un cinta café, bajé un brazo para detener un poderoso tajo lateral con el pie (mandado con el borde del pie en un impulso lateral desde la cadera). El brazo recibió la fuerza de la patada y fui lanzado contra la pared de madera. La protesta estaba fuera de lugar, los extranjeros ya no recibíamos favores especiales, así que todos por igual estábamos siendo sometidos a la experiencia. Luché duramente y no fue sino hasta esa noche, cuando me sostenía de una correa en el congestionado tren de Akitsu, intentando leer entre los empujones de los aglomeramientos de las paradas en cada estación, cuando el brazo antes lastimado comenzó a dolerme de nuevo. Como un bastardo.

A la mañana siguiente se había puesto rígido, pero fui al dojo, donde mis sempai, en particular Okuda, fueron solícitos en ayudarme a enredarle una venda elástica. ¿Estaba convencido de que debía practicar? Oh, sí, seguro.

La primera parte de la lección fue muy básica, principalmente golpes repetidos de embestida y patadas de látigo al frente, pero efectuados con gran intensidad. En cada movimiento debíamos impulsar nuestros cuerpos al frente, con las caderas bajas y llenas de potencia, avanzando en cada ataque de tres a cuatro metros a lo largo del piso del dojo con el karategui empapado de sudor y sacudiéndolo en el enfocamiento, y llenando el dojo con el estrépito de nuestros gritos; las gotas de sudor dejaban miles de manchas en el suelo oscuro.

Después de un descanso de dos minutos, los cintas negras se alinearon para enfrentarse al resto de nosotros. Estaban tranquilos, con los pies separados, unos cuantos de ellos con sus cintas negras completando ya el ciclo, es decir, regresando a la blancura por el roce del uso constante. Los grados inferiores nos presentamos a ellos en hilera, y a una orden del profesor, el primer hombre de cada hilera combatía con un cinta negra hasta ser derrotado. Era una gran prueba para los cintas negras, pues la mayoría de los cintas de otro color atacábamos con furia, sabiendo que seríamos vencidos de todas maneras, mas deseando al mismo tiempo dar una buena pelea. Poseíamos fuerza, pero control deficiente, por lo cual el cinta negra tenía que estar doblemente consciente de nuestros golpes. En su mayoría, los ataques enfurecidos eran parados en forma desdénosa hasta que se producía un último "golpe de remate".

Nuestra hilera se enfrentó a Okuda. Un estudiante nipón alto, un tanto torpe a pesar de su cinta verde, aguardó su turno para pelear enfrente de mí. Saludó y avanzó, con la nerviosidad claramente visible en sus ojos y sus movimientos. Tal vez la descarga de sonido y

la lucha feroz en torno suyo le habían causado temor. Permaneció retirado.

Okuda simuló una embestida, y el tipo saltó hacia atrás como un gatito empavorecido.

—¡Pelea!

Okuda lo miró colérico y le gritó, pero el estudiante siguió brincando alrededor, lanzando tibias patadas, y cuidando de mantener su distancia.

—¿Esto es karate? ¡Pelea!

Todos los que no estábamos peleando los mirábamos fijamente. Era inevitable, al no luchar, el discípulo traiciona a su grado, a sus profesores y a su dojo. Al no combatir insulta a su sempai, de quien nada debía de temer, pues sus golpes estaban controlados. Okuda saltó hacia adelante, y sujetó con una mano al estudiante por la garganta y lo arrojó por una ventana abierta. La ventana estaba bastante alta respecto al suelo del dojo, de modo que para hacer esto, el cuerpo del estudiante tuvo que despegarse del piso, elevando los pies más de medio metro. La fuerza de la embestida lo impulsó a través de la ventana y lo depositó en la basura de afuera. Tokio es un sitio lleno de smog. En el entrenamiento intenso, los estudiantes a menudo expulsaban flemas de sus pulmones, y frecuentemente se agachaban en esa ventana en particular para escupir hacia afuera sobre un montón de basura y estiércol. El estudiante había desaparecido. Nadie se atrevió a mirar, pero sabíamos que debía estar cubierto de mierda. El profesor caminó hasta la ventana y atisbó hacia afuera.

—¿Estás lastimado?

—No.

—¡Entonces vuelve a entrar!

El discípulo comenzó a entrar por la ventana, pero el profesor lo rechazó suavemente, poniéndole una mano en el pecho.

—Oh, no. Es mala educación salir y entrar por una ventana. Te perdonaremos la salida, pero ahora para entrar utiliza la puerta principal. Y antes, lávate los pies.

El pobre hombre tuvo que caminar por una calle transitada, atrayendo las miradas de la gente. Después, supe que estaba indeciso entre abandonar el dojo o comenzar a luchar como un tigre.

Y así llegó mi turno, para encararme a Okuda, con sus ojos coléricos y su pecho surcado de sudor. Lo atacué con furia y con toda la fuerza y velocidad de la que pude hacer acopio. Desvió la embestida y me derribó con una barrida de pie, y me arremetió pateándome con el talón en mis costillas. Caí sobre el brazo malo y me dolió, pero rodé y me levanté inmediatamente, atacándolo otra vez. En esta ocasión no me derribó, sino me dejó practicar con él, haciendo más lentos sus movimientos para que pudiera ver y comprender la mecánica de los ejercicios. Al final me dijo que estaba bien hecho y gritó: "¡El siguiente!", con una ferocidad que bien podría atemorizar a un león.

Regresé a la parte posterior de la hilera, como debía hacerlo, mas el profesor me jaló y me puso enfrente a otro cinta negra de ojos fieros, y creí ver en la mirada del profesor la insinuación de una sonrisa.

Para el final de todo mi brazo derecho colgaba como un harapo, y después de la ducha necesité que otro estudiante me ayudara a ponerme el saco.

Cuando iba a partir, Takagi sensei me detuvo:

—Nicol. Se ha lastimado el brazo. Déjeme ver.

Me quité la chaqueta con dificultad y enrollé la manga. Él empujó mi brazo.

—Ah, esto no es nada es solamente una magulladura en el músculo. Mueva el brazo de este modo.

Traté de hacerlo, y el dolor acuchilló mi brazo a través del codo.

—Hmm. No pienso que el vendaje que empleó le ayudará mucho. Déme el brazo. Venga, siéntese.

Localizó con los pulgares el punto sensible y presionó muy firmemente. El dolor fue placentero, y casi agradable en su intensidad, y mientras oprimía, se desvaneció en forma gradual. Encontró otro punto y lo presionó con ambos pulgares, y sentí el mismo dolor agudo, que iba desapareciendo mientras él oprimía.

—Ahora mueva el brazo de esta manera.

Lo hice, y para mi asombro, todo el dolor se había desvanecido, y la articulación se pudo mover libremente. Le di las gracias y le pregunté cómo lo había hecho.

—Nuestro conocimiento del cuerpo no solo nos proporciona el poder para infligir heridas y muerte; sino también nos da conocimiento para aliviar el dolor y revivir de la muerte. Tal vez algún día aprenderá lo suficiente para comprender. Vaya esta noche y tome un baño muy caliente, un trago de vino de ciruela, y vuelva mañana para entrenar duramente. Pronto deberá hacer el examen para la cinta azul.

Salí del dojo con el ánimo muy alto y muy en paz conmigo mismo.

capítulo ocho

El señor Hirokazu Kanazawa, sexto dan, había regresado a Tokio después de enseñar un par de años en Hawai. Kanazawa sensei, dos veces campeón nacional de Japón, pudo ganar uno de los campeonatos con un brazo roto; era famoso por su velocidad increíble y su estilo soberbio. Era bastante alto y delgado, pero cada músculo de su cuerpo tenía la definición de una carta anatómica. Era muy popular, congeniaba bien con todos y siempre mostraba una sonrisa y palabras de aliento y comprensión.

Cuando lo conocí, estaba hablando con Takagi sensei, me incliné ante ellos y me encaminé al vestidor pero Takagi sensei me llamó.

—Este es Nicol. Habla japonés.

Hice una reverencia.

—No nos habíamos conocido antes, sensei.

Intercambiamos saludos cortésmente y Kanazawa sensei sonrió.

—Nicol, ¿qué fue lo primero que aprendió en el dojo?

La pregunta me sorprendió, pero respondí:

—Aprendí "kihon" (movimientos básicos).

—Sí. ¿Quién trajo el karate a Japón?

—El karate fue traído a Japón por el maestro Funakoshi.

Los dos profesores intercambiaron miradas.

—Bien. La semana próxima aparecerá en la NHK (la televisión nacional) con Kanazawa sensei. Le harán muchas preguntas y usted contestará en japonés. Lo ha aprendido bien. Su esposa es una buena profesora.

Durante la semana previa a la presentación en TV, Kanazawa sensei me adiestró en el ataque clásico en un punto y el contrataque, en los cuales tanto el atacante como el receptor, conocen el objetivo y el estilo del ataque que se efectuará. Los dos adversarios saludan, y mientras uno permanece en la posición "shizentai" o natural, con los pies separados y los puños cerrados al frente, el otro adopta una postura "kamae", de pelea, en la postura adelantada hacia el frente. El atacante dice al receptor lo que hará, y luego ataca, empleando solo una técnica, pero con mucha potencia. El receptor debe bloquear o evitar el ataque, y luego contratacar vigorosamente, también con un movimiento, dando un grito, o "kiai", al hacerlo. Después ambos vuelven a la posición formal "dispuesta". Con esta técnica el karateka obtiene distancia, tiempo y control. Aprende a atacar con fuerza, y a defenderse limpia y vigorosamente. Es solo después de incontables repeticiones de tales movimientos de ataque y defensa, cuando puede uno pasar al "jiyu kumite", un intercambio libre de ataque y contrataque.

Kanazawa sensei también me instruyó en el cuarto kata Heiano, como prerrequisito para el quinto kyu, o cinta azul (llamado algunas veces "morado"). Es un kata muy hermoso, con movimientos plenos, codazos,

latigazos con mano de cuchillo y con el dorso del puño, patadas al frente, patadas laterales y rodillazos, pasos intrincados y difíciles giros y cambios de equilibrio. Es el kata predilecto para demostraciones en grupo.

Kanazawa sensei era severo, pero de un modo muy distinto a los otros, pues su afabilidad natural surgía incluso durante la práctica. Yo admiraba a todos los profesores, pero él era el maestro cuyo estilo más me gustaría imitar. De movimientos largos y elásticos, y para mí, más gracioso, hermoso y ciertamente más masculino que el más grande de los bailarines de ballet.

Trabajamos con empeño, pero como sospechaba, el programa de TV resultó ser algo bastante vulgar. Solo querían un extranjero que entendiera un poco de japonés. Los nipones parecen divertirse oyendo a extranjeros tratando de hablar su idioma. Era un juego de jurado, de los tres extranjeros, yo era el único karateka, pero todos fuimos vestidos con nuestro karategui y cintas verdes y nos enfrentamos a un grupo de cuatro personalidades famosas de la televisión. Se suponía que debían adivinar quién de nosotros era el verdadero C. W. Nicol, el extranjero que había venido a Japón a aprender karate y a "pulir su corazón". Era un programa muy popular, que ocupaba tiempo preferente, llamado: "Este soy yo". Se suponía que yo debía responder verazmente, mientras los otros podían mentir. Al final, nada más uno de ellos adivinó correctamente. Después, Kanazawa sensei, un cinta café (un estadounidense que no sabía hablar japonés, de lo contrario habría sido puesto en el estrado) y yo hicimos una sencilla demostración.

Luego que todo había concluido, y que tomé mi pequeño sobre con un "obsequio" adentro, Kanazawa nos llevó a todos a un restaurante que se especializaba

en "chanco nabe", un platillo favorito de los luchadores de sumo, hecho de pescado, verduras y pollo, cocidos sobre carbón vegetal delante de nosotros, sentados en una especie de cajita de tatami como las que reservan los espectadores de sumo, para ver los encuentros.

Comimos, y bebimos cerveza y sake hasta llenarnos, mientras Kanazawa sensei nos deleitaba con las historias de su estancia en Hawai, y nos hacía estallar de risa, en parte por su forma animada de narrar, y así también por su mezcla enérgica de japonés e inglés. Nos contó sobre aquella la primera noche que pasó en un hotel occidental: había salido de su cuarto para ir al baño, envuelto únicamente con una toalla, y de pronto cerró por descuido la puerta de su habitación y tuvo que correr semidesnudo por el pasillo, tratando de explicar a la gente cuál era su problema...

O como aquella ocasión cuando todo un luchador enorme y pesado había ido a desafiarlo a la escuela de karate.

—Así que extendió su mano ustedes ven, para estrechar manos, de manera que yo estrecho su mano, pero es muy fuerte y aprieta, mucho, muy fuerte. Pongo mi mano así... ¡Oh! ¡Muy lastimado! ¡Es usted tan fuerte! Y este luchador dice que karate no es bueno, y desea pelear conmigo. Es muy necio, y no me importa, pero trae mucha gente con él a ver, y para los diarios, así que digo, oquey, lucharemos, pero antes usted trae su abogado y yo traigo un abogado, y escribimos juntos un papel; si usted me mata, no es su culpa, y si yo lo mato, no es mi culpa, y luego firmamos el papel y peleamos, pero pienso que tal vez usted va a morir.

Luego, con el puño de un solo nudillo lo golpeó en las costillas y el hombre de más del doble del peso

de Kanazawa sensei se dobló en dolorosa agonía. Entonces el sensei lo previno que si luchaba podría sacarle el corazón, literalmente arrancárselo del pecho. Y después vi pruebas de que era capaz de hacerlo, pues podía impulsar las yemas de sus dedos como cuatro balas de rifle a través de diez centímetros de tablas de pino.

También, en otra ocasión un fanfarrón lo retó en un restaurante.

—Magnífico —replicó—, pero antes de que luchemos debo calentarme —diciendo eso ejecutó una serie de seis o siete movimientos cegadoramente veloces en el aire, sacudió sus hombros y le sonrió al retador—. ¿Pelemos? ¡Ya hice mi calentamiento!

El fanfarrón regresó a su asiento.

Kanazawa sensei era tan rápido que podía pararse a seis metros de mí y advertirme que estuviera listo para recibir un ataque a la mandíbula. Me preparaba para bloquearlo. ¡Pero nunca pude moverme con velocidad suficiente para bloquear el golpe! Estando en práctica libre con él, era capaz de estar parado frente a mí, saltar sobre mi cabeza, lanzar una patada de latigazo a mi nuca y aparecer en el suelo, tras de mí, antes que pudiese volverme. Sus demostraciones de rompimiento eran asombrosas. Reunía a cuatro personas en torno suyo, cada una sosteniendo tablas de pino de siete y medio o diez centímetros. En menos de tres segundos ejecutaba cuatro movimientos perfectos, probablemente una patada punzante, un codazo, un golpe de revés y un golpe con mano de cuchillo, y rompía los cuatro objetivos con movimientos tan precisos como una secuencia de kata.

Pero eso no era lo más impresionante, existen muchos relatos sobre maestros de karate, kempo y kung-fu que eran capaces de lanzar un golpe al cuerpo de un

opositor, provocándole dolor, pero sin ninguna herida o magulladura superficial en su cuerpo, y que después moriría de gran hemorragia interna.

Un día, después que Kanazawa sensei había quebrado una pila de tres ladrillos tomados de un muro derruido, hizo algo que físicamente parece imposible. La hazaña de romper tres ladrillos, colocados planos como estaban sobre un piso de hormigón, era bastante increíble. La mayoría de los hombres no podrían hacerlo ni siquiera con un martillo, pero aquí cuando él bajó sobre ellos el borde de su mano, se quebraron todos con un ruido sordo. Pero eso no fue nada, exclamó. Colocó otro montón de tres ladrillos. Decidió poner su espíritu, o "ki", en el ladrillo de enmedio. Con un grito, golpeó el de arriba, y en ocasiones debemos aceptar lo increíble, pues fue el ladrillo del centro, y nada más el que se rajó en el centro. No hubo trampa, pues había varios testigos estudiantes.

¿Explicación? El puño llenó el espacio en el tiempo ya ocupado por la mente, y para facilitar esto, el karateka tenía que vaciar su mente como en una situación de combate. Si la mente era fuerte, el golpe también lo sería. Se asegura que la fuerza mental puede proyectarse más lejos y más profundamente que la presencia física real del puño, y alterar por sí misma el estado de la materia. En la perfección, la fuerza mental, el "ki", de un maestro auténtico, lo rodearía en forma tal que su ser físico fuera inviolable, y podía detener a un atacante en su camino, con su "kiai" o grito, o inmovilizarlo con la mirada, como un armiño a un conejo.

De cualquier manera, por toda su fuerza y la perfección en su arte, era agradable estar con Kanazawa sensei, era ingenioso, simpático y atento. Fue una noche

divertidísima y el comienzo de algo muy especial para mí. En el camino de regreso, me preguntó en el taxi, si había venido a Japón a trabajar. Contesté que vine a estudiar artes marciales, especialmente karate. Pareció sorprendido y complacido.

—Bueno, entonces debe ganar pronto su cinta café. Esté en el dojo mañana a las nueve y treinta, y le mostraré cómo hacer los kata correctamente.

—Pero sensei, soy solo un cinta verde.

—Sí, pero el mes próximo hará un examen para quinto kyu. Entrene muy empeñosamente. Yo lo vigilaré. Debe perfeccionar los kata. Es lo más importante.

—Usted me honra, sensei.

—Vino a nuestro país a estudiar. Es mi obligación ayudarlo.

capítulo nueve

Mis profesores, sempai y amigos, entre salvajismo y nobleza, bondad y crueldad, y en ese infinito torrente de opuestos, que en realidad no lo son, demostraron el Ahora eterno, y la esencia del espíritu del karate, incorporado en el mismo carácter de "Kara", que significa "vacuidad"; y sin embargo yo luchaba todavía por alcanzar tal comprensión, como lo hacía también con el idioma japonés o con los movimientos y reflejos del arte que practicaba. Japón era aún un enigma para mí, pero día con día las piezas iban acomodándose, aunque con dificultad, pues este era un rompecabezas de por lo menos cuatro dimensiones.

La vida como joven esposo en una familia nipona era una joya multifacética. Era como si Japón se mofara de mí, y luego me elogiara; y por lo tanto, a través de sus misterios, hundió profundas raíces en mi corazón.

Al principio, vecinos y conocidos insistieron en emplear el apellido en japonés de mi esposa, y nunca la llamaban "Nicol", que era su nombre de casada. Yo sentía cólera y enfado e imaginaba en ello toda clase de agresiones ocultas, pero curiosamente después se tras-

formó en una especie de orgullo, cuando comenzaron a llamarme, a mí, el esposo extranjero, por el apellido japonés de Sonako. ¿Por qué? Quizá me había adaptado al orden de las cosas. Me saludaban ciertamente como cualquier otro hombre en la aldea, y cuando los grupos de la comunidad tuvieron que arreglar el camino con rastrillos y palas, me llamaron a colaborar. Me sentí como en casa, pero ahora en casa todo era nuevo y estimulante lo mismo que antiguo y confortable.

En las tardes siempre que me lo permitía el horario, me agradaba ir de compras con Sonako, caminar por la sendas y angostas veredas, bordeadas por hileras de frondosos arbustos verde oscuro, de té, exquisitamente fragante; y en la primavera, afilegranados delicadamente con flores blancas, nuevas y pálidas esmeraldas de té fresco. Solíamos caminar entre campos cuidados con tanta limpieza, como la más pulcra de las parcelas de verduras en los patios posteriores, donde mujeres campesinas en batas abolsadas deshierbaban y azadonaban entre filas de boniatos (tomates dulces), cebollas, largos rábanos blancos y una docena de varias especies de plantas. Acostumbrábamos saludarlas e intercambiar comentarios relativos al tiempo.

El cambio de temporadas era marcado por las actividades de los campesinos, y ahora en otoño, los hombres echaban al cesto las hojas cuidadosamente recogidas alrededor de las casas y bosques, rastrillándolas con largos trinchas para abono, entre las hileras de verduras. Con tan esmerada atención el suelo era bueno y rico, y altamente productivo a pesar de la pequeñez relativa del área.

Altos árboles hacían guardia en torno a los grandes tejados de paja de viejas casas de granja; el viento sacu-

día sus hojas en forma caprichosa y mecía las perchas de los arrendajos de largas colas. Afuera de una casa, junto a la entrada, había siete sombrillas de colores brillantes. En un bosquecillo de bambú, un anciano cortaba con su hacha, *tas, tas, tas*, y pensé en aquel relato popular del viejo que encontró oro en su bambú tan elevado como ese y que luego descubrió y educó a un hada princesa quien voló después a la luna.

Mientras Sonako y yo nos aproximábamos a la calle principal del villorrio, a la hora de los aglomeramientos los trenes de Tokio llegaban rugiendo como dragones, uno cada determinado minuto, trayendo grandes masas de estudiantes uniformados, hermosas oficinistas jóvenes, hombres de negocios ("hombres del salario" para los nipones) en traje negro, camisa blanca y corbata, compradores, apresurándose todos a casa con la misma determinación como se habían apresurado al trabajo. Humanidad en masa canalizada por la calle principal del pueblo, dispersándose después y trasformándose una vez más en individuos, apresurados por veredas y callejuelas.

Cuando menos en Akitsu no recibíamos miradas extrañas u hostilidades. Eramos bien conocidos. Yo esperaba y observaba mientras Sonako escogía con cuidado las verduras para el alimento de la noche (la mayor parte de las esposas japonesas prefieren comprar diariamente) eligiendo así los alimentos más frescos, firmes y verdes de las casillas abiertas del verdulero. El carnicero me llamó desde el otro lado de la calle. Tenía carne de res magnífica, dijo que guardada especialmente para mí. Cada establecimiento estaba lleno con un grupo de amas de casa y sus hijas, las mujeres mayores en sus kimonos, protegidos al frente y en las mangas con una bata blanca atada, y sus sandalias repiqueteando en el pavimento.

De los pequeños establecimientos con puertas deslizantes y cortinas colgantes, surgían seductores aromas de "yakitori" pollo e hígado bañados en salsa y asados en astillas de bambú sobre carbón vegetal suavemente abanicado. La fragancia mezclada con el perfume de sake caliente, era una fuerte tentación para muchos esposos que al volver del trabajo, no resistían retrasar una hora su regreso a casa.

En nuestro trayecto de regreso de compras, Sonako y yo nos detuvimos en la tienda del molino de arroz para hacer una orden. Fuimos invitados a beber té en la casa de atrás del establecimiento, y a comer tortas de pasta con frijoles dulces, y hablamos allí de muchas cosas, del otoño, y la lluvia, los techos de paja y las sombrillas de papel. Pregunté sobre la historia de algunas bellas y antiguas casas granjeras, comenté que Akitsu fue muy afortunado al poder escapar de las incursiones devastadoras del bombardeo incendiario en la guerra pasada.

La guerra. Era un tema que figuraba en muchas conversaciones. Mi padre y mis tíos habían combatido en ella. El padre de Sonako murió de hambre en manos soviéticas, y sus tíos habían perdido sus vidas en las selvas y en otros lugares, en el Pacífico y Asia. En las naciones, de ambos lados, ostensiblemente en paz, aún persistía la propaganda de guerra, tiñendo opiniones y oscureciendo la verdad. Cuán a menudo leí o escuché que los japoneses eran muy crueles y salvajes. De hecho, estuve leyendo hacía poco un libro muy famoso llamado *Los Caballeros de Bushido*, escrito en ediciones populares por Lord Russell de Liverpool, condenando las atrocidades niponas, y remarcando lo siguiente: "Para que no olvidemos".

Y por supuesto, cualquier británico, estadounidense o aun australiano dirán beatamente, que nuestro bando jamás hizo algo así...

—Ah —dijo el vendedor de arroz—, pero tuvimos aquí una gran explosión cuando cayó un B-29 con todas sus bombas. Abrió un gran boquete en el piso y dañó dos casas. El hoyo todavía está allí, véalo en su camino de regreso a casa, un poco a la izquierda del santuario junto al cruce de caminos.

Intrigados respecto al agujero, Sonako y yo caminamos hacia la izquierda un poco antes de nuestra senda y seguimos una vereda muy hollada entre árboles altos. El lugar estaba fresco y sombrío, y una llovizna ligera arrastraba los olores de humo y tierra húmeda. En efecto, el hoyo estaba allí, enorme y profundo, lleno ahora con agua y bordeado por la verde delicadeza de plantas acuáticas. A un campesino le pregunté qué había sucedido con los restos del avión.

—Oh, fueron empleados para la guerra. El gobierno necesitaba el metal —sonrió—. Entonces los norteamericanos estaban bombardeando Tokio todos los días, y por la noche podíamos ver la luz de los incendios.

—¿Y la tripulación?

—Todos murieron. Vengan por aquí.

Nos condujo a corta distancia, y para nuestra sorpresa llegamos a un jardincito hermoso, escondido entre los árboles. Estaba bien cuidado, sin hierbas entre las flores y los arbustos; en el centro aparecía una piedra grande, y alrededor de ella había ofrendas de alimentos, sake, e incienso recién quemado.

—Uno de nosotros viene aquí todos los días, usualmente la abuela. Todos murieron en la explosión y nuestra casa y esa otra de allá fueron dañadas por el

estallido. Los hallamos —hizo una mueca—, e hicimos su tumba allí —se encogió de hombros y añadió, casi en tono de disculpa—, fue lo mejor que pudimos hacer.

Miré ese jardincito sencillo, situado en tierra que ahora es inmensamente valiosa para los especuladores hambrientos de terrenos del Tokio metropolitano. Hice una inclinación de cabeza y musité mi agradecimiento, pues no supe decir más.

—¿Qué significa el carácter japonés en la piedra? —pregunté a mi esposa.

—Paz —replicó—. No conocían los nombres de los estadounidenses que murieron, y sabes que esto lo hicieron antes de terminar la guerra; cuando los norteamericanos todavía eran nuestros enemigos.

En el patio de una casa granjera próxima, una viejecita canosa inclinada sobre su escoba, barría empeñosamente las hojas caídas de un níspero viejo y nudoso. Pasaron oscuras nubes sobre las curvas de los aleros. Y luego vino una ráfaga de viento, y miles de hojas se posaron sobre el techo húmedo, mis ojos se llenaron de lágrimas y mi cuero cabelludo se puso tenso; las hojas mojadas produjeron repentinamente en mí la comprensión de algo que era zen puro, un sentimiento sin palabras, después Sonako y yo nos retiramos juntos a cenar a casa.

Las segundas navidades que pasé en Japón no fueron muy afortunadas. Después de un día apacible en casa, perdimos el que iba a ser nuestro primer hijo. A avanzadas horas de la noche tuve que correr a la estación para buscar un taxi, y cuando lo encontré debí regatear con el conductor, y ofrecerle el doble de su tarifa normal para que nos llevara al hospital en el centro de la ciudad. La víspera de Navidad era la opor-



tunidad para que los choferes de taxis ganaran buen dinero con los festejantes que regresaban de los bares. Cuando estaba suplicándole al conductor que me llevara un borracho trató de apartarme, gritándole al chofer y agitando un billete de alta denominación. Giré y le pegué en el pecho. Esta era la primera ocasión que había golpeado a alguien desde aquella pequeña escaramuza que tuve con los manifestantes del primero de mayo. El golpe bajo fue rápido, desde la cadera, con pies y tobillos bien apoyados en el camino de grava, y el hombre abandonó realmente el camino y cayó casi a dos metros de mí. No se levantó y conseguí el taxi.

¿Por qué les cuento eso? La razón es que la conciencia que estaba adquiriendo a través del karate, también me hacía ganar fuerza física y velocidad, a pesar de haber bajado casi siete kilos de peso y medir cinco centímetros menos alrededor de los bíceps, que antes de llegar a Japón. No creo que ese golpe fuera estimulado principalmente por los efectos de la adrenalina en mi sistema; aunque por supuesto, yo estaba bajo tensión. No. En una fracción de segundo decidí golpear al hombre, en lugar de perder tiempo empujándolo y discutiendo, mas no quise golpearlo en la cara o en el estómago, para no causarle heridas graves. Por lo tanto le pegué en el pecho. Ejecuté nada más un buen golpe de revés de karate. No sabía la potencia del efecto que tendría en mi "opositor". Por supuesto, se me había dicho que un golpe de karate en el pecho, lanzado por un maestro, en verdad podía matar a un hombre, incluso a través de una armadura, pero yo no era un maestro. Entonces, ¿no es peligroso el karate? Este asunto se me ha planteado tantas veces; y suelen preguntarme, ¿no significa el entrenamiento de karate un grave peligro, conside-

rando el poder mortal que tendría un karateka verdaderamente hábil, y debo recalcar, hábil? Bueno, sí, el karate es peligroso. Pienso que el tiempo más peligroso para la mayor parte de los karatekas es cuando han llegado al nivel de cinta café. En este grado son fuertes y rápidos, y notoriamente rudos en pelea libre. Son precisos en sus golpes, y debo reconocer que los lanzan con potencia suficiente como para lisiar o matar. Han aprendido a apuntar, y han principiado a alcanzar el espíritu de lucha. Han comprendido todo esto, pero generalmente no han aprendido a tener tranquilidad, tolerancia y el estado de mente vacía que es solo el producto de una práctica más intensa. Aún más, pocos de ellos tienen una idea del efecto real (¡o falta de efecto!) que pueden tener sus golpes sobre un cuerpo humano, y a la mayoría de los cintas cafés les gustaría, en el fondo, poner a prueba su karate en una pelea real.

Pero en última instancia, el peligro o la no existencia de él, emana del corazón y la naturaleza del individuo. Con la adquisición de la habilidad para pelear, un hombre potencialmente violento se hace más peligroso; pero al mismo tiempo, el proceso actual de entrenamiento lo libera de su violencia. Con el tiempo la disciplina y la liberación proveniente del arte de luchar, lo conducirán, recorriendo el círculo completo, hasta la auténtica nobleza, y no meramente por la represión y el falso control de su naturaleza violenta.

Yo había estado en muchas peleas callejeras, incluso he peleado como luchador en un carnaval, mas por primera ocasión en mi vida, conecté un golpe sin cólera. Lo hice porque creí que era lo mejor que debía hacer. ¿No fue esto un paso hacia adelante?

Algunos hombres son auténticamente apacibles, y no obstante recurren a un arte marcial. Pronto conocería a un hombre así y se convertiría en un amigo para toda la vida.

Una noche, al volver a casa con mi portafolios colgado de la cinta de mi karategui enrollado y atado sobre mi hombro, percibí que alguien aceleraba el paso para acercarse a mí, "¡mierda!", pensé para mis adentros "debe ser un estudiante que desea practicar su inglés conmigo y recibir una lección gratuita camino a casa". Ya había impartido cuatro horas de conversación en inglés esa noche, y no estaba de humor para más. Pero juzgué mal. El joven me habló en japonés.

—Disculpe, ¿es usted el señor Nicol?

—Correcto. Así es.

Lo miré sorprendido, preguntándome cómo pudo reconocermé.

—Soy Ikeda. ¿Está usted interesado en las artes marciales?

—Claro que sí. Como ve, hoy estuve en el dojo de karate.

—Qué bueno, ¿y no le interesa el kendo?

—Sí, por supuesto, pero no tengo tiempo de practicarlo.

—Necesito alguien que entrene conmigo. Vivimos bastante cerca. ¿Qué le parece los domingos en la mañana? Creo que disfrutará del kendo. ¿No podría hacerme el favor de intentarlo?

En el camino a casa me explicó la forma de llegar a la suya, y convine en ir el próximo fin de semana. Su actitud directa y afable fue refrescante, y me despertó el anhelo de ir.

Al domingo siguiente salí de casa más temprano de lo acordado con él, conduciendo la bicicleta de Sonako por los polvorientos caminos vecinales. Ikeda-san vivía a un lado de la vereda, pasando campos y una granja avícola. Era una parte muy antigua de la aldea. Dejé la bicicleta junto a una cerca y caminé los últimos veinte pasos por una vereda muy angosta, a través de un bosquecillo de bambú. La vereda se abría hacia el corral de una granja, que tenía al frente una casa inmensa, de unos cuatrocientos años de antigüedad con su techo de paja elevado y amplio. Rodeado de árboles y bambúes. En la casa había pilares de cedro y roble de sesenta centímetros de grueso. Y en el suelo desnudo frente a la vieja casa, Ikeda ejecutaba un ritual solitario de desenvainamiento de espada, hermosos kata del arte llamado "Iaido". Era como si esa vereda estrecha a través del bambú me hubiese sacado del siglo xx y conducido a la época feudal. Ikeda estaba vestido de kimono y hakama, el vestido del samurai, y su espada cobraba vida en sus manos; un modelo de luz plateada contrastaba con los colores sombríos de madera vieja y tierra oscura. ¿Movía el hombre la espada? ¿O la espada movía al hombre? Mientras hacía piruetas y giraba, la espada cantaba en torno suyo; observé en silencio, saboreando el orden de las cosas: el hombre y la espada, la casa y el bambú que se inclinaba y se mecía, gorriones en la palma sin inmutarse ante el ritual humano de batalla. Ikeda se detuvo como una piedra, y por un instante, el espadachín estuvo totalmente inmóvil; luego, con un delicado sonido metálico, regresó la espada a su funda. Percibió finalmente mi presencia al extremo del sendero, se inclinó y sonrió.

—Ah, Nicol-san, llega temprano. Venga, entremos a mi casa y bebamos té.

Ikeda, escultor en metal, y por lo tanto hábil con sus manos, había construido una casa y un estudio para él solo, sobre lo que quedaba de la propiedad de su familia. La gran casa vieja y el resto de la tierra lamentablemente fueron confiscados a causa de un tío que se hundió en deudas. Ikeda me condujo a su estudio, repleto de figuras de bronce, y con los distintos instrumentos para su arte: soplete de oxígeno-acetileno, una serie de grandes cilindros de gas, herramientas, moldes. Varias esculturas móviles estaban suspendidas del techo, figuras humorísticas, mofándose de la inestabilidad humana, o como lo expresó Ikeda: "Estabilidad dentro de la inestabilidad". En los muros había dibujos, pinturas, la pintura de un gran cometa, entrepaños de herramientas, alfarería y varias cosas interesantes, y, por supuesto, un armero de espadas de madera para práctica, y "shinai" de bambú (las armas simuladas utilizadas para competencias de esgrima). Sobre un muro colgaba una lanza muy antigua de más de dos metros de largo. Un par de gatos señoreaban el estudio calentándose con fuego de carbón vegetal junto a la chimenea de ladrillo.

Las habitaciones estaban separadas del estudio por antiguas pantallas de madera tomadas de la casa de granja. Me presentó a su esposa, Hiroko, quien después se ocupó de preparar el té en la cocina.

Ikeda era un hombre sin embellecimientos caprichosos. Era tan directo y fuerte como sus musculosos brazos y hombros, que mostraba como testimonio del esfuerzo invertido tanto en la escultura como en el kendo. No se hizo amigo mío únicamente porque yo fuera

extranjero, y por lo tanto original y extraño (y útil para practicar el inglés). No mostraba realmente ningún interés en el idioma inglés como tal, aunque hizo muchas preguntas concernientes a la historia británica y europea. Mientras bebíamos nuestro té, frente a los carbones resplandecientes, hablamos de espadas, lanzas, mazas y alabardas, de la potencia del arco largo inglés para perforar una armadura, y de la forma en que nuestras culturas habían desarrollado sus diferentes filosofías de batalla. Ikeda se hizo amigo mío porque sintió que me gustaría practicar el arte de la espada.

Quizá esto sea romántico, mas pienso que hay algo que está más allá de las meras circunstancias y coincidencias en el surgimiento de una amistad tan profunda y duradera. Siento que los caminos de nuestras vidas pueden estar entrelazados, tal vez para cumplir algún objetivo lejano y común. Por ello se conforman fuertes lazos entre las personas. Diez años después de nuestro primer encuentro, Munehiro Ikeda continúa siendo uno de mis más íntimos amigos; y como entonces lo pronostiqué, él esta haciéndose muy famoso en Japón, gracias a sus esculturas.

Aunque decía que poco le interesaba el grado, y no había hecho un examen por mucho tiempo, tenía jerarquía de alrededor de quinto dan en kendo. Su hermano era un karateka de alta graduación en el estilo goju, e Ikeda había aprendido mucho de él; también estaba muy interesado en las viejas artes de combate sin armas de los samurais: jujitsu y yawara. Atesoraba y reproducía manuscritos antiguos sobre esos temas, destinando muchas horas a los rollos de pergamino, la tinta y los pinceles.

Terminando nuestro té, salimos para comenzar mi primera lección de sable; empleamos pesadas armas de práctica hechas de roble llamadas "boken". Los sables de práctica de kendo son básicamente de dos tipos. El boken tiene un peso aproximado al sable genuino y se siente como tal; es usado para tajos y paradas, pero nunca es utilizado realmente para golpear a un opositor. En los viejos tiempos cuando practicaban combates con el boken, solían morir muchísimos hombres. En el periodo Meiji, cuando aún individuos que no eran de la clase samurai aristócrata, podía aprender las artes del sable, fue creado un "shinai" muy ligero, recto, lo mismo que la armadura para esgrima: máscara, guantes, peto. El shinai está hecho de bambú hendido, y es empleado para golpear con gran fuerza a un compañero de esgrima, que, claro está, lleva puesta su armadura. Los kata de kendo son ejecutados con sables genuinos o con boken. Participan dos personas, atacante y receptor, y los golpes con el sable son enfocados inmediatamente antes del contacto real, como en el karate.

Incluso desde esa primera lección observé cuánto había influido el arte del sable en las técnicas y actitudes del karateka. Existía la misma percepción de distancia y territorio, la misma tranquila aceptación de la batalla. El primer día, Ikeda me mostró cómo tomar el sable, cómo levantarlo sobre mi cabeza y tajar hacia abajo en la dirección de la cabeza del opositor. Como en el karate, el arma no llegaba al blanco, sino era detenida, mientras la mente apuntaba hacia el objetivo, y la fuerza del espadachín era transmitida, desde las caderas y el hipogastrio a través de los brazos y las muñecas, hasta el borde cortante del sable. Me enseñó también cómo la punta del sable debía "cubrirlo" del adversa-

rio, y cómo el filo estaba "vivo" en ciertas posiciones, e ineficaz o "apacible" en otras. Comprendí entonces lo que había intentado explicarme uno de nuestros profesores de karate, en relación a la forma de mantener los puños en el combate libre: en algunas ocasiones yo dejaba "morir" mis puños, y así mi enemigo se percataba de que mi concentración estaba menguando.

Por supuesto, en un día no pude adelantar mucho en la habilidad para utilizar el sable, pero me había emocionado. Entonces comprendí lo que Donn Draeger decía siempre: que un combatiente sin armas no puede sentirse verdaderamente realizado en su arte, hasta que no hubiese adquirido habilidad cuando menos en un arma (no lanzable). Después de abandonar la casa de Ikeda ya anhelaba con ansia nuestra próxima sesión la cual fue programada para el domingo siguiente en la mañana. Pero el lunes mis antebrazos estaban adoloridos como jamás lo habían estado. El pesado boken era un instrumento soberbio para fortalecer los brazos y aumentar la efectividad de bloqueos y ataques con mano de cuchillo. Adquirí uno y empecé a utilizarlo con cierta regularidad.

En parte a solicitud de nuestro amigo Donn Draeger, y por otra parte debido a su propio interés y su salud, Sonako inició lecciones de combate con pértiga en el dojo de policía de Tomisaka, bastante cerca del Kodakan. Iba dos veces a la semana a estudiar con el maestro Shimizu, el profesor más alto en grado de jojitsu. El jojitsu es un arte antiguo, fundado por un sacerdote guerrero del clan kuroda, llamado Muso Gonnoske. Este hombre había combatido una vez contra Miyamoto Musashi, el espadachín más grande de Japón. Todos los demás hombres que se enfrentaron a

Miyamoto murieron o quedaron lisiados, pero Muso empató con él. Se dice que las técnicas de pelea con pértiga lo invadieron en un sueño, luego de una contemplación muy prolongada sobre cómo superar el casi invencible estilo de dos espadas, del legendario Miyamoto.

La pértiga, o "jo", no es en sí algo de aspecto impresionante. Tiene 1.20 m de longitud y poco más de dos centímetros de diámetro; pero es un arma increíble y mortal en manos de una persona hábil. Hecha de roble blanco curado, sus extremos pueden ser impulsados como una bala a través de las costillas o del cráneo. Un golpe lanzado de modo correcto puede realmente llegar a romper una espada de mala calidad, como las que se producían en masa para el ejército nipón, durante la última guerra. Donn Draeger demostró tal ruptura en la escuela de policía contra motines. Un espadachín se enfrentó a un combatiente con pértiga, que hizo girar su arma en un gran arco silbante y al hacer contacto con un lado de la espada, esta se quebró en dos pedazos. También me relató cómo intentó cortar un "jo" poniéndolo entre dos sillas y golpeándolo con un mango de espada. Las pértigas, cuando están casi nuevas, son lo bastante resistentes como para contrarrestar la fuerza del acero. Se arquean y saltan, pero no se rompen. El "jo" es con mucha razón un arma predilecta de la ultrarruda policía contra motines de Japón.

Sin embargo, este arte fue proyectado primordialmente para viajeros tales como sacerdotes quienes no portaban más arma que el inofensivo báculo pastoral, el cual los ayudaba en su camino. Aparte de los "kihon" o ejercicios básicos, la práctica de este arte incluye una serie de katas contra un espadachín. En el arte formal del jojitsu (no debe confundirse con el jiu-jitsu, que es

un arte de combate sin armas) no hay katas contra hombres desarmados. A simple vista es ritualista y resulta gracioso, muy apropiado para los movimientos de una mujer.

Cuando Sonako comenzó a practicarlo me sentí fascinado, porque ahora podríamos practicar algo juntos. Yo aprendería la parte del espadachín de los kata (el combatiente con pértiga tenía que aprender ambas) y permitiría que ella efectuara los diferentes kata de defensa contra la espada. Esto lo comenzamos a hacer en un terreno vacío, frente a nuestra casa en Akitsu. Sonako fue adquiriendo bastante destreza.

Mi interés obvio en las artes del guerrero me hizo ganar la amistad de nuestro vecino más próximo. Era flechero y hacía flechas para venderlas tanto a los dojos tradicionales de kyudo (arquería japonesa), como para las tiendas deportivas que comerciaban con el surtido occidental de arquería. Tenía un grado alto en kyudo, y hablábamos frecuentemente del zen como algo muy inherente al arte nipón.

Era como si ahora la superficie estuviera más tranquila, y pudiese comenzar a ver abajo de ella, encarándome a más y más ejemplos de las filosofías del guerrero japonés, que supuestamente se creen muertas o difuntas por occidente, tan frecuentemente insultadas y tergiversadas, tanto por occidentales como por muchos jóvenes nipones. Reconocí que no había venido a Japón en una búsqueda quimérica. Todo estaba aquí.

Sí estaba aquí... en la piedra de la paz junto al cráter del aeroplano caído, en la mirada directa y la honestidad del espadachín escultor, en las filosofías serenas de un caballero apacible fabricante de flechas, y en el espíritu formal y la camaradería de miles de do-

jos de las cien ramas distintas del Budo... las habilidades del guerrero. El bushido no había muerto en Japón. Quizá ahora estaba cumpliendo su verdadero propósito en una nación amante de la paz.

capítulo diez

Sasaki sempai me había dicho que un buen modo de fortalecer los músculos de las piernas y caderas era emplear las pesadas sandalias de hierro o "geta". Pesan más de tres kilos cada una, y su diseño es el mismo del calzado de madera tradicional de Japón. Las geta son sostenidas en los pies, por dos tirantes que corren a los lados y convergen en uno solo, que pasa entre el dedo grueso y el siguiente de cada pie. Cuando se patea con las geta de hierro, uno debe sujetarla fuertemente con los dedos para impedir que salga volando. Esto fortalece los músculos de los pies mucho más que la bota de hierro convencional del fisicoculturista occidental. Había una tienda de artes marciales a pocos pasos de la estación del tren subterráneo de Yotsuya, donde dos veteranos del ejército hacían los karategui y vendían varios aditamentos de entrenamiento para karate. Compré un par de geta de hierro y principié a usarlas en casa.

Al principio practiqué lentamente: patadas súbitas al frente, patadas laterales de látigo, patadas laterales punzantes, patadas hacia atrás, patadas circulares, y me

percaté que los músculos de mis caderas se fatigaban primero que los de mis piernas.

—Ah, sí —dijo Sasaki—, tus piernas están fuertes, pues corres bastante bien y velozmente, pero son largas, y cuando recae el peso sobre el extremo distal, o sea el pie, entonces surge una gran tensión en el punto de inserción que es tu cadera. ¿Cuántas veces has sido corregido por pararte con las caderas demasiado elevadas? Debes practicar con las caderas bajas, y así desarrollar más fuerza en ellas. Los profesores siempre nos dicen que debemos tener fuerza en las caderas. Ya te das cuenta lo cierto que es. Sigue practicando con las geta de hierro, pero trata de ejecutar movimientos completos y perfectos, y luego que las hayas utilizado, nunca debes dejar de practicar algunas patadas rápidas sin ellas. Esto es muy importante, ya que solo desarrollarías fuerza, mas no velocidad.

En un mes pude sentir el aumento de potencia en mis patadas. También comencé a correr con las geta de hierro, atadas a mis pies con tiras cortadas de una vieja cinta blanca, marcando las huellas y triturando guijarros en las veredas apacibles de Akitsu, entre campos bordeados con setos de té y pasando frente a los Budas a los lados de los caminos, a través de setos de castaños.

Al poco tiempo pasé el examen para el grado de quinto kyu, y pude usar la cinta azul. Contraje disentería por comer en un restaurante barato en Shibuya y estuve hospitalizado durante tres semanas. Bajé mucho de peso. Ya no era un hombre corpulento de ochenta y ocho kilos. Con duro entrenamiento había bajado de peso, y con esto ahora pesaría únicamente setenta y nueve kilos. Cuando reanudé el entrenamiento estaba más



ligero y rápido, pero ya no tenía la clase de fuerza bruta de antes. No obstante, a medida que iba ascendiendo en jerarquía, el entrenamiento se hacía más concentrado, y pude recobrar cuatro kilos y medio. Este peso de ochenta y cuatro kilos se mantendría constante diez años después, hasta la época en que escribí este libro.

Como cinta azul, aún era torpe y bastante desproporcionado, todavía estaba tratando de adquirir una mejor postura. Era demasiado alto en caderas, y así perdía fuerza, o por lo contrario demasiado bajo y rígido. Nuestro grado nos hacía buena presa para el duro juego de los cintas cafés. Ellos recibían sus cintas de sus superiores, o sea los cintas negros de primero y segundo dan, y ellos a su vez nos lo servían a nosotros, (y en mi opinión) con más de la ferocidad necesaria. Este fue un periodo de mucho magullamiento de espinillas y antebrazos, un tiempo de derrotas incontables y unos pocos triunfos, pero también una época para fortalecer la buena disposición.

Entrené duramente y pasé la prueba de cuarto kyu. Aún usaba la cinta morada, pues la empleaban los grados de cuarto y quinto kyu, aunque hubiesen hecho el examen de los cinco kata heianos. Aprendimos de estos kata todas las técnicas defensivas principales. Ahora tenía que aprender el poderoso kata de Tekki, las formas profundas y fuertes de los guerreros con armadura, en la "postura a caballo" o de "montar a horcajadas". Esa kata desarrollaba fuerza en la parte interna de los muslos, las piernas y el abdomen, y gran velocidad en las técnicas de mano.

Al llegar al cuarto kyu, sabía que la cinta café, grado de tercer kyu, estaba a mi alcance. Entrené empeñosamente para pelear, reté a mis superiores repetidas veces,

olvidé todo temor de ser vencido. Escalar los tres primeros grados, me había tomado más tiempo de lo normal, pues me concentré en desarrollar un golpe y una patada fuertes, y descuidé la práctica de los kata. Pero ya no volvería a descuidarlos más. El practicar los cinco kata heianos era fatigoso y a la vez estimulante, mas era apenas un calentamiento para la laboriosa práctica del Tekki. Mis tres amigos y sempai, Sasaki, Okuda y Seto, estaban presionándome. Seto especialmente, quien a pesar de estar demasiado pequeño, incluso para el tamaño normal del japonés, se deleitaba en el combate libre conmigo, haciéndome parecer una y otra vez como un niño grandulón, castigándome sin piedad con sus patadas relampagueantes y su lucha a corta distancia. Me destruían y luego me aleccionaban para que recuperase mi confianza y mi espíritu de pelea. ¡Qué magnífico sería, pensaba yo, poder luchar como ellos! Admiraba especialmente el estilo de Sasaki. Era largo y esbelto, y no mucho más bajo que yo. Pateaba con gracia y velocidad, y con su grado de segundo dan liquidaba fácilmente, incluso a los cintas negros de segundo dan.

Fiel a su promesa, el señor Kanazawa me impartió instrucción personal. Iba al dojo una hora más temprano de lo normal, tres días a la semana, y durante la cual él me preparaba a solas, rechazando toda clase de remuneración. El saber que uno de los mejores profesores de Japón estaba haciendo esto por mí, me obligaba a trabajar con mayor empeño, llegando algunas veces hasta el punto de llorar cuando mi cuerpo no podía actuar como me lo había instruido y enseñado.

Una mañana fui al dojo más temprano, pero lo hallé cerrado. Esto era extraño, porque Kanazawa sensei me había dicho que fuera. Al escuchar el ruido del entre-

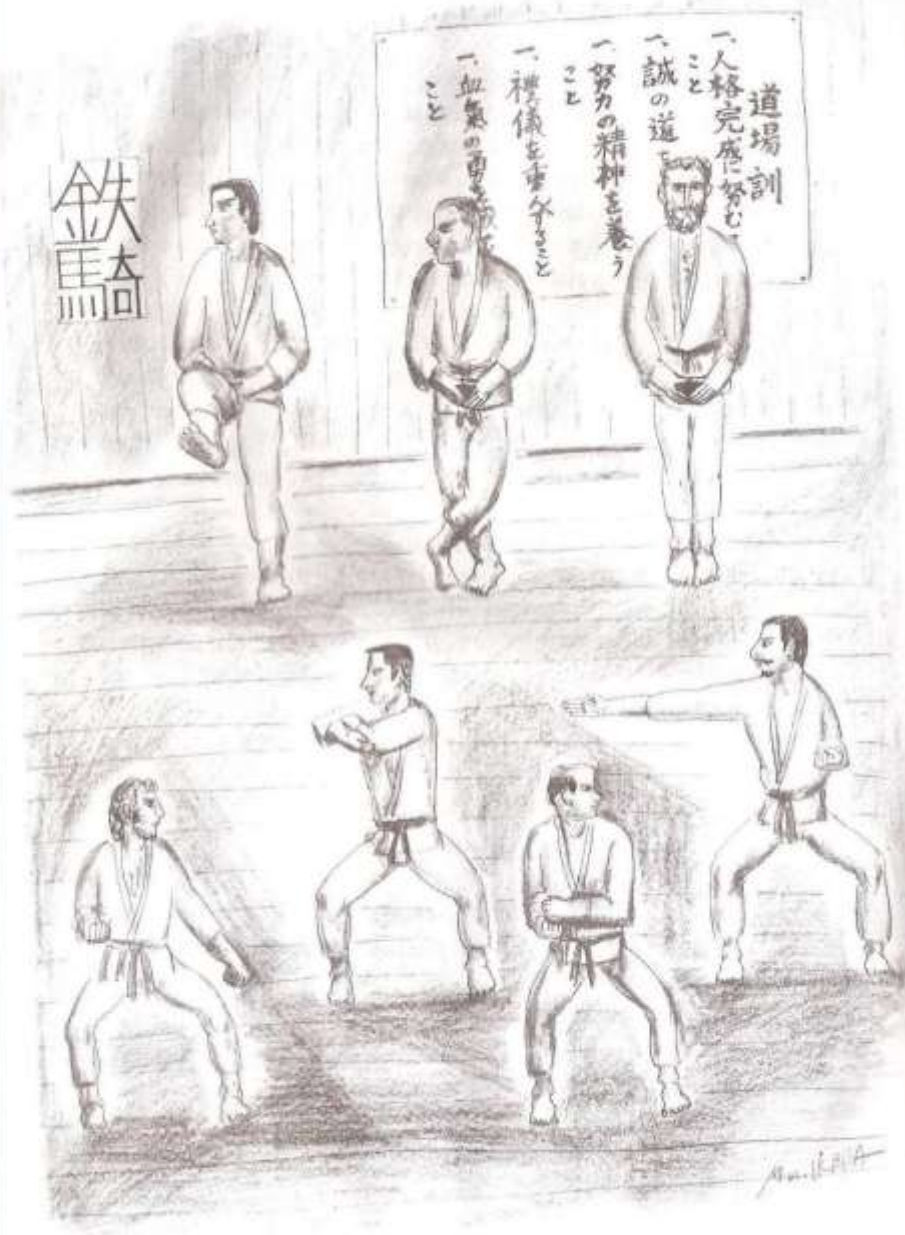
namiento miré a través de los vidrios de la puerta desvencijada, y observé que las oficinas se encontraban funcionando. Aguardé diez minutos, hasta que Kanazawa sensei abrió la puerta y me franqueó la entrada. Estaba uniformado y sudando. Me pidió que guardara absoluto silencio al entrar a la sala de espera y allí aguardé sin moverme ni hacer nada. Como era una de las sesiones de entrenamiento para profesores y aprendices de instructores, los estudiantes tenían vedado el acceso.

Desde el vestidor sin luz, en la penumbra, podía ver al dojo, donde se encontraban practicando kata unos cuantos instructores. La sesión principal había concluido, mas el señor Yaguchi, un profesor muy rudo y severo, estaba practicando con mi amigo Sasaki. Sasaki se hallaba recibiendo adiestramiento especial para ascenderlo al grado de tercer dan y prepararlo para convertirse en profesor. Pensaba ir a las Filipinas para enseñar karate.

Sasaki, comúnmente flexible y vigoroso, quien podía derrotar con facilidad a cintas negras de primer dan y a la mayoría de los segundo dan, ahora estaba tambaleándose como un ebrio en la pista del dojo. Sus técnicas eran lentas y débiles. Intentaba patear, mas perdía el equilibrio. ¡Increíble!, pero Yaguchi sensei estaba reprimiéndolo, atacándolo al mismo tiempo con técnicas aparentemente simples que chocaban contra su cuerpo, enfocadas en forma bastante superficial para no dañarlo, pero atormentadoras, al grado que dejaban marcas sobre la piel.

—¡Sasaki! ¿Qué es esto? ¿Qué clase de técnica es esa?
¡Pelea! ¡Halla tu espíritu!

¡Pam! Barrió a mi sempai al piso y proyectó una patada a su pecho.



—¡Levántate, Sasaki! ¡Vamos!

Sasaki se puso de pie, pero fue rápidamente barrido y de nuevo al suelo. Se puso de pie, vacilante, y pareció recuperar energía como para atacar al profesor con una combinación de patada en redondo y con el talón de la mano, seguida por una lluvia de golpes. Sus ataques fueron parados y desviados con indiferencia. ¡Pam! Cayó otra vez.

—¡Sasaki! ¡Tu equilibrio! ¡Es horrible! ¡Levántate!

Sasaki se puso de pie una vez más, tambaleándose, y con la fuerza escasamente suficiente para sostener las manos un poco más arriba de la cintura. Yaguchi hizo un saludo seco y se alejó de él, y otro profesor, el señor Yajima, se hizo cargo.

—¡Vamos, Sasaki! Un poco más.

El señor Nakayama observaba desde un extremo del dojo, con cara inexpresiva. Muy a pesar de sí mismo, el llanto estaba escurriendo por las mejillas de mi sempai, lágrimas de agotamiento y frustración. Su ánimo se recuperó otra vez y embistió en un ataque de patadas y punzadas, solo para ser bloqueado una y otra vez. Sabía que no era correcto ver a mi sempai vencido de esa manera. Aunque no podía distinguirme en la penumbra del vestidor, hice una inclinación hacia él y salí a la oficina. Yaguchi salió y me miró cortantemente, como para preguntarme qué diablos estaba haciendo en el dojo. El señor Kanazawa intercedió y luego me habló de Sasaki:

—Estamos abatiéndolo para que podamos ayudarlo a rehacer su espíritu. Ha peleado duramente, sin reposo, por más de una hora. Desde hace rato sintió la imposibilidad de seguir, pero todavía continúa, y seguirá por otros diez minutos. En pocos días se sentirá



muy orgulloso de sí mismo, y sabrá que es su espíritu, y no su cuerpo, el que hace las reglas. Ha luchado muy bien.

El profesor recalcó esto, y mostró en sus ojos el deseo de que yo comprendiera y sintiera respeto por mi sempai. Así lo hice. Al final de la sesión había combatido contra una sesión de hábiles peleadores, el doble del tiempo de un campeón mundial de boxeo profesional en un encuentro por el título... y esto sin ningún reposo en absoluto.

Después de una ducha fría, Sasaki estaba vistiéndose. Uno de los profesores jóvenes le trajo té y lo puso ante él.

—Ah, Nic-san, estoy tan apenado de que me vieras así, indefenso como un niño.

Respondí que no sentía más que admiración hacia él. Moviéndose pesadamente la cabeza, y Kanazawa sensei me ordenó que saliera a la pista del dojo. Teníamos únicamente treinta minutos antes de la lección principal, mas me pareció embutir dos horas de adiestramiento en ese tiempo tan breve.

Las japoneses tienen un adagio: "¡Cuando un clavo sobresale, húngelo!" Cuando un estudiante es bueno, y está superando a sus condiscípulos, su orgullo debe ser destruido, debe ser alejado sin misericordia para que su espíritu y su talento no lo conduzcan al engreimiento. El karateka debe dar lo máximo de sí mismo, para que una vez, y otra y otra, sienta el desamparo de un infante. La humildad es una característica esencial del auténtico guerrero. Sin humildad no tiene cabida en la sociedad; es un bruto peligroso y repugnante. En la derrota aprende que aún puede continuar, y esto le enseña "espíritu", y a tener respeto hacia otros.

Pero en el karate, nadie es tan arrogante, ni está tan orgulloso de sí mismo, como el cinta café. Parece que el arte lo empuja hacia una montaña de arrogancia y vanagloria a causa de su fuerza, así que debe ser derribado, y llegar hasta abajo, muy abajo. Yo iba comprendiendo todo eso.

En dos meses de adiestramiento con el señor Kanazawa aprendí bastante bien los movimientos del kata Tekki. El señor Kanazawa, siendo un hombre alto, con miembros largos, enseñaba formas cabales, graciosas y poderosas, y yo había comenzado a sentir gran placer al practicarlas.

Un día, mientras practicaba el kata Tekki, noté que Takagi sensei me estaba observando. Cuando terminé, me llamó.

—Nicol, está mejorando, pero el final de su kata no es bueno. Cuando han finalizado los movimientos de un kata, uno debe tener "zanshin". ¿Sabe lo que es eso?

—Creo que sí, sensei... significa "final perfecto".

—Sí, eso quiere decir, pero ¿qué es precisamente una conclusión perfecta? Zanshin está formado por dos caracteres. El primero, "zan", significa permanecer, continuar. El segundo, "shin", quiere decir corazón o mente. Cuando han terminado los movimientos de un kata, no significa que el kata haya finalizado, no relaje su atención y espíritu. Debe llegar a la posición última, conservar los ojos al frente, su cuerpo y su espíritu preparados para cualquier cosa. Debe estar consciente de todo lo que hay en torno suyo. Kata no es una simple práctica de movimientos, ni tampoco es un modo de retraimiento en sí mismo. Cuando practique los kata debe estar vívamente consciente. Deberá tener una mente como el agua quieta, reflejando todas las cosas. Con-

cluya su kata con zanshin, de otra manera, no tiene importancia qué tan brillantemente haya sido ejecutado, es más será considerado un fracaso.

A partir de entonces observé con mayor atención a los profesores y cintas negras de alto grado cuando finalizaban su kata. Su ejecución de kata fluía, y el flujo del kata no terminaba con la cesación del movimiento físico. ¡Qué difícil es captar este sentimiento y poder explicarlo!

En inmovilidad perfecta, exudaban fuerza. Los imaginé como garzas paradas sobre un estanque, listas para ensartar un pez; como halcones de vuelo elevado, dispuestos a lanzarse contra su presa; como un gato, echado de modo paciente junto al agujero de un ratón; o así también como un cazador esquimal llamado Akeeago a quien había observado, inmóvil, preparado, y sin embargo totalmente relajado, esperando que saliera una foca por su respiradero en el hielo. Y no obstante a pesar de las imágenes que venían a mi mente estaba confundido. Y Zanshin no era esto, pues aunque también eran imágenes de fuerza inmóvil, todas eran del "antes". Lo que mostraban mis profesores al concluir un kata, era fuerza inmóvil, y no obstante más y más. Intento definirlo con palabras y se me escapan. "Final perfecto" ... "espíritu remanente" ... algo tendrá que ser.

Con las cintas de categoría más baja, incluso con la mayoría de las cintas café, sucede que se suspendía cuando eran completados los movimientos del kata, como una muñeca de cuerda que fuese desconectada repentinamente. Sin buen "kamae" o preparación al comienzo del kata, y sin "zanshin" a la terminación, el kata es únicamente un ejercicio físico, y no una práctica de zen en movimiento.

Una vez consciente de la existencia de ese sentimiento, de esa continuación del espíritu, lo empecé a descubrir en otras artes y costumbres japonesas; en la ceremonia del té y en el arreglo de flores, en la danza clásica Noh, o en ese exquisito momento de silencio después de que las últimas notas de una magnífica pieza de música se han desvanecido en la nada.

Al principio encontré imposible lograr este "espíritu remanente" o "final perfecto", y recurrí a triquiñuelas mentales. Habiendo concluido los movimientos del kata, permanecía en la posición final, la mirada al frente, el cuerpo inmóvil ... entonces reescenificaba el kata nuevamente en mi mente. Cuando la repetición mental había terminado, me relajaba y hacía una inclinación. Parecía bastante efectivo desde el punto de vista de un espectador, aunque yo sabía que no era lo auténtico. Pero serviría por el momento.

Pasaron meses. Me hice más fuerte, las prácticas fueron más duras. Los domingos practicaba el sable y discutía de filosofía con mi nuevo amigo Ikeda, y comencé a frecuentar dos veces a la semana, el dojo de la policía de Tomisaka para aprender combate con pértiga al lado de mi esposa, Sonako. Parecía no pasar tiempo en absoluto antes que tuviera el derecho para utilizar la cinta café.

Ya había estado entrenando por casi dos años, y a los cintas negras de primer dan, más jóvenes e inexpertos, no les resultaba fácil vencerme. Los cintas café peleábamos duramente y con rudeza. Batíamos a los grados inferiores con deleite casi salvaje, y nosotros a su vez éramos batidos inmisericordemente por nuestros superiores, quienes gozaban de las competencias con nosotros, pues podíamos dar buena pelea y forzarlos a

una defensa más fuerte y un ataque más violento. Aprendí muchas técnicas y podía ejecutarlas con potencia regular, aunque no me era posible decir cuánta potencia. Rompíamos tablas y tejas y veíamos como un nuevo deleite las callosidades de nuestras manos.

Los días se me hacían eternos. Salía temprano por la mañana, viajando al centro de Tokio en los trenes congestionados. Después de la práctica, comía con los amigos del dojo. En las tardes estudiaba japonés, algunas veces regresaba al dojo, o en ocasiones iba a aprender combate con pértiga; así también por las noches enseñaba conversación en inglés en una pequeña escuela. Era el modo más común de que los estudiantes extranjeros, de habla inglesa, ganaran dinero suficiente para vivir en Tokio, que en el decenio de los sesentas era ya un lugar costoso para vivir. Raras veces había un asiento vacío en el tren de regreso a casa, y me colgaba de una correa con una mano, sosteniendo un libro de bolsillo en la otra y protegiéndome contra las presiones de cuerpos apretados en torno mío, sacudiéndose y meciéndose en los carros como latas de sardinas.

En uno de esos viajes, alrededor de las nueve de la noche, tuve la desgracia de estar junto a un ebrio muy agresivo. Era un peón, musculoso y moreno, con una pequeña toalla torcida y enredada en torno de su cabeza, el pelo corto, barba pequeña e hirsuta. Tenía alrededor de cuarenta años de edad, estaba suficientemente sobrio para permanecer de pie, pero demasiado borracho para callar su desagrado hacia los extranjeros. Mientras el carro congestionado oscilaba y saltaba, él mantenía un murmullo continuo, bastante fuerte como para que lo oyéramos todos los que estábamos a su alrededor.

—En la guerra, los japoneses los derrotamos una y otra vez. No tienen valor. Nada más pudieron vencernos con bombas atómicas. ¡Basura! Soy más fuerte que él. Mírenlo. ¿A qué viene a nuestro país? ¡Tipo estúpido! ¡Solo es grande de tamaño, pero no de corazón! ¡Y les agradan a nuestras muchachas! ¡Ah! ¡Basura! ¡No son muchachas japonesas, son putas únicamente!

Fue difícil, pero lo desdéné como lo hicieron los otros nipones con caras impasibles que viajaban en el carro. Se sentían más apenados y molestos que yo. Al principio ni siquiera estaba encolerizado, pues para entonces me había acostumbrado a esa clase de borrachos. Por lo común son bastante inofensivos. Pero este era más atrevido. El carro se sacudió, y él aprovechó la oportunidad para disparar con fuerza e impulsar su codo hacia arriba contra mi oreja. Estaba colgando de la correa con ambas manos. Después que me golpeó, me miró malévolamente.

—Cobardes, todos ellos. ¿Ven? No tengo miedo.

El carro se sacudió y de nuevo detuvo su codo derecho con mi oreja izquierda. Muy irritante en verdad. Puse mi libro en el portaequipajes.

Había aprendido en el dojo que un golpe bajo la axila causaba gran dolor, y probablemente inconsciencia. Un golpe de un maestro allí provocaría la muerte. En el kata Tekki practicábamos golpes de cerca, curvas, que comenzaban del lado del cuerpo y pasaban frente al pecho del golpeador. Solía practicar con un compañero estos poderosos golpes de cerca, y aprendimos a desviar hacia arriba el brazo del adversario, para descubrir la axila vulnerable. Montado en cólera, decidí probar una de esas técnicas, con la fuerza exacta, o cuando menos eso me propuse, para causar al molesto

ebrio el dolor suficiente para forzarlo a bajar su brazo y dejar de golpearme en la oreja.

Esperé la siguiente sacudida, y cuando me iba a dar un pinchazo en mi oreja disparé un golpe hacia arriba y de cerca, con mi puño derecho, apoyando al mismo tiempo mis tobillos, piernas y abdomen. El golpe entró profundamente en su axila y para mi gran sorpresa el ebrio se desplomó, cayendo encogido sobre las piernas de un caballero sentado que leía su periódico. El carro estaba tan lleno que no pudo caer extendido al suelo, pero de cualquier modo, estaba inconsciente. Mi puño había recorrido menos de cuarenta y cinco centímetros. Pasaron los minutos y se puso de pie, agarrándose como pudo de las personas para levantarse. No supe qué decir y no dije nada, pero estaba listo para golpearlo de nuevo a él o a cualquier otro si era necesario. Pero no dijo nada, pasó tras de mí y se dirigió a la salida, donde permaneció mirando a través de la hendedura con bordes de hule de las deslizantes puertas neumáticas. Bajó en la estación siguiente, y ni él, ni yo, ni nadie más dijo una palabra.

En el andén de la estación de Akitsu, exhalé un suspiro de alivio en el aire fresco de la noche. ¡Diablos, no pensé realmente que el golpe lo pondría inconsciente! Ese incidente un tanto desagradable demuestra el porqué los cintas café son más peligrosos que las jerarquías dan. Prometí que no intentaría nuevamente esa técnica a menos que mi vida estuviera en peligro. Si Kanazawa sensei se enterase, yo habría sido suspendido del dojo, cuando menos por seis meses.

capítulo once

Antes que Kanazawa sensei saliera a la pista del dojo, yo debía ejecutar el kata "con espíritu" veinte veces. Había elegido el largo kata llamado "Kanku Dai", para que fuera ejecutado en mi examen de cinta negra. Tomaba alrededor de dos minutos completarlo, porque es un kata agobiante, con sesenta y cinco movimientos, así que para obedecer las instrucciones de mi profesor tenía que ejecutar cuarenta minutos de kata antes de que él llegara. Esto me tomaba cuando menos una hora. En algunas ocasiones cuando al llegar al dojo lo encontraba cerrado, entonces hacía el kata afuera, incomodado por mi ropa occidental ceñida y por lo estrecho del callejón.

Es un bello kata que se inicia alzando lentamente las manos con los dedos índices y pulgares unidos, y mirando la vacuidad del firmamento a través de la pequeña "ventana" triangular formada entre ellos. Los movimientos del kata son profundos, largos y expresivos, y concluyen con una patada voladora espectacular. Al repetir el kata tantas veces, el orden de los movi-

mientos se hace automático, y mi fuerza y mi energía se incrementan.

A su llegada, Kanazawa sensei me aleccionó primero en el kata, nunca corrigiendo más de dos detalles a la vez. Enfatizaba la forma buena, la respiración correcta y la aplicación apropiada de la potencia. Mi cabeza nunca se abrumó bajo su enseñanza, con demasiadas cosas que debiera recordar, pues evitaba llenar mi mente de instrucciones. Después del kata, practicábamos movimientos básicos, o kihon, y luego combinaciones de técnicas. Algunas veces practicaba conmigo, bajando su velocidad para que no fuera abrumado y así pudiera practicar bloqueos, defensas, movimientos, contrarrestar un ataque, etcétera. De vez en cuando desataba su velocidad y su agilidad verdaderamente increíbles. Con manifiesta facilidad, saltaba desde el frente sobre mi cabeza, pateaba hacia mi nuca, atacaba mi columna vertebral, y se ponía fuera de mi alcance antes que pudiera voltearme. Desde una postura al frente, podía lanzarse a una distancia de casi cinco metros a través del dojo, alcanzando mi cara con su puño antes de que pudiera reaccionar siquiera a su movimiento y tratar de bloquearlo. Era infinitamente más veloz y hábil que yo, y sin embargo siempre fue noble, bondadoso y respetuoso hacia mis sentimientos y mi persona. Con técnicas magníficas, incluyendo algunas veces proyecciones, podía vencerme, pero aun en la derrota, siempre me permitió proteger mi dignidad, nunca empleó aquella técnica adicional, la obvia, que demostraba su maestría. Ningún movimiento era exhibicionista o inútil. Raras veces había sentido tanto respeto por alguien, y no por temor físico, ni siquiera por gratitud o admiración. Es difícil explicar lo que sentía.

Respeté a Kanazawa sensei por su nobleza. Eso era precisamente lo que buscaba.

Takagi sensei había estado observando, y una mañana, mientras terminábamos la lección privada, me sonrió. Fue un mes antes del examen para la cinta negra.

—Ha llegado a gustar y a entender el kata. Eso es bueno. Ahora está a la puerta de la entrada. Practique con ansiedad y entre astutamente.

Se volvió hacia mi mentor.

—¿Qué piensas? ¿Puede triunfar?

—Sí puede. Todavía hay puntos débiles que requieren mucho pulimento, pero su progreso es firme y serio.

—Lo has ayudado ampliamente. Su espíritu está preparado para el primer paso.

—Sí, en verdad.

Al escuchar esto sentí un gozo tremendo, y me propuse entrenar con más y más empeño, para no decepcionar a mis profesores.

Muchas cosas estaban aclarándose en mi mente. Entre estas estaba el asunto del "kiai". Al principio aprendí a emitir un grito en ciertos instantes durante el kata, normalmente en dos de ellos. Yo suponía que ese grito era similar al gruñido que emitía un hombre cuando levantaba un objeto pesado o hacía bajar un hacha contra un leño duro. Estaba en lo cierto, mas no por completo. Después aprendí cosas extrañas concernientes a este grito. Alguien escribió alguna vez sobre los soberbios espadachines, en particular los que meditan solos en la montaña, quienes podían exhalar un grito que haría volar a las aves en el firmamento, o paralizar a un adversario. Mientras practicaba con el señor Kanazawa, yo, en verdad, me quedaba parado en seco en mi lugar cuando escuchaba el grito. Había visto a otros

mientos se hace automático, y mi fuerza y mi energía se incrementan.

A su llegada, Kanazawa sensei me aleccionó primero en el kata, nunca corrigiendo más de dos detalles a la vez. Enfatizaba la forma buena, la respiración correcta y la aplicación apropiada de la potencia. Mi cabeza nunca se abrumó bajo su enseñanza, con demasiadas cosas que debiera recordar, pues evitaba llenar mi mente de instrucciones. Después del kata, practicábamos movimientos básicos, o kihon, y luego combinaciones de técnicas. Algunas veces practicaba conmigo, bajando su velocidad para que no fuera abrumado y así pudiera practicar bloqueos, defensas, movimientos, contrarrestar un ataque, etcétera. De vez en cuando desataba su velocidad y su agilidad verdaderamente increíbles. Con manifiesta facilidad, saltaba desde el frente sobre mi cabeza, pateaba hacia mi nuca, atacaba mi columna vertebral, y se ponía fuera de mi alcance antes que pudiera voltearme. Desde una postura al frente, podía lanzarse a una distancia de casi cinco metros a través del dojo, alcanzando mi cara con su puño antes de que pudiera reaccionar siquiera a su movimiento y tratar de bloquearlo. Era infinitamente más veloz y hábil que yo, y sin embargo siempre fue noble, bondadoso y respetuoso hacia mis sentimientos y mi persona. Con técnicas magníficas, incluyendo algunas veces proyecciones, podía vencerme, pero aun en la derrota, siempre me permitió proteger mi dignidad, nunca empleó aquella técnica adicional, la obvia, que demostraba su maestría. Ningún movimiento era exhibicionista o inútil. Raras veces había sentido tanto respeto por alguien, y no por temor físico, ni siquiera por gratitud o admiración. Es difícil explicar lo que sentía.

Respeté a Kanazawa sensei por su nobleza. Eso era precisamente lo que buscaba.

Takagi sensei había estado observando, y una mañana, mientras terminábamos la lección privada, me sonrió. Fue un mes antes del examen para la cinta negra.

—Ha llegado a gustar y a entender el kata. Eso es bueno. Ahora está a la puerta de la entrada. Practique con ansiedad y entre astutamente.

Se volvió hacia mi mentor.

—¿Qué piensas? ¿Puede triunfar?

—Sí puede. Todavía hay puntos débiles que requieren mucho pulimento, pero su progreso es firme y serio.

—Lo has ayudado ampliamente. Su espíritu está preparado para el primer paso.

—Sí, en verdad.

Al escuchar esto sentí un gozo tremendo, y me propuse entrenar con más y más empeño, para no decepcionar a mis profesores.

Muchas cosas estaban aclarándose en mi mente. Entre estas estaba el asunto del "kiai". Al principio aprendí a emitir un grito en ciertos instantes durante el kata, normalmente en dos de ellos. Yo suponía que ese grito era similar al gruñido que emitía un hombre cuando levantaba un objeto pesado o hacía bajar un hacha contra un leño duro. Estaba en lo cierto, mas no por completo. Después aprendí cosas extrañas concernientes a este grito. Alguien escribió alguna vez sobre los soberbios espadachines, en particular los que meditan solos en la montaña, quienes podían exhalar un grito que haría volar a las aves en el firmamento, o paralizar a un adversario. Mientras practicaba con el señor Kanazawa, yo, en verdad, me quedaba parado en seco en mi lugar cuando escuchaba el grito. Había visto a otros

profesores haciéndolo con sus discípulos. Lo presencié en el dojo de kendo, y en el dojo de las mujeres que practicaban con la "naginata" (la alabarda de segar). Creía entonces que el propósito del kiai era atemorizar al enemigo. Pero era errónea mi suposición. El estudio de los caracteres japoneses me dio algún indicio del significado de kiai. El primer carácter, 気, "ki", es el símbolo de espíritu, mente, energía y fuerza. El segundo, 合, "ai", es el de reunirse, o juntarse. "La unión de la mente"... ¿qué podría significar esto?

El kiai es aplicado en puntos focales del kata o de la secuencia del combate. Surge como un gran poder, y cuando es puesto en movimiento, los músculos del cuerpo, en particular los del diafragma, se contraen muy fuertemente. El aire es expulsado de los pulmones al hacer esta contracción, y se emite un fuerte grito. Mas el grito no es en sí mismo el objeto del ejercicio. Muchos karatekas occidentales tergiversan esto. La detonación de un arma de fuego es el resultado de una explosión, y esta es un medio de transformar energía de una forma a otra. No disparamos una pistola para causar una detonación, ni tampoco hacemos el "kiai" por gritar. El grito es el producto del kiai, y esta es una verdad esencial. Entonces el kiai es un momento de gran concentración del cuerpo y mente. "Kiai" es aplicado en todas las artes marciales japonesas, y especialmente en las artes de espadas, donde un instante que puede parecer una eternidad demasiado rápido para el espacio de tiempo requerido para ver o sea del impulso nervioso a la comprensión del orden, del cerebro al impulso nervioso, de este a la reacción.

Si "kamae" es "estar puesto" cuando la mente está brillando serenamente como la luna, entonces "kiai" es un láser convergente de percepción y acción.

En estudios de sable y pértiga, rectificados luego por mis profesores de karate, aprendí en relación con el kiai que había sonidos correctos e incorrectos. Los tres sonidos más usuales y correctos son jeil, jya! y joh! La aplicación adecuada de un determinado sonido es una materia muy técnica y difícil, pero en general, lo que importa es el modo en que se permite al aire salir del cuerpo. Alaridos largos, prolongados, agudos, de tipo animal, tan populares en la masa de ficción respecto a las artes marciales, no son "kiai verdadero". Son solamente gritos.

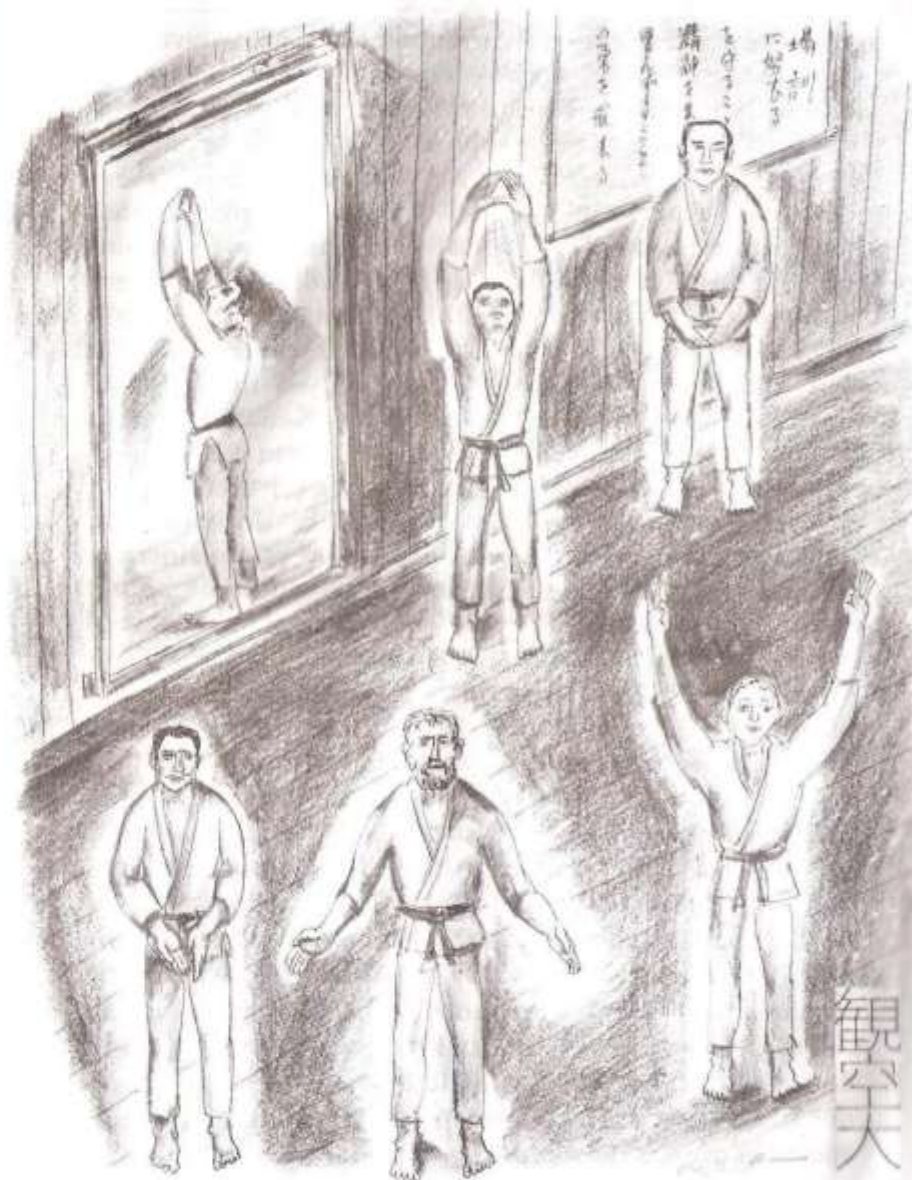
Por lo tanto, el kata principia cuando la mente está abierta, con "kamae" o buena disposición. Es tranquilidad y energía latente. Entonces fluye el kata, y el cuerpo es movido al igual que un tren o es arrastrado por un río. El kata es subrayado por "kiai" cuando cuerpo, mente y energía se reúnen en un punto focal. Finaliza con zanshin, cuando el cuerpo ha dejado de moverse, pero la energía fluye todavía. Kata es inmovilidad y movimiento, forma que llena lo vacío, sonido penetrante y silencio, fuerza y delicadeza. Kata es zen en movimiento. Ninguna danza clásica es más hermosa que un kata perfecto.

Por supuesto, yo seguía empleando todavía los sistemas "duros" de entrenamiento. Mis manos y mis pies ya estaban tan fuertes, que podía golpear el makiwara sin acojinamiento, con toda mi fuerza y no sentir dolor. Al mirar mis manos, cualquier japonés se percataba de que yo era un karateka. Usaba el makiwara, las geta

de hierro, mancuernas, el pesado sable de práctica hecho de madera, pero también aprendí nuevos métodos.

Se ponía enfrente una vela encendida, y uno la atacaba con concentración, deteniendo el golpe al llegar a la llama. Si el golpe fue bien enfocado, el aire desplazado por el puño debería apagar la llama. Parece fácil, pero es bastante difícil hacerlo en forma consistente. El puño no debe pasar junto o a través de la llama. El aire apaga la llama únicamente cuando el puño repentinamente llena el espacio. Este método ayudaba mucho a enfocar. Podía hacerse una cosa semejante con hojas de papel colgantes, intentando rasgarlas chasqueando hacia atrás el puño, succionando aire de modo que el papel se desgarre.

En los grados azules y en particular en los primeros cafés puse a prueba mi fuerza rompiendo tablas y tejas. Esta serie de actos espectaculares, que complacen a la multitud, erróneamente considerados con frecuencia como la parte principal del karate, en la actualidad se toman muy poco en cuenta en la mayoría de las buenas escuelas. La mayor parte de nosotros lo hacemos, para ver si somos capaces, y yo no fui la excepción. Mas la prueba auténtica de poder de ruptura consistía en quebrar una sola tabla que esté colgando libremente (los profesores pueden romper de esta manera dos o tres juntas). Un golpe de gran potencia no quebrará necesariamente la tabla, y menos aun cuando solo haya velocidad. El golpe debe tener velocidad y a la vez concentración y correcta aplicación de la potencia, para que se rompa la tabla que cuelga libremente. Lo intenté muchas ocasiones y fallé, pero al fin comencé a tener éxito.



観空天

El entrenamiento de karate también me ha ayudado a soportar el dolor. Quizá "soportar" no es la palabra adecuada. "Soportar" implica resistencia estoica, apretar los dientes, un valor especial. No. Había empezado a aprender a "ver" el dolor, a reconocerlo, a comprender su valor como señal de advertencia, y después a contrarrestarlo si así lo deseaba. Pongamos un ejemplo: una espinilla es magullada de gravedad, cuando el encuentro aún no ha concluido. La mente ve la lesión y la considera como lo que es verdaderamente: una señal proveniente de una parte del cuerpo, no una destrucción total de la sique. Mi profesor, Kanazawa, pudo ganar el campeonato Panjaponés de Karate con un brazo fracturado. No obstante, la disociación absoluta del dolor sería muy peligrosa, y el karateka no hace esto. El entrenamiento de karate principia, solo principia, insisto, a enseñar tranquilidad.

La misma habilidad para "ver" y apreciar me ayudaría en la fatiga, el hambre, el calor y el frío. Ya podía soportar mejor todas estas cosas, y esto no era solo el resultado de mi fuerza, mi fibra o mi energía desarrolladas. Pienso que eran los primeros vislumbres de "ki" o espíritu. El practicante de artes marciales debe considerar su cuerpo como un magnífico instrumento para ser empleado por el espíritu. No debe permitirse que el cuerpo domine al espíritu.

Más importante para mí, el karate empezaba a enseñarme a dominar mis muy violentas emociones. Antes de que hubiese practicado karate solo tenía fuerza física, pero era débil emocionalmente. Con rudimentos de judo, jujitsu y con un año de luchador profesional, me había convertido en un peleador callejero. En un año tuve once pleitos serios en la calle. En aquellos días

sentía que me invadía la ira y la rabia mezclada con terror. Trataba de suprimirla, como tapando una botella llena de agua sobre el fuego y siempre terminaba en una explosión. Pero con el entrenamiento de karate aprendí a distinguir la agitación de furia en mis intestinos, y se me enseñó cómo apagarla con respiración suave y tensión del abdomen; y luego relajando el cuerpo y la mente permitiendo así que la rabia se disolviera por completo. Un karateka preso de la furia, es derrotado con facilidad. Todos sabíamos eso. Cólera, odio, amor apasionado, todo esto es creado dentro de nosotros mismos, y somos verdaderamente débiles, si no podemos controlarlo.

No piense por favor, que estoy declarando que el karate me hizo un maestro espiritual, un yogui o un santo. Ciertamente no. La debilidad de espíritu, me hubiera atormentado toda la vida, pero el karate me dio los medios necesarios para dominarla, entenderla y contenerla. Ahora era muy raro para mí "perder" los estribos o descontrolarme en actitudes irreparables.

Como cinta blanca, mi carácter se desbocaba fácilmente, y peleaba lleno de rabia. Al ascender a través de los grados de las cintas de colores aprendí a dominar mi carácter. Al acercarme a la cinta negra, había comenzado a reconocer la cólera y a permitirle disolverse.

Cuando la furia anuda las entrañas, una forma buena y sencilla de librarse de ella es transferir esta energía nerviosa y esta frustración, al makiwara o saco de golpear. No obstante, la práctica de kata es una manera mucho mejor y más segura. Las tretas mentales también me auxiliaron; si era ofendido por un insulto, o por la ignorancia o la carencia de consideración de otros, po-

día escenificar una fantasía en mi mente. En esta fantasía podía golpear, patear, proyectar, torcer, matar o inutilizar a la persona responsable. Pero no dejaba de ningún modo que la fantasía concluyera allí. La imaginaba yaciendo herida, y la naturaleza de la lesión que podía ser infligida por esta u otra técnica. Veía el complemento lógico de todo esto: espectadores estremecidos, sangre, policía, ambulancia. Me veía arrestado y acusado, encarándome nuevamente a la víctima en la corte, o enfrentándome a sus familiares y a sus seres queridos. Me veía siendo deportado de Japón, expulsado del dojo, el disgusto de mi esposa y la contrariedad de mis profesores. Veía pesar, odio, vergüenza, todo causado por mi ataque. ¡No! ¡No!

Tuve asimismo que superar mis nociones de niño de escuela, acerca del honor y el valor. Tuve que aprender a reconocer cómo se estaba desenvolviendo una situación, para tratar de evitarla, o desviarla en su curso. Por último, había comenzado a aprender, especialmente de Kanazawa sensei, que así como era esencial dominar a un atacante, también era válido derrotarlo, pero malo era humillarlo.

"¡Hitotsu! ¡Kekki no yu o imashimuru koto!"

El quinto dogma del juramento del dojo: "¡Uno! ¡Guardarse contra el valor impetuoso!"

El "kara" o vaciedad, también implica en el karate, una capacidad para captar los sentimientos y el estado mental de otros, y para reflejarlo en otros. Reconocí, ahora, que nuestro entrenamiento en última instancia estaba dirigido a eso.

Un día estaba peleando contra Seto, mi sempai. Era después de clases y nos hallábamos tranquilos. Él es pequeño, pero muy veloz, y se mofaba de mi tamaño

y de mi relativa lentitud. Embestí y lo sujeté, tratando de levantarlo del suelo en un lanzamiento de lucha libre. Su pierna se disparó entre mis brazos en una patada lateral de punzamiento que me pegó bajo el corazón y lanzó mi cuerpo, mucho más pesado que el suyo, contra la pared. Sentí pánico, jadeando y tratando afanosamente de respirar, y temí deslizarme hacia la inconsciencia. Los músculos de mi pecho se negaban a funcionar.

—Nic-san. Relájate. Respira con el abdomen, empujalo hacia abajo, encuentra fuerza en tu abdomen.

Me acordé, y respiré otra vez, y el calambre pasó junto con el pánico. Horas más tarde, no tenía ni siquiera magulladas las costillas. Seto me reprendió:

—¡Ah! ¡Malo! ¡Tú olvidar! Concéntrate en tu cuerpo cuando viene el golpe, y si no puedes bloquear recíbelo con tu espíritu. ¿Ves? Estabas sujetándome, y así tus manos están fijas. Entonces fue fácil patearte. ¡Pero debiste enfocar tu espíritu contra el ataque que debiste suponer que vendría!

—Sempai, lo olvidé.

—¡Olvidaste! ¡Eso no es bueno! ¡Vamos, nuevamente!

Nos saludamos y me pateó de inmediato en el mismo punto, enfocando de modo muy superficial, para que mi cuerpo no sufriera ningún daño al encontrarse desprevenido. Pero esta vez me acordé, y el golpe solo dejó en mi pecho una señal roja que pronto se desvaneció.

Muy a menudo, la víctima de un golpe, si no está lastimado de gravedad por la fuerza del mismo golpe, puede en cambio dañarse más por el pánico y por contracciones violentas. Incluso puede matarse a sí mismo de esta manera, y todo instructor de karate debe estar preparado para manejar esta clase de situaciones. (La-

mentablemente, la mayor parte de los instructores en el extranjero, no tienen la menor idea de cómo manejarlas).

Con un buen tono muscular, una buena postura, respiración adecuada, percepción y concentración, un karateka puede resistir golpes al cuerpo que inutilizarían a cualquier otro hombre impreparado.

Los kata Tekki son excelentes como un método previo de entrenamiento para desarrollar esto. Esos kata son de la escuela "Shorei", dura, poderosa, y desarrollan gran fuerza en el abdomen y en el pecho. La fuerza interior es desarrollada con especial énfasis.

A un mes de los exámenes para cinta negra, Kanazawa sensei me enseñó otro kata muy dinámico de la escuela Shorei. Este era llamado "Hangetsu" o "media luna", por los pasos de peculiares movimientos lentos y fuertes, de "tensión dinámica", enfatizados por técnicas de manos extremadamente rápidas y enfocadas en forma poderosa. Este kata enseñaba al practicante a ser capaz de ejercer gran fuerza, a endurecer su cuerpo, a moverse con lentitud, y moverse de pronto como una serpiente al atacar, para después volverse a endurecer. Era un kata "duro-blando-duro", muy difícil para mí. Enseñaba dos posturas nuevas que requerían fuerza especial en caderas y parte interior de los muslos.

El señor Kanazawa me enseñó también un kata llamado "Passai Dai" o "para penetrar a una fortaleza". Este, como el largo kata de "Kanku Dai", era de la escuela Shorin, y tenía movimientos largos y fluidos. Era probablemente el kata más popular para los ambiciosos cintas cafés y enfatizaba el cambio continuo a una posición ventajosa para bloquear los poderosos ataques.

Creo que Kanazawa sensei deseaba que mi entrenamiento estuviera equilibrado entre estas dos escuelas



principales, que habían sido integradas por los antiguos maestros de Okinawa para convertirse en nuestro estilo actual.

Después de dos años de entrenamiento, ya no me parecía incongruente el hecho de que un arte tan letal hubiera surgido de templos antiguos, principalmente chinos, para ser modificado a partir de allí, por hombres que estaban entre los mejores filósofos de su tiempo.

Cuando llegué a Japón tenía mi musculatura muy pesada y entonces pensé que esta fuerza de músculo y nervio me permitiría soportar casi a cualquiera que deseara golpearme en el estómago. Tratándose de hombres normales, era una suposición correcta. Pero pronto me di cuenta en el dojo de karate, que un hombre pequeño, ligero, como mi amigo Sato, podía inutilizarme con un golpe de karate, cuya potencia explotaría dentro de mi cuerpo, si mi espíritu no estaba preparado. El músculo grueso, duro, tenso, no era una protección adecuada.

Cuando viene un golpe y usted tensa su cuerpo, tan duramente que piensa que nadie lo puede lastimar, lo más probable es que el choque se transmita a través de los músculos tensos y dañe órganos internos o cause grandes magulladuras dentro del mismo músculo. En las leyendas de karate hay muchos relatos de "golpes mortales de efectos retardados". Llegué a creer personalmente que lo arriba descrito fue lo que sucedió en muchos casos con un "golpe de muerte retardada". El golpe puede tener poco efecto visible en el momento de ser conectado, pero provoca la muerte posteriormente. La persona que endurece su cuerpo, pensando que la fuerza física lo protegerá, abriga un temor en su interior. Ha hecho suposiciones. Todavía más, esa misma



rigidez de músculo, hueso y nervio en su cuerpo, puede motivar que se trasmitan las ondas de choque de un golpe rápido y bien enfocado. Esto no ocurre así con un karateka avanzado. Aprende a estar duro, y luego blando. Debe ser de naturaleza dual: de acero y agua.

La mejor defensa contra un golpe es, por supuesto, evitarlo, desviarlo o bloquearlo. Sin embargo, algunas veces un golpe es ineludible, y aunque lo vemos, no podemos movernos para detenerlo. En este caso, el karateka no debe ponerse meramente tenso. Deberá "encontrar" el golpe con su "ki" o espíritu. Hablando en un sentido físico, parece como si en el instante exacto en que el golpe llega a la superficie del cuerpo y comienza a desatar su potencia, el físico no está duro, sino relajado. Así, la parte inicial del golpe es absorbida con suavidad por los tejidos relajados. Después, cuando el golpe continúa penetrando, el cuerpo se hace duro como el hierro, y el golpe, ya diluido, es rechazado. Hombres fuertes se han lastimado la muñeca y el codo, en un intento por golpear a una persona capaz de hacer esto.

¡No obstante, hacerlo requiere muchos años de práctica, y ningún novato debe experimentar! Requiere un cuerpo fuerte, controlado magníficamente, gran tranquilidad, confianza y soberbia coordinación. ¡Por desgracia, parece casi imposible preparar los propios testículos, contra un ataque! ¡Allí, como en la cabeza, la columna vertebral y unos cuantos puntos vitales, uno debe esquivar o bloquear!

De los grados de cinta blanca a café, mi cuerpo fue entrenado para ser capaz de endurecerse y relajarse en periodos muy breves. Al nivel de cinta café, estaba dispuesto para comenzar a preparar mi cuerpo contra un

golpe y encarar un ataque con mi espíritu. Me había tomado dos años de arduo entrenamiento. Y no obstante, todavía olvidaba frecuentemente cómo hacer esto, y los ataques salvajes de mis superiores, me dejaban sin aire.

Después del entrenamiento, el largo día en Tokio, y los trenes congestionados, era un gran deleite llegar a casa y tomar un baño japonés. Como todos los nipones, había llegado a considerar el baño como parte esencial de mi rutina diaria. Lavarme, y después sentarme con agua caliente y limpia hasta el mentón era la gloria. Terminaba limpio, descansado y caliente hasta los huesos. Y luego de eso, una botella de cerámica de sake caliente para complacer el paladar y dar gusto a los sentidos. Por cierto era agradable.

¿Es necesario decir que el karateka no es considerado como un guerrero auténtico o un caballero a menos que conserve limpio su cuerpo?

capítulo doce

En una fría mañana de noviembre, aguardábamos en espera arrodillados en hileras rectas y silenciosas sobre la pista del dojo, tan próximos unos de otros que nos tocábamos, rodilla contra rodilla, sintiendo que la incomodidad cambiaba a dolor y el dolor a entumecimiento. Al principio, el frío penetraba a través del algodón delgado de los uniformes, pero luego nos olvidamos inclusive de eso.

Tres mesas estaban puestas sobre la pista del dojo, y detrás de cada una estaban sentados tres profesores, solemnes, severos, notando la menor agitación en las líneas de estudiantes que aguardaban. Ese día íbamos a presentar la prueba doscientos estudiantes, y yo era el único caucásico, y sin embargo nunca me había sentido tan japonés y tan integrado a ellos compartiendo sus temores, recelos, esperanzas e incomodidades de los ahora camaradas. Al ser pronunciado cada nombre, sentía una sacudida en mi estómago.

Kihon. Movimientos básicos. Los estudiantes eran llamados por parejas, y se levantaban de su posición de rodillas, avanzaban, saludaban a la bandera y al re-

trato de Gichin Funakoshi, a los profesores, y tomaban la postura de preparación.

"¡Gedan barai!" Bloqueada hacia abajo, avanzando a la postura al frente. Las rodillas estaban tiesas de tanto estar arrodillados. Al ordenarlo el profesor, los estudiantes ejecutaban todas las bloqueadas básicas. Bloqueo hacia abajo, bloqueada ascendente, bloqueo hacia adentro, bloqueo hacia afuera, bloqueo con mano de cuchillo, bloqueadas cruzadas, bloqueos aumentados. Luego se les ordenaba efectuar las técnicas básicas de golpeo y latigazos: golpe invertido, embistiendo hacia adelante, puño de martillo, dorso del puño, mano de cuchillo, mano de pistón, latigazos con el codo. Luego de eso venían las patadas: coz al frente destellante, patada de punzadura al frente, coz lateral destellante, lateral de punzadura, patada hacia atrás, en redondo. Cada movimiento individual debía ser ejecutado con precisión y claridad, sin sacudimientos o pérdida de equilibrio.

—Sí, regresen a su lugar y aguarden.

Otra vez, el par de estudiantes saludaron a los profesores, al frente, y volvieron a su posición de rodillas, en espera. No se le permitía hablar a ningún estudiante. Los profesores no daban ninguna muestra de aprobación o desaprobación. Aguardamos.

—¡Estudiante Nicol!

Avancé, saludé, me dispuse. No sentía ninguna sensación en mis piernas, rodillas o tobillos. Mi cuerpo parecía terminar en las caderas, y únicamente la determinación evitó que cayera. Todo recelo desapareció. No pasó tiempo entre el comienzo y el fin de los movimientos. Cuando se me ordenó, saludé, regresé a mi posición y esperé.

El piso de madera pulida era duro e inflexible, mas produjo en mí un torrente de recuerdos. Para dominar el entumecimiento que me producía la posición de estar de rodillas, comencé a respirar al ritmo de los latidos de mi corazón, inhalando y exhalando cada quince palpitaciones. Eso se convirtió en un canto dentro de mí, que conmovió mi conciencia en una suave ola de alivio. Imágenes, sonidos y sentimientos se movieron en esas olas, abarcando más de dos años de recuerdos pequeños y mal iluminados en este lugar. Algunas ocasiones mi mente buscaba escapar del ahora del dojo y de la espera, pero regresaba de nuevo, delicada y firmemente, repitiendo en silencio dentro de mi cabeza el juramento del dojo; las palabras silenciosas del japonés, se convertían en parte de la inhalación y expiración suave del aliento y los latidos firmes de mi corazón.

Ahí estaban mis amigos, el estadounidense llamado Gary Frederick y el joven profesor, Anki Takahashi. Se movían a través de este piso, practicando una bloqueada poderosa de empuje, que detenía un golpe, cuando apenas comenzaba a moverse desde el hombro del adversario... comprensión repentina, desconectada de la imagen mental de la memoria, de cuánto había hecho Takahashi para alimentar mi curiosidad. Él era un erudito budista. Recuerdo cómo discutimos el libro *El Principito* que le presté, sabiendo que le gustaría. La flor. El zorro. Conversaciones sobre poesía japonesa. Imagen del dios Komokuten. Relámpagos de recuerdo de Nakayama sensei cuando desvió el garrote que dirigí sobre su cabeza. Takahashi podía pelear como un dios-demonio, y sin embargo nunca vi una expresión de violencia en su cara. ¡Cabeza de bala! ¿Fue en este dojo

donde enfurecí? Increíble. Pasaron un torrente de personalidades por mi mente. El hombre manco que sujetaba en su pecho su manga vacía. El hombre de negocios de sesenta años de edad que entrenaba tan empeñosamente. El hombre que cojeaba, y sin embargo escogía los kata más difíciles para el juego de piernas. El alemán que intentó tirar a Okuda y fue lanzado. Tantos estudiantes, tantas luchas. Volví al presente y el kiai de los estudiantes en acción, sonó cortante y claro. Yo miraba directamente hacia el frente, pero pude ver a través de mi visión periférica un par de líneas del juramento del dojo. Tras de mí, cientos de pequeños rótulos, con los nombres de todos los estudiantes que ahí se arrodillaron, como nosotros, y habían pasado su prueba.

El año pasado, en Año Nuevo, y previo al entrenamiento, hicieron un santuario, adornado con tortas de arroz duras, blancas, redondas, con ramas de pino, de ciruelo y de bambú. Seto rompió las tortas con un golpe, y las comimos calentadas sobre carbón vegetal, o suavizadas en sopa dulce. Comimos varias clases de encurtidos y pescados pequeños, arroz cocinado con frijoles rojos, sake, y buenos deseos para el Año Nuevo... Sonidos de entrenamiento con el makiwara, estudiantes contando los golpes, regulares como palpitaciones del corazón. Vapor de la marmita donde se hacía el té para los profesores. Olores de sudor y madera vieja. ¡Entonces lo recordé! La primera vez que estuve en el dojo sentí una inquietud rara, a pesar de la afabilidad de la gente que estaba ahí. Se desvaneció bastante pronto, y pensé que había estado un poco incómodo porque era extranjero y no hablaba japonés. Comprendí que eso fue causado por la mirada firme, fija, de los karatekas.

Miraban directamente a los ojos de un recién llegado, sin hostilidad ni curiosidad. Era enervante, más pronto estuve entrenado para hacerlo. Era un hábito reforzado por otros que lo compartían. En el dojo compartíamos un ritual de vida y muerte, que requería la confianza y el control máximos. Los ojos reflejaban cualquier inestabilidad, telegrafiaban intenciones malignas o temerosas. Aun viendo hacia el frente, noté cómo los profesores miraban en forma fija a los estudiantes que actuaban, bajando los ojos nada más para escribir notas en las hojas de papel que tenían ante ellos.

Estábamos conscientes de la seriedad de nuestra prueba. Era de gran importancia que cada estudiante efectuara su actuación al óptimo, mostrando con honestidad lo que sabía. Si fallásemos, eso significaría que necesitábamos más adiestramiento antes de alcanzar el grado de primer dan. Todos deseábamos saberlo. Aguardamos. Pasaron horas.

Mi nombre fue pronunciado una vez más. Me levanté, apartándome de la realidad de mis piernas entumecidas. Esta ocasión fue un examen de kata. Saludé al frente y a los profesores y tomé mi lugar sobre la pequeña línea blanca, que marcaba dónde debía comenzar el kata y después de sesenta y cinco pasos, saltos, giros, pisotones, embestidas y coces, donde, exactamente debían llegar mis pies a detenerse cuando concluyera el kata. Cualquier paso mal equilibrado, en cualquier punto del kata, me delataría al final. Dije en voz alta el nombre del kata que había elegido. Kamae. Tranquilité en forma consciente mi corazón y mi respiración, abrí mi mente para que el kata me tomara cuando así lo decidiera. Kata. Mi kiai acuchillando el silencio. Zanshin. Cuando emergí nuevamente, tuve conciencia de

todos los pequeños errores que cometí, pero al regresar a la pequeña línea, supe que había actuado con mi máxima habilidad. Saludé y volví a mi sitio.

Más espera. Imágenes continuadas fluyendo a través de mi mente, decenas de millares de ellas, fundiéndose pero sin borrarse, en un recuerdo prolongado de los segundos, minutos y horas pasados en este dojo. Yo era ya parte del dojo. Mi personalidad saturaba las paredes y el suelo, mezclándose con las otras. Era una parte válida, verdadera, inseparable del torrente de su ser. Yo pertenecía a este sitio, junto con todos los otros, y ya no importaba en realidad si aprobaba o reprobaba la prueba esta vez.

—¡Estudiante Nicol!

Me levanté una vez más. Los profesores me llamaron a la mesa del centro. Uno de ellos levantó un lápiz.

—Golpe de revés a este lápiz, a la punta, con potencia y enfocamiento. Golpee cada vez que se detenga el lápiz.

Lo movía y lo detenía rápidamente, seis o siete veces, y lo seguía con mis golpes. Sonako había lavado mi karategui, y aleteaba contra mi brazo, con un crujido satisfactorio.

—Latigazo con el dorso del puño. ¡Rápido!

Movió el lápiz y yo lo detuve, vigilado estrechamente por los dos profesores que lo flanqueaban, mientras el que sostenía el lápiz me miraba a los ojos. Repitieron la prueba para el lado izquierdo. Si mi control y mi tiempo hubiesen sido malos habría fallado todo el examen, sin importar lo bien que lo hiciera en otros lugares. El control malo podía significar un perjuicio serio, tal vez fatal para el compañero de uno.

—Bien. Vaya allá.

Fui y me paré junto a otro estudiante. Nos inclinamos juntos al frente y nuevamente hacia los profesores. A una orden nos volvimos y nos saludamos. Él era pequeño, con el pelo muy corto y los ojos brillantes. Nos conocíamos. Él era uno de los cintas cafés más rudos del club de la Universidad de Takushoku, del mismo grupo del cual había surgido mi viejo enemigo "Cabeza de bala". Este tipo era bueno, aunque un poco salvaje. Sus manos tenían grandes callos, aun en las palmas, donde se desarrollan por cerrar el puño demasiado apretado. ¿Me habían enfrentado a un hombre de Takushoku por alguna causa? Relampaguearon imágenes a través de mi mente: resultados de cien peleas en el dojo, de muchas derrotas y unos pocos triunfos. Entonces recordé con claridad cristalina la advertencia que me habían hecho esa mañana Seto y Okuda antes que entrara al dojo:

"... Nic-san. Haz lo mejor que puedas. No obstante, recuerda esto. Si retrocedes un centímetro, únicamente un pequeño centímetro, estaremos observando, veremos, y después te batiremos. Es mejor que nos tengas más miedo a nosotros que a tu adversario. No olvides eso. No es una broma".

Lo recordé. Miré a mi oponente y vi que estaba excitado. ¡Repentinamente, la orden! Se precipitó hacia mí, exhalando un grito, pateando y golpeando. En un movimiento profundo, largo, ejecuté un golpe impulsado a la mandíbula, y como mis brazos eran más largos que los suyos, sirvió para detener su ataque. ¡Punto! Fue una técnica clara, y no había retrocedido. No recuerdo demasiado bien los otros ataques, excepto que contrarresté uno de ellos con una mano de cuchillo cortante, de latigazo, al cuello de mi opositor, y dos

profesores discutieron brevemente respecto a ella, diciendo uno que no había sido eficaz, y los otros dos que sí. Yo no dije nada, por supuesto, pero supe que la técnica fue bastante efectiva, aunque mi ejecución no fuese perfecta. La tomaron en cuenta. Pronto concluyó y estuvimos otra vez arrodillados en nuestros lugares en las apretadas líneas.

Ese día fueron examinados doscientos estudiantes para su grado de primer dan. Aprobaron ochenta. La espera larguísima pareció abarcar solamente unos minutos, fue como un rápido relámpago de impresiones. El día terminó. Pudimos saludar y salir del dojo, mudarnos a ropa caliente, ir al excusado, beber agua, comer y beber luego con nuestros amigos.

—¡Nic-san, lo hiciste bien, bueno, bueno!

Seto me palmeó la espalda. Mi opositor se acercó a mí.

—¡Fue bueno, no te inquietes!

Estaba sonriendo, al estrechar mi mano. Supe que él también había pasado. Vi sus exámenes de básicos y kata, y los ejecutó muy bien. Los profesores debieron darle también buenas calificaciones por su espíritu de pelea y sus técnicas vivas y duras. Nos sonreímos, prometimos beber sake juntos algún día. Fue llamado por sus estudiantes superiores y saludó y se retiró. Vi que "Cabeza de bala" se encontraba allí, miró hacia mí, a mis ojos y sonrió, con una sonrisa buena, amistosa, luego movió la cabeza, como para decir que todo estaba bien. ¿Habré pasado el examen? ¿Podía abrigar esa esperanza? Expulsé la pregunta fuera de mi mente.

Al día siguiente el dojo estuvo ocupado con pruebas para grados superiores. En casa, Sonako y yo hablamos muy poco respecto al examen. Entre más lo pen-

saba, más me venían a la mente mis numerosas debilidades y comencé a resignarme para recibir la noticia de mi fracaso.

Como siempre, llegué temprano a entrenar. Kanazawa sensei estaba discutiendo algo con Takagi sensei cuando me acerqué a la pista de madera, puse mis zapatos en la caja y saludé.

—¡Ah, estudiante Nicol! ¿Cómo está hoy? ¿Está bien?

—Gracias, sensei. Estoy bien.

Takagi sensei se levantó y salió de atrás de su escritorio, con la mano extendida. Kanazawa sensei estaba sonriendo como un gato de Cheshire.

—¡Bien hecho! ¡Felicitaciones!

Estrechó mi mano. Una gran oleada de gozo vino a mi corazón y musité las gracias a ambos.

—Su certificado le será entregado cuando nos mudemos al nuevo dojo. Ahora vaya a entrenar. El entrenamiento verdadero principia ahora. Esta es la última vez que estará empleando una cinta café. ¡Vaya ahora, apresúrese, entrene duramente!

Por última ocasión me incliné y entré al dojo como cinta café, como grado kyu. ¡Había aprobado! ¡Banzai!

capítulo trece

El cuartel general de la Asociación Japonesa de Karate se mudó a Suidobashi, un par de estaciones más allá en la línea Chuo, pasando por Ichigaya y sus estanques de peces, y más allá de la antigua casa en la colina, junto a la comandancia de la Fuerza de Defensa Propia, donde había vivido con Donn Draeger, Bill Fuller y los otros. El nuevo dojo estaba en la planta alta en el edificio anterior del Kodokan. Era mucho más grande que el antiguo, y poseía mejores instalaciones. ¡Ah, incluso tenía duchas calientes! En el sótano se encontraba un club de levantamiento de pesas donde habían entrenado muchos de los campeones de judo. Yukio Mishima, el brillante novelista y espadachín entrenaba allí, y luego iba a ganar un grado de primer dan en karate en nuestra escuela, antes de marcar indeleblemente las páginas de la historia con su intento fallido de un golpe de estado y su muerte por suicidio ritual y decapitación.

El antiguo edificio del Kodokan está a unos cuantos pasos de la estación de Suidobashi, y la circulación de los trenes es constante. Allí el aire no es bueno, e incluso

en el espacio de dos años y unos cuantos meses más, había notado cómo empeoraba la contaminación del aire. El parque de diversiones Korakuen quedaba cerca, y más allá estaba en nuevo Kodokan, donde pasé las primeras semanas de mi estancia.

Ese año, el de los Juegos Olímpicos en Tokio, había un gran movimiento entre las escuelas principales de karate, para ponerse de acuerdo.

La AKJ, Goju-ryu, Shito-ryu y Wado-ryu se reunían constantemente. Tenían en mente la posibilidad de futuras competencias de karate a un nivel mundial, inspiradas por los Juegos Olímpicos y la introducción, con mucho éxito, del judo como prueba olímpica. Esto era excelente. Esto significaba que las escuelas principales reconocerían y honrarían recíprocamente sus grados y allanarían el camino para un futuro convenio sobre muy diversos aspectos. Aunque la competencia y las disputas iban a continuar por lo menos otro decenio, fue posible intercambiar ideas, así como también no faltaron los retos e insultos. Hasta ahora los grados de todos nuestros profesores se mantenían a bajo nivel, no pasaban nunca de quinto dan. Funakoshi sensei había sido quinto dan, y nadie quería ser calificado a un nivel más alto. Sin embargo, después de estas reuniones, los grados fueron elevados a niveles más altos y realistas para que correspondieran a los de sus colegas de otras escuelas principales.

Kyokushinkai, la escuela de Mas Oyama, que también es muy importante en Japón, no participó en este amalgamamiento dentro de un cuerpo nacional de karate. Desconociendo las ramificaciones de la política inter-escolar, supuse que esto solamente se debía a su individualismo feroz.

Para entonces, en la época de la mudanza, no poseía una cinta negra, sino tres, representando todas el mismo grado dan. Anki Takahashi me había dada una con mi nombre bordado en rojo por un lado, y el suyo por el otro. Seto me dio una con mi diminutivo ("Nic") bordado en anaranjado por un lado y su nombre por el otro. Sasaki también me dio una, bordada con blanco, con mi nombre transcrito en caracteres japoneses con el significado de "Nikko", que significa "luz solar", porque, como dijo, yo sonreía mucho, como un niño. El obsequio de tres cinturones me presentó un problema horrible. No podía emplear los tres al mismo tiempo, y no obstante deseaba mostrar mi agradecimiento. Sin embargo, me pareció un ciclo del destino, el hecho de que también los esquimales que conocí en mis dos primeras expediciones al Ártico me habían dado un nombre curiosamente parecido que significa "niño que sonríe". Por lo tanto, decidí usar primero el cinto de Sasaki, mientras estuviera en Japón. Después los utilizaría en forma rotatoria. ¡Parecía un problema tonto, pero en realidad era bastante serio!

Sin importar cuál de las tres cintas negras nuevas eligiera para usar, los resultados de entrar a la pista del dojo como un nuevo grado dan, habrían sido los mismos. Una docena de mis superiores estaban allí incluyendo a Sasaki y al poderoso cinta negra alemán Herman Kauz. Sasaki fue el primero, con una sonrisa y felicitaciones, en hacerme cortésmente la petición de entrenar. Luego de azotarme contra el suelo por vigésima ocasión, el dolor no pareció importarme mucho. El horrible cansancio, la agitación penosa de mis pulmones, el sudor metiéndose en mis ojos y la necesidad absoluta de levantarme y luchar eran las cosas que más me preo-

cupaban. Los sempai se enfrentaron a mí uno tras otro, derrotándome repetidas veces. El clavo estaba siendo hundido. Mi uniforme se empapó y el tinte de la nueva cinta negra lo manchó. Estuve agradecido profundamente cuando dio principio la clase.

Estaba bien dispuesto para este proceso de humillación; de otra manera hubiera sido insoportable. Al ver estudiantes de nivel superior y profesores enfrentarse con nuevas cintas negras, uno piensa que ellos se aborrecen entre sí. Cuando comenzamos a practicar karate, todo lo que hacíamos estaba mal. En mí el problema eran las caderas, siempre las caderas: demasiado altas, o demasiado bajas, o demasiado algo. Sin embargo, cuando no estábamos practicando, los estudiantes superiores y profesores nos congratularon y elogiaron, aunque el mensaje, muy claro por ahora, era que debíamos entrenar en serio.

—Ahora han entrado a la puerta del dojo —dijo un profesor, reprendiéndome por haber roto la posición que habíamos estado manteniendo por diez minutos—, y ahora, hasta ahora, consideramos que ha valido la pena nuestro trabajo en enseñarlos. Por lo tanto, obedecerán, mostrarán espíritu, y trabajarán empeñosamente. ¿Qué clase de cinta negra tiene que preocuparse por un pequeño calambre?

No quise decir que antes fui pateado en la parte posterior del muslo, y estaba comenzando a sufrir un jalón.

Kase sensei nos dio nuestra primera lección formal, de una serie de lecciones para cintas negras nuevas. Siempre era bondadoso y cortés en su modo de hablar, pero respecto a lo que esperaba de nosotros, era un tirano. ¿La primera lección? Comenzamos con Heian sho-

dan, el kata requerido para la calificación de octavo kyu, para cinta blanca, el primero de todos los kata que habíamos aprendido. Y sin embargo fue horrible lo que sucedió. Nadie se escapó de ser corregido en por lo menos veintitantos puntos. Repetimos el kata una y otra vez. Unos cuantos de nosotros habíamos dejado de practicar los cinco kata heianos, tan preocupados como estábamos, en practicar el kata escogido para el examen de cinta negra. Cuando principiamos, algunos de nosotros chapuceamos ligeramente incluso en el orden de los movimientos. Kase dividió el kata, pulió cada pequeño detalle. Fue muy claro que debíamos continuar tratando de perfeccionar los kata básicos. Después de una hora de práctica, Kase sensei nos dijo que agregaríamos patadas al frente a cada cambio de posición, lo que significó un aumento de veinte coces instantáneas a la altura de la cabeza y todo hecho en los cuarenta y cinco segundos que se requerían para terminar el kata. No sé cuántas veces hicimos esto, pero estaba seguro de que si decía: "¡Una vez más!", solo una vez más, iba a perder el conocimiento. Pero nadie se desmayó. Al final de la lección nos sermonéó respecto a la necesidad de practicar los kata básicos, pues en ellos estaba protegida la integridad de nuestro estilo. Dijo que si practicábamos por veinte años, podríamos dominar alrededor de tres de ellos. Entre el simple conocimiento de una cosa y el dominio de la misma había una gran brecha.

Ocurrió un suceso sin importancia que me hizo sentir un profundo agradecimiento por la imposición de esas normas tan estrictas.

Una mañana, Nakayama sensei me pidió que me quedara después de clases para actuar como adversario

de un joven de las Filipinas que había solicitado una calificación especial. Dijo que venía a Japón especialmente para obtener su grado de segundo dan, y solo podía quedarse muy poco tiempo en el país. Se colocó una mesa y tres profesores superiores se sentaron tras ella. Me sorprendió ver al joven esperando en la pista del dojo, utilizando su cinta negra. Habíamos concluido las clases unos momentos antes. ¿Por qué no entrenó con nosotros, se calentó y se preparó para la prueba? Me arrodillé a un costado, aguardando a que terminara las tres primeras partes del examen. Fue patético. Aseguró estar capacitado y calificado en el estilo shotokan, nuestro mismo estilo, en las Filipinas, mas nadie conocía a su profesor. Cuando se le pidió que hiciera un kata ni siquiera supo de qué se trataba. Se tambaleaba con cada coz. Sus golpes no tenían viveza ni enfoque. Golpeó realmente el lápiz en lugar de evitarlo. Fui llamado a hacer la parte de kumite del examen con él, y a mi primer ataque cerró los ojos, como temeroso de lo que venía.

—Es bastante.

Nakayama respondió a mi inclinación y me indicó que me retirase. Con paciencia, se levantó y demostró nada más unos cuantos puntos, explicando al aspirante a segundo dan que en realidad no estaba preparado ¡segundo dan! ¡Y no estaba preparado para cinta verde! Fue muy listo al no practicar previamente con nosotros, porque muchos de los jóvenes cintas negras hubiesen deseado hacerlo con el desconocido, y cuando descubrieran tal deshonra para su cinta, le habrían dado una lección en verdad muy dura.

Resolví que jamás buscaría o desearía un grado más alto a menos que estuviera absolutamente seguro de que

era digno de él, y de que cuando menos sería igual al de cualquier otro hombre con ese grado, sin importar de cuál estilo fuese.

El desconocido no volvió nunca, y no se le cobró por el reconocimiento. No pude menos que sentir desprecio por él, mas no así nuestro jefe de instructores, quien solamente movió la cabeza y dijo sin rastro de sarcasmo:

—Pobre tipo, no ha recibido instrucción adecuada.

Para ese tiempo Sonako también obtuvo su primer dan en jojitsu. Deseaba que pudiésemos pasar otro año en Japón, para de ser posible estudiar en su dojo y aprender más respecto a este gracioso arte. Su profesor, Shimizu sensei, tenía ya más de setenta años, y sin embargo, podía tirar la espada de mi mano, o hacer girar mi cuerpo fuera de equilibrio con una barrida de su pértiga de roble blanco. ¿Cuál era el secreto de estos viejos para mantenerse tan vigorosos y fuertes? Los maestros de las artes marciales mantenían su vigor hasta después de los ochenta o los noventa años, y luego, casi sin excepción, morían con tranquilidad y dignidad. Cualquier cosa que fuese, había ciertamente algo más que el mero ejercicio físico. Practicaban la "meditación en movimiento". Podían detener el tiempo, vaciarse de temores y tensiones, hacerse fuertes y nobles.

El Año del Dragón estaba llegando a un fin. Para mí, era la terminación de mi segundo ciclo de doce años. Rata, buey, tigre, dragón, culebra, caballo, oveja, mono, gallo, perro, jabalí. Veinticuatro años antes había nacido en Gales, cuya bandera nacional tenía el emblema del dragón rojo. Parecía como si hubiera nacido y renacido bajo el emblema del dragón. Ese año, de 1964, resultó muy favorable para mí, fue el año en el que

realicé una de mis más grandes ambiciones: la alcancé, y luego hallé que era nada más el principio, de modo que en alcanzarla no hubo culminación, solamente un paso hacia la novedad. Había completado dos ciclos de doce años de mi vida y recibí de nuestro vecino, el fabricante de flechas, el simbólico regalo de una fina flecha de guerra con el emblema del dragón, y con el asta y las aletas recién acabadas, pero la cabeza era obra de un maestro acerero, fabricante de espadas, una punta muy valiosa que tenía siglos de antigüedad.

Pronto pasaríamos al Año de la Culebra, y Sonako y yo abandonaríamos Japón para ir a vivir a Canadá, donde yo tenía un empleo con el gobierno federal, como técnico de investigación en la Estación Biológica del Ártico, para el estudio de las grandes ballenas.

A diferencia de la mayoría de extranjeros que venían a Japón expresamente a estudiar artes marciales, jamás tuve intención de regresar y convertirme en profesor profesional. Para mí, el karate era una batalla personal contra mis egocentrismos, y no deseaba hacer de esa lucha una carrera. Tenía otro camino que seguir, y el karate solo me ayudaría y me daría firmeza en esa senda.

Mi suegra me compró un vestido formal japonés, y con gran paciencia y carcajadas de mi esposa, me enseñó a usarlo correctamente, y a cómo atar el lazo plegado y complicado que juntaba a la manera de una falda las tiras largas del "hakama". Resplandeciente en este atavío, sintiéndome con gran dignidad, salí a visitar a mi amigo Ikeda, y caminé por los pequeños senderos, disfrutando del frío vigorizante del aire invernal, el parloteo de los tordos, el viento tirando de un espantapá-

jaros en el campo, altas nubes lenticulares nadando como peces sobre el llano de Kanto.

En casa de mi amigo, su esposa nos sirvió té verde y tortas dulces y compartimos un pequeño frasco de sake. Él también estaba en ropa formal, y posamos juntos, para una fotografía frente a la antigua casa de granja. Al regresar al interior de la casa notó que el cieno había salpicado la parte posterior de mi hakama.

—¡Mira lo que has hecho!, ¿por qué no estás caminando desde las caderas, así?

Me mostró la marcha deslizante que es tan diferente al paso flotante occidental. Mientras caminaba, los talones de mis "zori" habían salpicado de fango mi espalda. ¡Maldita sea, ni siquiera podía caminar bien! Tenía que practicar. Bajo el aleccionamiento de Ikeda, comencé a aprender cómo caminaban los samurais, con el equilibrio siempre bajo control delicado, desliziéndose desde las caderas. Me mostró las geta especiales que calzaba; tenían en la suela una sola pieza alta de madera, en vez de dos, de modo que quien las calzaba tenía que equilibrarse cuidadosamente todo el tiempo. Estas, dijo, mejoran mucho el equilibrio y fortalecen las caderas.

Cuando volví a casa, mi suegra limpió la mancha del hakama.

Nuestros vecinos estaban haciendo "mochy", la torta chiclosa de arroz que es un platillo predilecto de Año Nuevo en Japón. Padre e hijo blandían los pesados mazos de madera con un ritmo natural, mientras la madre revolvía con sus dedos diestros el arroz puesto dentro de un "plato" ahuecado en la parte superior de un vigoroso tronco de zelkova. Reían, bromeaban y cantaban trozos de canciones, mientras los mazos se le-

vantaban y descendían, moliendo el arroz, trasformándolo lentamente en una masa pegajosa, glutinosa, con la que podían formarse tortas y secarse. Me invitaron a intentarlo, y después de unos pocos golpes hallé el ritmo, blandí el gran mazo, pensé en la luna nueva, y los dos conejos que veían los niños japoneses en la cara de la luna, dos conejos haciendo tortas de arroz.

La vida en Japón, en Akitsu, se había hecho muy familiar para mí. Me saludaban los campesinos y sus esposas, yo sabía los nombres de sus cultivos, y cuándo serían cosechados. Sabía dónde les gustaba pararse a los cuervos, dónde anidaban los tordos, dónde se ocultaban los gorriones bajo los aleros. Sabía dónde se escondían las viejas estatuas budistas en matorrales o bosquecillos de bambú en los cruces de los caminos, conocía el camino más corto a la estación, sabía a dónde iban los muchachos junto al templo para pescar lochas y renacuajos. El tiempo galopó, faltaba tan poco.

Atrás de nuestra casa, mi makiwara ya mostraba los efectos de la intemperie, y los cojincillos de paja habían sido sustituidos varias veces. ¿Cuántos cientos de horas? Mis manos ahora tenían ciertamente naturaleza de armas, y en verdad utilizaba el makiwara al igual que siempre y no obstante, cosa extraña, los feos callos estaban comenzando a desaparecer. Quizá había aprendido a golpear la tabla correctamente, sin perder energía en la fricción entre el cojincillo de paja y mi piel. Creí que el golpeo continuo y la templanza de mis miembros había pasado de las etapas de dolor y daño a los tejidos, y había comenzado a ser un moderador de fuerzas mentales. Hice comparaciones entre el machacamiento de las tortas de arroz y la batalla personal con el makiwara. La fuerza de los golpes modifica la natu-



raleza de ambas sustancias susceptibles de cambio. Se hacían tortas de arroz y las manos eran forjadas.

Cuando utilizaba el makiwara perdía la noción del tiempo. Diez minutos, o una hora, la diferencia tenía que ser medida en el número de golpes aplicados, o en las gotas de sudor que escurrían de mi nariz o bajaban por mi pecho. No parecía haber diferencia de nivel entre la fatiga o el tiempo. Para no incomodar a mi familia, que quizá me esperaba a cenar, tenía que encararme al makiwara con un número de golpes por ejecutar ya establecido de acuerdo con el tiempo disponible para mí. El ejercicio fácil y rítmico de mi cuerpo, las variaciones interminables de técnicas que podían ser practicadas, eran de gran gozo para mí. Mas la naturaleza del makiwara como blanco había cambiado. Ya no era un obstáculo. Al atacarlo, su dureza o su resistencia ya no eran notables. Ocupaba meramente un espacio en el cual yo buscaba colocar mi técnica. Golpeaba a través de él y no a él.

Las geta de hierro eran conservadas bajo el quicio del pórtico. La pintura roja estaba desgastada en sus lados y el lugar donde los talones y la parte carnosa de las plantas de mis pies, tocaban el metal, estaba pulido y plateado. Los lados se habían oxidado y abollado con las piedras duras del camino. No tenían ya la calidad extraña de lo nuevo.

Mis amigos, especialmente Ikeda, me enseñaron cosas nuevas concernientes a la percepción; esa gran familiaridad con alguna cosa también puede abrir y ampliar la ventana de la mente, a cosas nuevas respecto a lo viejo. Las tazas más apreciadas empleadas por los maestros del té eran las viejas, aquellas que, dentro de su perfección, tenían imperfecciones. Lo viejo y lo nuevo



estaba separado por la ilusión. El uso constante podía velar los ojos, sin embargo, la ilusión podía ser rota con la conciencia incrementada, como cuando rasgamos la ventana que hacíamos con nuestras manos al principio del kata "Kanku Dai", visión ampliada de modo que las cosas viejas pudiesen tomar colores más nuevos y profundos y texturas más finas.

¡Ah! el tiempo en Japón fue tan corto. En la víspera de Año Nuevo, y cerca de medianoche salí en mi vestido formal japonés y caminé hacia el templo. Allí, como en todo Japón, la gran campana daba la bienvenida al Año Nuevo. Había varias personas en el templo, pero no estaba congestionado, de manera que todos allí sentían un espíritu de fiesta e intercambiaban cortesías unos con otros. La esposa del sacerdote sirvió a todos los visitantes tazones de sopa dulce de sake, hecha con los grumos de sake, entremés caliente, nutritivo y tradicional para esa temporada. Los jóvenes compitieron unos con otros por el honor de hacer sonar la gran campana. Tomando las gruesas sogas, principiaban a mecer el tronco inmenso, al principio unos pocos centímetros, luego más y más, hasta que el tronco chocaba con el lado de la campana, como si fuera ballena embistiendo a un barco. Las vibraciones, profundas, prolongadas, suaves y fuertes, felices y tristes, llenaban todos los espacios y hacían vibrar las cosas más sólidas. Fue tocada ciento ocho veces.

—¿Por qué no lo intenta? —invitó el sacerdote.

Impulsado por los otros, trepé a la plataforma y sujeté la cuerda. A través de ella pude sentir un ligero temblor en el tronco sobre mi cabeza, colgando bajo el pequeño techo. El viento sacudía los árboles. La luz de las estrellas brillaba en los alares curvos del techo del

templo. Penetraba la luz de las ventanas de la casa de atrás. Sombras tenebrosas provenían del interior de las puertas del templo abiertas de par en par. La campana ante mí, enorme, oscura y solemne, canturreando aún muy suavemente. Aumenté en forma gradual la oscilación del tronco hasta que alcanzó mucho más fuerza que yo, más y más fuerza hasta que se empinó hacia atrás y golpeó la campana de modo que el sonido nos lanzó a todos hacia el Año Nuevo.

